

## Presentación

Esta publicación reúne las conferencias del ciclo llevado a cabo durante el 2011 en CAICYT - CONICET, dedicado a las juventudes en nuestro continente, entre el siglo XX y el XXI. Se trata de una temática que en las últimas décadas ha generado el desarrollo de un campo de estudio específico a nivel global en el que convergen diversas disciplinas de las Ciencias Sociales, y que ha tenido en América Latina sus particulares desarrollos. La propuesta de este ciclo intentó brindar una aproximación al mismo en contextos situados, dándole un lugar prioritario a las investigaciones empíricas y al conocimiento científico generado por ellas “aquí y ahora”, en el marco de grandes transformaciones recientes que señalan una creciente y compleja politización de los/as jóvenes.

Los entonces conferencistas y hoy autores<sup>1</sup>, son investigadores argentinos y colombianos a los que tuve el gusto de convocar como organizadora, movida por el reconocimiento a la tarea que cada uno de ellos realiza desde ámbitos y enfoques variados. Y quisiera enfatizar el “cada uno”, porque en ese momento aún no podía entrever la dimensión del “entre nosotros”, en torno a la cual la originaria *reunión* iría deviniendo en un *encuentro* que no dudo en caracterizar como feliz, teniendo en cuenta todas las implicancias que tiene esta palabra en relación con la política.

Lo cierto es que ello nos coloca ahora frente a la necesidad de doble presentación: la de los conferencistas en forma individual, y la del grupo, que ha logrado constituirse en espacios comunes y no sólo de intercambio, en una apuesta que prioriza lo transversal y busca construir una mirada *entre y a través* de las perspectivas de sus miembros, que ya se proyecta con potencia a nivel regional. Prueba de ello es que la presentación de este libro, en su versión digital, se realiza<sup>2</sup> en el marco del *I Simposio Internacional de Investigadores en Infancias y Juventudes (Argentina-Colombia)*, organizado por quienes forman parte de este grupo con el aval de sus instituciones<sup>3</sup>. Ellos son,

---

<sup>1</sup> Aclaramos que la Dra. Sara Victoria Alvarado y la Dra. Florencia Saintout fueron invitadas al ciclo y aunque no pudieron realizar dar su conferencia en forma presencial, lo hicieron a través del envío escrito de su disertación, que se publica en este CD.

<sup>2</sup> El 19 de julio de 2012, en la sede de CAICYT CONICET (Buenos Aires).

<sup>3</sup> Organizan este simposio: CAICYT CONICET, CENTRO REDES y CINDE-MANIZALES. Avalan: Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP); Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), e Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

comenzando por los invitados de Colombia, los investigadores: Sara Victoria Alvarado y Alexander Ruiz Silva y, de nuestro país: Silvia Elizalde, Pedro Nuñez, Florencia Saintout, Pablo Vommaro, y quien escribe, Miriam Kriger. Cada uno de ellos lleva adelante una línea investigativa diferente, y entre todos logran componer en esta publicación, un espectro amplio, apto para una mirada multiperspectiva del campo de las juventudes en nuestro continente, y en particular de su relación con la política, entendida como una dimensión clave del proyecto común que conecta pasado, presente y futuro. Comencemos:

Sara Victoria Alvarado investiga las subjetividades políticas juveniles contemporáneas, centrándose en la interpretación de categorías culturales, comunicativas, mediáticas y estéticas. Su artículo: *Ampliación de sentidos sobre las prácticas políticas de los jóvenes vinculados a siete movimientos sociales en Colombia: Jóvenes performando lo político*, analiza experiencias alternativas, reconociendo a los jóvenes desde una mirada arendtiana, como sujetos de una acción colectiva que, al ampliar los horizontes de la política, amplía también las circunstancias de su vida y sus conciencias históricas.

Alexander Ruiz Silva se ubica en el encuentro entre la filosofía práctica y la investigación en enseñanza y aprendizaje de la historia. En su artículo: *Los jóvenes en los márgenes y su sentido moral de la historia*, comparte hallazgos inéditos de su tesis doctoral realizada en Argentina, analizando narrativas e imágenes (dibujos) de jóvenes de un contexto social marginal sobre su nación. Nos muestra cómo ese vínculo se constituye de un modo conflictivo a través de dos tipos de “historia”: la vivida (cotidiana y presente) y la aprendida (escolar). De este modo, nos invita a reflexionar sobre la construcción de la subjetividad política en relación con los aspectos identitarios y morales que coexisten ambivalentemente en la narración de la nación.

Silvia Elizalde aporta una mirada de género, de corte cultural y comunicacional. En su artículo: *La juventud en la mira de las ciencias sociales, los medios y las leyes. Preguntas y desafíos sobre las diferencias de género y sexualidad*, analiza las operaciones de sentido que se producen alrededor del vínculo entre clase, género, edad y sexualidad en tres escenarios claves desde los cuales los/as jóvenes son objetivados e interpelados en la Argentina contemporánea por la sociedad adulta (la academia, los medios, las leyes), para ponerlos en diálogo y tensión con las formas emergentes de configuración del género y la sexualidad producidas por los/as propio/as jóvenes.

Florencia Saintout desarrolla sus estudios desde una perspectiva comunicacional y discursiva. En su artículo: *Los medios hablan de los jóvenes... y ellos responden*, se ocupa de cómo los medios construyen sentidos y discursos hegemónicos sobre las juventudes en Argentina, tanto estableciendo una tipología de jóvenes, como creando relatos sobre su relación con la política. En ambos casos, el análisis integra no sólo la producción de sentidos desde el poder, sino los procesos de decodificación y apropiación por parte de los propios jóvenes que completan los circuitos comunicativos, y habilitan la posibilidad de resistencia y potencia.

Pedro Nuñez investiga, desde un enfoque en que convergen las ciencias de la educación, la sociología y la filosofía política, las modalidades de participación políticas juveniles en escuelas medias de Buenos Aires. En su artículo: *Comportamientos políticos juveniles desde la transición democrática hasta la "toma" de escuelas*, realiza un recorrido por las investigaciones sobre juventud en la Argentina desde los '80 hasta el 2010, brindando diferentes claves de análisis para comprender las dinámicas y contextos de interacción en los cuales los/as jóvenes construyen aprenden y ejercitan sus acciones y repertorios políticos, en diferentes momentos y hasta la actualidad.

Pablo Vommaro estudia desde una perspectiva histórica los activismos juveniles territoriales, buscando establecer relaciones diacrónicas entre distintas etapas y generaciones. En su artículo: *Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales*, nos brinda un amplio paneo sobre las diversas formas en que se expresan las relaciones existentes entre juventudes, políticas y culturas en nuestro ámbito, con el propósito de explorar las tensiones y las fusiones entre diversas experiencias y generacionales vinculadas a colectivos en las que los/as jóvenes son protagonistas.

Quien escribe, Miriam Kriger, realiza sus investigaciones desde un marco en que convergen la psicología sociocultural y cognitiva, la filosofía y la sociología de la educación. Su interés se centra en la formación del pensamiento político en jóvenes, en relación con la comprensión histórica y la identificación con la nación. En esta ocasión, asumiendo el rol de organizadora del ciclo y compiladora de la publicación, la ponencia ofrece una introducción a la temática que problematiza e historiza los conceptos de juventud y política y del vínculo que han mantenido entre sí en el pasaje de un siglo a otro, entre "la muerte y la resurrección de las naciones", y también analiza algunos

aspectos particulares de la relación entre jóvenes y política en Argentina en los últimos años.

A través de esta breve presentación puede notarse que estos trabajos abordan dimensiones diferentes de las juventudes en nuestro continente, y que si bien algunos tienen una afinidad o cercanía mayor en su marco teórico o metodológico – Alvarado y Ruiz Silva se interesan en la construcción de subjetividades políticas, Elizalde y Saintout comparten su impronta comunicacional, Nuñez y Kriger sitúan sus estudios en la escuela media, etc.- cada uno realiza un aporte específico. Sin embargo, a la vez encontramos cruces altamente significativos entre nuestros estudios, y la posibilidad de construir en el futuro, categorías teóricas transversales entre enfoques y disciplinas. También de describir algunos de los itinerarios más complejos recorridos por los/as jóvenes entre los '90 y la actualidad, que brinden claves para pensar histórica y generacionalmente los cambios como procesos protagonizados por sus propios actores, más allá de los regímenes sociales y mediáticos de visibilidad.

Estos puntos que nos conectan pueden estar marcando las coordenadas de nuevos caminos a andar. La relación de los/as jóvenes con la política y la transformación de los sentidos y experiencias de la misma en una década de crisis sistémica global, adquiere en el contexto local sus rasgos específicos. En particular, nos plantea desafíos cruciales ligados a nuestra propia historia y a la nación en tanto proyecto común, donde la juventud recupera protagonismo y legitimidad como sujeto histórico.

Finalmente, esperamos que esta primera publicación como grupo en la que ya nos reconocemos, devenga a lo largo de la lectura, en invitación ampliada a nuestros lectores.

Miriam Kriger.

**La invención de la juventud, entre la muerte de las naciones y su resurrección.**

**Miriam Kriger**

**UBA/FLACSO/CONICET**

## Resumen

Esta ponencia brinda una introducción a la temática que vertebró el Ciclo de Conferencias CAICYT - CONICET 2011 y que se reúne en esta publicación: los estudios sobre juventudes en América Latina en el pasaje a un nuevo milenio. Centralmente se problematizan los conceptos de juventud y de política en pos de construir una mirada histórica de cada uno de ellos y del vínculo que han mantenido entre sí en los últimos años. Se intenta comprender los cambios habidos en este sentido entre diferentes generaciones, y se propone que ellos están fuertemente asociados a transformaciones más amplias de las sociedades a nivel global, y en particular al proceso al que metafóricamente se alude como “la muerte y la resurrección” de los estados nacionales entre la última década del siglo pasado y la primera del nuevo. Se brinda una breve trayectoria del origen y desarrollo del campo de estudios sobre juventudes en este período, y se interroga a la “invención de la juventud” desde perspectivas diversas, desplazando el foco hacia América Latina. Se plantean entonces, una serie de cuestiones ligadas al rol de los jóvenes -desde su propia perspectiva y desde la interpelación adulta- en procesos postcríticos y de reconstrucción de los proyectos nacionales en la región y en la Argentina, y en este marco se analiza y complejiza el supuesto viraje de la “despolitización” de los ‘90 a la politización actual. En este sentido, se intentan establecer rupturas y continuidades en la relación de los jóvenes con la política, más allá de los regímenes sociales de visibilización, enfatizando el reconocimiento de los activismos juveniles previos –territoriales, estudiantiles, y culturales- que “desde abajo” moldearon en gran medida las prácticas presentes, y que coexisten con otras formas de militancia habilitadas y propiciadas “desde arriba” más recientemente. Finalmente, se señala la impronta identitaria de la disposición juvenil a participar del proyecto común y la necesidad de fortalecer la construcción del pensamiento político, como una dimensión clave de la misma.

## 1.

Hace alrededor de una década, hablar acerca de la relación de los jóvenes con la política era difícil. Pero no porque allí se señalara un conflicto o una intensidad belicosa, todo lo contrario. Ajenos uno a otro, se decía que entre ellos ya no había nada. Erróneamente se postulaba una relación vaciada. Otro desierto. Como si la juventud de fin de siglo XX se hubiera tenido que conformar fundándose a sí misma bajo la forma más mansa de las culturas y las tribus, tras el desfondamiento trágico del proyecto revolucionario setentista. Entre la pasión de cambiar el mundo y el anhelo de conservarlo, sólo quedarían entonces, algunos espejismos y la infranqueable apatía, el sinsentido de tanta arena seca, la batalla perdida o la perversa moraleja de la “lección aprendida”.

Sin embargo, tan solo unos años más tarde, el panorama cambió drásticamente. Ya en el umbral del nuevo milenio, en los más diversos escenarios regionales y nacionales, la presencia de los jóvenes en los asuntos públicos y políticos -especialmente en protestas sociales- cobró una visibilidad inusitada y creciente. Lo que en un comienzo fue celebrado por aquellos mismos adultos que hacía muy poco interpelaban a los jóvenes por su baja participación e interés -y que al principio creyeron ver en su “despertar” la figura de sus buenos herederos- pasó a caracterizarse como una “irrupción” (de a poco más temida que bienvenida) y enseguida como una “explosión” difícil de comprender (mucho menos, controlar).

Hoy se dice que estamos frente a una juventud *repolitizada*, una expresión que cuestiono porque interpela a la juventud como categoría naturalizada y no histórica. Me refiero a que el “re” no aplica a esta juventud, a estos jóvenes que por primera vez lo son y por primera vez se politizan; en todo caso, sí a las sociedades de un modo general y global. Son ellas las que se repolitizarían tras casi dos décadas, caracterizadas por el distanciamiento de los ciudadanos.

Ahora bien: tanto la mirada de la despolitización que rigió en los ‘90, como la de la repolitización actual, portan sesgos que merecen ser revisados. Si hoy una nueva generación de jóvenes se está politizando, lo hace en una clave que aún desconocemos pero para cuya comprensión será necesario tener en cuenta que, además de “apatía”, en los ‘90 se gestaron diversos y muy potentes modos de activismo, en particular juveniles. Una parte de ellos tomó distancia de la política formal y tradicional buscando sus espacios en las culturas alternativas y contraculturas (Chaves, 2005, 2009; Reguillo, 2000, 2003; Saintout, 2006), pero otras abrieron disputas al poder en sus propios espacios. Me refiero a las formas de rechazo que se expresaron en las prácticas impolíticas de la

“contrademocracia” (Rosanvaillon 2006), entre las cuales algunas pueden ser portadoras de gran politicidad, como en nuestro contexto la práctica del “escrache” a los genocidas promovido por la asociación H.I.J.O.S. Ésta constituyó una forma alternativa de justicia popular frente a la impunidad política y a la clausura de justicia expresada en las leyes de Obediencia Debida e Indulto a los crímenes de la dictadura militar, una herramienta de lucha que permitió emerger la fuerza de *lo político* contra *la política* instituida (que era la de la antipolítica, precisamente)<sup>1</sup>. Y finalmente, destacamos otro tipo de prácticas ligadas a acciones políticas directas con un fuerte clivaje en lo popular, que dieron identidad a los movimientos territoriales de piqueteros y jóvenes desocupados (Vázquez y Vommaro, 2008; Vommaro, 2009), marcando fuertemente las formas de participación política posteriores y actuales (Bonvillani, Vázquez y Vommaro, 2010).

Mientras tanto, lo que sí podemos hacer, es señalar algunos rasgos generales de la actual politización juvenil, observando que su heterogeneidad, su pluralidad, y algunas de sus formas de realización no tienen antecedentes (me animo a decir que antropológicos) en experiencias generacionales previas. En efecto: se trata de una politización inédita en cuanto a escala temporal y espacial, y a las posibilidades tecnológicas de comunicación social. En un aspecto, una politización fuertemente imbricada a procesos complejos de información planetaria, generación veloz y casi instantánea de lazos y redes comunitarias, circulación de mensajes y capacidad de convocatoria para generar acontecimientos que se propagan aceleradamente de los foros cibernéticos virtuales a las plazas públicas reales (por ejemplo: desde Egipto a Madrid, a Barcelona, a New York). Y en otro aspecto, una politización que al recuperar sentidos profundos, tradicionales y vernáculos de los territorios e identidades nacionales y locales, se expresa en un discurso y una épica de la refundación que viaja “hacia adentro” de las fronteras, restableciendo narrativa e

---

<sup>1</sup> Es preciso enfatizar la diferencia entre dos variantes de lo impolítico, que puede, en algunos casos, portar una potente politicidad, y lo antipolítico, que la diluye. Al respecto, son muy claras las palabras de una militante de H.I.J.O.S, Florencia Gemetro: "Si el sentido del escrache no es conseguir justicia popular, corre el peligro de desvanecerse en el vaciamiento político: no queda nada después, porque no hubo toma de conciencia ni organización. Por otra parte, el escrache no está a favor de la apoliticidad, sino todo lo contrario: es político y se reivindica como tal. La lucha por conseguir la justicia o por desterrar la impunidad es política. En ese sentido, esto encuentra diferencias con el escrache utilizado como una forma díscola de denunciar cosas sin previa construcción" (Roque Casciero: “La revolución del sabemos lo que hicieron”, en Suplemento NO, Diario Página/12, 23 de marzo del 2002)

intersubjetivamente, tramas generacionales desgarradas, asumiendo como propias las viejas “herencias” históricas (Kriger, 2010).

Como vemos, se trata de tendencias muy diferentes que se pueden ligar a imaginarios antagónicos, tales como: globalización/imperialismo, universalismo/particularismo, progresismo/tradicionalismo, etc. Pero lo interesante es que, actualmente, estos imaginarios se integran en lógicas duales que pueden (y suelen) convivir simultáneamente en un mismo sujeto, como los mundos e identidades que cotidianamente habita y transita, que porta en sus cuerpo y biografía, que construye y que lo construyen a él.

Aquí es donde “pensamiento histórico” viene a reafirmarse, de acuerdo con la acepción que le ha dado Wineburg (1999), como la capacidad de superar el pensamiento dicotómico y “navegar” entre lo familiar y lo extraño, lo propio y lo ajeno, lo próximo y lo lejano, conjugando la necesidad de pertenencia con el desafío de la alteridad, propios ambos de la condición humana. Pero se reafirma, justamente en este presente que inaugura (y augura), nuevos modos de existencia donde la “molécula de lo público y lo privado” (Sennet, 1978), de lo colectivo y lo individual (de lo extraño y lo familiar, de lo ajeno y lo propio...) se reconfigura de una forma que rompe, pero a la vez condensa, y a la vez complejiza, el sentido más hondo (y moderno) de “lo social”. Para *pensar históricamente* este momento, entonces, será preciso reconocer el proceso en toda su amplitud, no acortando ni interrumpiendo la navegación de un polo al otro y evitando que el presentismo convierta el diagnóstico de lo inmediato en “el” pronóstico final (entran aquí todos los anuncios apocalípticos de fin de siglo).

En esta línea me permito entonces, proponer dos puntos de partida para invitarlos a una reflexión general sobre nuestra temática de investigación. Primero, asumir que la *despolitización*, *impolitización* o *politización* de las sociedades - de las cuales la invisibilización y el protagonismo de los jóvenes son efecto- deberían ser pensadas como fases de un mismo proceso histórico, de escala planetaria pero con expresiones locales específicas. Segundo, que podemos situar este proceso (aún no concluido) entre fines de los ‘80 y la actualidad, y que es posible vincularlo con la sintomática muerte de las naciones y su reciente resurrección, o -en términos menos metafóricos- entre la desarticulación y la rearticulación crítica de los estados nacionales. Finalmente, podemos notar que esta periodización coincide con la del desarrollo del campo de estudios sobre juventud/es, cuyo primer impulso responde, en gran medida, a la preocupación por la

apatía política y las dificultades de inclusión de los jóvenes (ampliaremos más adelante) en la década del desencanto o en la “era de la desolación” (Scavino, 1999).<sup>2</sup>

Es cierto, sin embargo, que el nacimiento de las propias culturas juveniles es previo, ya que data de mediados de siglo XX, y –como señala Carnovale (2011)- adquiere una escala masiva y global en los ‘60, cuando podemos hablar del surgimiento de una generación: “los jóvenes de la década del ‘60 construyeron y compartieron una cultura diferenciada y hasta en fuerte oposición a la de sus padres y abuelos, caracterizada por un espíritu contestatario, libertario y vanguardista” (p. 2).

Estamos diferenciando entre la categorización social de los jóvenes en la construcción de un campo intelectual -entendido a lo Bourdieu (1971) como campo de luchas por el poder simbólico-, y su propia identificación en la dinámica histórica. Hacemos esto para mostrar que el momento en que ese maravilloso objeto (del deseo) llamado “juventudes” pasó a ocupar un importante lugar en agendas sociales y políticas *ad hoc*, no fue por cierto, su fundación por los propios agentes, sino el de su “invención” objetivadora tras el “fracaso” de los paradigmas revolucionarios (coronado con la caída del muro de Berlín), y la preocupación adulta frente a la apatía de la nuevas generaciones, interpretada como amenaza a la continuidad de su propio proyecto bajo el nombre del llamado “proyecto común”.

En apenas poco más de 20 años, hemos asistido al pasaje del mundo nacional al posnacional, y más recientemente de ese mundo posnacional al “re-nacionalizado” (Kriger, 2012), trayecto en el cual diversos jóvenes han perdido y han intentado “recuperar” la herencia y el proyecto, no sólo en el plano de cada nación sino del planeta entero, ya que es la tierra misma, su clima, sus recursos, lo que hoy está en crisis. Vale decir: no sólo la historia sino la naturaleza vienen a articular el conflicto de esta/s generación/es, que desde esta perspectiva son más *últimas* que *nuevas*. Aclaremos por lo tanto, que el uso de términos como “re-nacionalización” o “recuperación” no indica nuestra adhesión a la creencia en el retorno real de lo que fue, sino que es un modo de referir a la representación restitutiva celebrada en tales nociones (con la euforia propia de un contra-epitafio), pero que no deja de ser contra histórica dado que el pasado no puede volver.

---

<sup>2</sup> Feixa (2006) sitúa como antecedente de este campo de estudios, los trabajos de la primera mitad del siglo XX desarrollados por Mannheim (1928/1993) y luego los de Ortega y Gasset (1923/1955). El primero, como señala Vommaro (2011) puede ser rescatado como un clásico dentro de la perspectiva generacional, con importantes y vigentes aportes conceptuales en el tema.

Lo cierto es que estamos discutiendo sobre procesos que más que recientes, son presentes; y por lo tanto, no contamos aún con una producción empírica ni académica lo suficientemente amplia para informarla con precisión ni -mucho menos- comprenderla. Aún así, o precisamente por ello, debemos sí considerarlos como un dato contextual que interviene crucialmente en la relación de los jóvenes de hoy con la política, intentando dar cuenta de los itinerarios históricos que les dieron lugar, ya sea que se expresen en la dinámica de la continuidad o de la ruptura con lo previo. En ese sentido creemos, lo que no podemos dejar de aceptar es que los jóvenes, sujetos invisibilizados o estigmatizados en los '90, ocupan hoy el centro de la escena como herederos habilitados "desde arriba", o como sujetos que reclaman "desde abajo" los legados negados. Pero tanto como depositarios o como creadores del proyecto, lo que no podemos negar es que esta interpelación los conforma en si misma y en alguna medida como sujetos de la Historia y de la Política (que, por supuesto, no han muerto y están muy vivas).

## 2.

Empecemos por historizar el campo en el que estamos situados y recordar que los estudios sobre la juventud son de carácter relativamente reciente, especialmente en América Latina, donde el mayor despliegue se produjo a partir de los '90, precisamente como respuesta a dos grandes cuestiones. En primer lugar, al distanciamiento de los jóvenes de la política, un "síntoma" generalizado en la mayor parte de los países democráticos (también centrales) pero que en nuestro contexto regional portó rasgos específicos en relación con procesos de democratización post-dictatoriales sumamente vulnerables<sup>3</sup>. En este marco, la interpelación a los jóvenes cobró, sobre todo, una impronta moral, expresándose como un reclamo por su falta de participación que muestra, ante todo, la normalización de lo juvenil, fundada en el anquilosamiento de ciertos rasgos de la generación revolucionaria de los '60 y '70 (justamente tan extraordinaria históricamente, que fue perseguida, castigada, aniquilada). Eso muestra asimismo una naturalización del carácter político atribuido a los jóvenes, olvidando que, por lo menos desde la escisión moderna entre naturaleza y cultura, no se trató ya de formar hombres sino ciudadanos (Rousseau, 1760/1998); de modo que el *zoon politikon* se convirtió en un animal

---

<sup>3</sup> Como ejemplo de ello, en Argentina nos referimos a esta última década con la expresión de la "desilusión democrática", donde quedó en evidencia que con la democracia no necesariamente "se come, se educa, se cura", como prometía el discurso del Presidente Alfonsín en 1983.

domesticado (más producto de la pedagogía que de la biología)<sup>4</sup>. La segunda cuestión refiere a las dificultades para la inclusión social y laboral de los jóvenes, también presentes a nivel planetario desde el último tercio del siglo XX pero agravadas durante los '90 en sociedades donde los efectos de la implementación de políticas neoliberales adquirieron un carácter salvaje y excluyente (Svampa, 2005).

Los dos puntos –el distanciamiento de la política y las dificultades para la inclusión de los jóvenes- están ligados entre sí y convergen en un proceso de desestructuración del estado-nación (Milstein, 2009) que en la Argentina alcanzó su punto culmine en el estallido de diciembre del 2001. Lo que se planteó entonces como debilitamiento del Estado, hoy se relativiza, teniendo en cuenta que fue el propio estado quien gestionó y administró el paso de su forma histórica a la forma del “estado técnico-administrativo” (Lewkowicz, 2002)<sup>5</sup>. Por lo cual, más que de debilitamiento, deberíamos hablar de una fuerte política de conversión y vaciamiento del Estado en desmedro del bien público, que hizo que la idea de la juventud como “moratoria social” (Margulis, 1996) quedara suspendida (incluso para las clases medias), restringiendo a los jóvenes las posibilidades de inclusión al sistema social, tanto en lo educativo como en lo laboral.

Esas razones contribuyeron a que hasta hace menos de una década, gran parte de los estudios de este campo pusieran el foco en la imposibilidad y el carácter deficitario de su vínculo con la sociedad y con la política. Sin embargo, ello habla también de la primacía de una mirada “adultocéntrica negativizadora” (Chaves, 2005) y de las dificultades de

---

<sup>4</sup> En esta línea, Vommaro nos recuerda, a partir de su propia llegada al enfoque generacional para trabajar sobre movimientos sociales, reconociendo que “los jóvenes son en ese momento, son en el presente”, que en 1928, Mannheim afirmaba: “No hay nada más incorrecto que suponer –como presume acríticamente la mayoría de los teóricos de las generaciones- que la juventud sea en sí misma progresista y la vejez en sí misma conservadora”. (Mannheim, 1928/1993, citado en Vommaro, 2011, p. 215)

<sup>5</sup> El concepto de “Estado técnico administrativo” fue acuñado por Lewkowicz (2002) en Argentina para analizar una situación - el cacerolazo del 2001- que acondicionó de un modo particularmente conflictivo, la tensión entre lo global y lo local, lo estatal y lo nacional, y cuya interpretación instó al autor a redefinir las propias categorías e instrumentos de pensamiento disponibles. En contraposición al Estado- Nación, este concepto se define en su condición destituyente de la herencia estatal nacional y de las subjetividades instituidas, planteando la emergencia de una “subjetivación post-estatal”. Así, el “Estado técnico administrativo” es aquel que no está fundado en la contradicción de clase sino que es “operador de la tensión heterogénea entre el orden financiero o el flujo financiero, y el lazo social” (Lewkowicz, 2002, p. 193); que “ya no puede decidir la excepción sino que está condenado a operar en la excepción (...), no decide políticas sino que administra lo fatal, lo inevitable (...), no tiene que suturar un desgarramiento sino tejer algo en lo múltiplemente desamarrado”(p. 186).

muchas investigaciones para detectar, mirar e interpretar a una juventud que ya no portaba (y hasta desdecía) los rasgos de la generación previa, nacida en el seno del Estado de Bienestar (que en la Argentina tuvo su correlato en el primer peronismo) y movida por la pasión política de los primeros movimientos estudiantiles masivos contra ese mismo *establishment*. A diferencia de ella, la de los jóvenes escolarizados de la última década del siglo, en el peor momento del sistema educativo (o en lo que podríamos llamar el “Estado de Malestar”), se caracterizó por la apatía y el rechazo de la política, al menos en sus expresiones formales.

Esta problemática, que de modo global y en un plano epocal, estuvo ligada a la crisis de la representación política en las sociedades (Touraine, 1997), solió interpretarse en relación a los jóvenes en particular como una amenaza potencial a la continuidad intergeneracional y a la vigencia sustancial de las democracias en el futuro; acaso como efecto de una visión metonímica de la juventud, que le atribuye como exclusivos valores que, en verdad, son propios de toda la sociedad (Feixa, 2006). Tal preocupación pareció confirmarse en diversos estudios dentro de una línea comparativa internacional interesada en la formación política y con impronta psicológica-educativa, que fueron realizadas en países centrales con tradiciones democráticas instituidas (EE.UU y Europa), como las de Coleman y Hendry (2003) y las de Hahn (2006). Los primeros, informaron sobre el bajo interés de los jóvenes en instancias políticas tradicionales y en los partidos políticos, y la segunda mostró, de un modo más amplio, que en todos los casos estudiados –que en otros aspectos presentaban divergencias significativas entre sí– tanto la confianza en la política como la credibilidad de los políticos estaban fuertemente minadas por representaciones negativas, preponderantemente asociadas a la idea de “corrupción” y “suciedad”.

También en América Latina, un contexto regional muy diferente, variados estudios empíricos aportaron en este sentido hallazgos similares, tanto en universos muy amplios a escala regional (PNUD, 2004, 2005; Deutsche Bank, 1999), como en contextos más acotados (Carretero y Kriger, 2006; Chaves, 2009; Kriger, 2007; Nuñez, 2003, 2004 y 2008). Esto planteó la necesidad de seguir investigando situadamente y en profundidad la llamada “despolitización” de los jóvenes de fin de siglo XX, revisando sus presupuestos, sus alcances, y atentos a las siguientes necesidades: a) desactivar la mirada adultocéntrica (Chaves, 2005), b) plantear múltiples ejes para el abordaje de las juventud en plural, por fuera del mito de su homogeneidad (Braslavsky, 1986), c) escuchar las voces de los jóvenes y reconocer sus resistencias y acciones más allá de los marcos formales y en expresiones micro-políticas (Reguillo, 2003), d) detectar nuevos modos de participación

(Kropff y Nuñez, 2010; Saintout, 2006, 2010) y configuración de acciones políticas desde múltiples lógicas de poder; e) problematizar los procesos de subjetivación política juvenil (Perea, 2000; Prada y Ruiz Silva, 2006; Ruiz Silva y Prada, 2012), f) evitar interpelar moralmente a la presente juventud con mandatos ligados a la experiencia y normativización de los rasgos de otras juventudes, en particular con la de los '60 y '70, cuya relación con la política suele idealizarse muchas veces sin la necesaria comprensión histórica (Kriger, 2010).

En cuanto a lo que se llama “la política”, también es clara la necesidad de fijar posición, definiendo qué se entiende por tal para no convertirla en mero adjetivo que cambia de signo o valor moral en adecuación a los contextos y conservar, en cambio, su carácter sustancial. En este sentido, se trata de integrar el ejercicio del comprender en la acción política; o sea: hacer visibles y audibles elementos de la realidad que no han sido nombrados pero que permiten señalar, “gracias a prácticas singulares, aquellos modos de ser en el mundo que han logrado instituir, acontecer y aparecer en medio de la pluralidad” (Alvarado, Botero & Ospina, 2008, p. 3).

Asimismo, creemos necesario precisar la significación específica de lo que llamamos acción política, en contextos situados. Al respecto, Bonvillani et. al. (2010) plantean que si bien la politización es un horizonte constitutivo de los vínculos sociales, no puede atribuirse carácter político a todo colectivo ni sistema de prácticas. También resulta muy fecundo introducir la diferenciación, basada en la definición de Lefort (1992/2007) de “lo político” y “la política”. El primero:

Es un momento de ruptura y renovación del orden social de radical contingencia, donde se muestran las alternativas posibles y desaparece cualquier interpretación de necesidad histórica, que no necesariamente se tiene que expresar en procesos revolucionarios o grandes cambios sociales, sino también en hechos de carácter menos radical (Muñoz, 2004, p. 27).

La política en cambio, “es el lugar donde se ha normalizado lo político, es decir: el espacio donde se recrean los intercambios institucionalizados del conflicto, donde se oculta la contingencia radical del orden y se tratan de domesticar las diferencias” (p. 27).

Finalmente, y adoptando una perspectiva cognitiva cultural, creemos que el desarrollo de la subjetividad y el pensamiento político no es producto de un proceso natural ni biológico sino cultural, que contradice al sentido común (Winnneburg, 1999), demandando asimismo una comprensión histórico-social del mundo del que se es parte (Carretero y Kriger, 2011; Kriger, 2007). De modo que, si bien todos los hombres son sujetos sociales,

no todos llegan a ser sujetos políticos, sino que ello requiere un despliegue cultural y una educación específica, que en nuestras sociedades ha sido una de las funciones centrales (aunque no exclusiva) de la escolarización desde su origen (Hobsbawm y Ranger, 1984).

De allí la relevancia que adquiere para la formación de los ciudadanos, investigar las relaciones entre la comprensión histórica y la formación del pensamiento político, indisociable la primera de la idea de conflicto y el segundo de la de desacuerdo (Ranciere, 1996).

### 3.

Como vimos, el campo de investigaciones en juventud se desarrolló signado por la heterogeneidad y la pluralidad. Sin embargo, hay una dimensión subyacente que atraviesa los diversos planteos y está ligada a la transmisión intergeneracional, que pone en juego los nexos entre pasado, presente y futuro, y -por ende- la vigencia y continuidad de los proyectos sociales (en su doble dimensión histórico-política). En este sentido, los jóvenes suelen ser pensados como agentes de conservación o de transformación, como depositarios de la herencia o esperanza de cambio, y también como ambas cosas al mismo tiempo (!).

Tal interpelación cobró a finales de siglo un carácter restringidamente moral, precisamente porque se realizó mayoritariamente desde la falta y el no-reconocimiento de ese "otro", al que se construyó como objeto a partir de una relación de deuda.

Creo que la sintomática preocupación por la supuestamente conflictiva relación de los jóvenes con la política hasta mediados de la primera década del nuevo milenio, sigue siendo altamente sugerente. Ella da pautas que nos permiten inferir una suerte de "invención de la juventud", que coincide nada menos que con el anunciado fin de la infancia en la llamada era "posmoderna" (Lyotard, 1979/1993), o en la "segunda modernidad" donde existen: "procesos globales que trascienden los grupos, las clases sociales y las naciones" (Ortiz, 1994, p. 17). Pero también, y sobre todo, nos muestra la brecha existente entre una generación y la siguiente, respecto de la cual la "invención de la juventud" viene a consagrar un nuevo objeto y también a instaurar un nuevo tipo de subjetividad, a la medida de una generación que recibe un planeta abismado a la catástrofe climática y al agotamiento de los recursos naturales en el marco de una crisis sistémica del capitalismo a nivel global.

No es casual, entonces, que desde las últimas décadas del siglo XX -marcadas por la intensificación de los procesos de globalización, la crisis de las identidades políticas

tradicionales y el aparente debilitamiento de los estados nacionales, pero también por el arribo al status de la ciudadanía de los hijos de la juventud de los '60 y los '70- hayan tomado impulso a nivel internacional las investigaciones sobre la relación de los jóvenes con la política. En este contexto, la mirada puesta en ellos –tanto por los propios políticos como por los intelectuales y académicos- puede ser leída como un indicador de dos necesidades de la sociedad cuyo abordaje dio lugar al desarrollo de sus correspondientes perspectivas teóricas y líneas de acción. Estas cobraron un notable impulso en América Latina a partir de la profundización de las crisis locales tras la aplicación de las políticas neoliberales y, especialmente, de su agotamiento o estallido en los primeros años del nuevo milenio. La primera de ellas está ligada al campo de la educación, y expresa la necesidad de formar o “educar en y para la democracia” a los futuros ciudadanos. La segunda, al de los estudios sociales, respondiendo al reto de viabilizar la inclusión y asegurar la supervivencia de amplios sectores de una nueva generación amenazada por procesos de empobrecimiento cada vez más salvajes y profundos. Pero en última instancia, estas perspectivas no pueden sino entramarse, sobre todo en países donde la escuela asumió el desafío de dar de comer, educar y curar, cuando el propio Estado no pudo o no quiso seguir haciéndolo de otras formas.

La “invención de la juventud” parece entonces, responder en ese momento a una distorsión del juego de “pasaje de postas” intergeneracional, que tiene una faz ominosa en la que expresa una forma atenuada del "filicidio" (Rascovsky, 1975) experimentado por los mayores (generación de los desaparecidos). Parafraseando los juegos infantiles y poniendo en duda su inocencia, podemos decir que no es la posta sino el “huevo podrido” lo que le han pasado los adultos a esta juventud “distráida” de los '90, de modo tal que se le endilgó la conflictiva relación con la política de toda la sociedad, el fracaso de las promesas y la desilusión democrática, el solipsismo del consumo... Y es curioso, porque quienes reclamaban a los jóvenes que debían ser “naturalmente” políticos, en cuanto detectaron una falla en este vínculo no echaron las culpas ni dirigieron sus esperanzas a la naturaleza sino a las instituciones sociales dispuestas justamente para la “domesticación” y disciplinamiento de estos “animales políticos” (especialmente a la escuela).

Se produce aquí el punto de encuentro clave entre lo que representó la "invención de la infancia"<sup>6</sup> (Aries, 1987) -en el preciso momento en que pedagogía y política nacían juntas,

---

<sup>6</sup> Descubrimiento de la infancia que diversos autores sitúan entre los siglos XV y XVI, y respecto del cual hace un importante aporte la tesis de P. Ariés (1987), que a través de la iconografía pictórica analiza el cambio que se produce en torno al niño y su inserción en la vida social y

escritas por las mismas plumas (Carretero y Kriger, 2004), en un mundo donde los niños eran una pieza vital del trabajo familiar y nuevas formas de producción y de trabajo obligaban al desarraigo y a la movilidad de los trabajadores-, y lo que significa la "invención de la juventud" en un mundo donde los jóvenes no tienen trabajo y su salida familiar es cada vez más tardía.

En la Argentina de fin de siglo, gran parte de aquella sospecha ligada a la invención funcional de la juventud, se condensó en la imagen de lo que se ha llamado "la generación desheredada", ampliamente sostenida por el discurso social adulto y el debate crítico educativo (Kriger, 2007). En un contexto de endeudamiento creciente del país y de privatización de sus recursos, se formuló el concepto de "vaciamiento" o "desfondamiento" de las instituciones, particularmente del Estado y de la escuela (Corea y Lewkowicz, 2004), dejando emerger en un primer plano la preocupación por los escasos recursos materiales y simbólicos que heredarían los jóvenes<sup>7</sup>. Por otro lado, gran parte de ellos por esos mismos años, se sumaron también a esta perspectiva "desoladora", expresando de diversos modos su angustia por un futuro "que llegó hace rato"<sup>8</sup>, como se manifiesta en su producción cultural, especialmente musical.

A diferencia de ellos, encontramos que egresados escolares de la Argentina "post-crisis del 2001" (Kriger, 2007) se autocalificaban como agentes de un futuro mejor y estaban de acuerdo –pese a los datos duros de una realidad que no desconocían- con que habían heredado un país con recursos. Esta idea (fácticamente errónea en ese momento) parecía apoyarse en una particular representación del territorio, tributaria de la educación escolar, según la cual era considerado como un logro histórico e irrevocable de los fundadores de la nación "que ya es definitivamente nuestro" y como el lugar donde se enraizaba la esencia de la argentinidad: "el territorio siempre fue argentino"<sup>9</sup>. Encontramos que el territorio se

---

familiar. Básicamente, se trata de la caracterización de los que se difundirán como rasgos infantiles más aceptados: la indefensión, la necesidad de ser protegido, y su disposición permanente al juego, que recién en el siglo XIX será relacionada con la disposición al aprendizaje.

<sup>7</sup> Dussel (2003) relacionó esta visión destópica de su generación con el rol que Halperin Donghi le confirió al revisionismo histórico en el establecimiento de un patrón decadentista en la relación con el pasado, y que fue el "que más influencia tuvo en la cultura política y en el sentido histórico de los argentinos de la última mitad del siglo XX" (Dussel, 2003, p. 81)

<sup>8</sup> Fragmento de la canción Todo un palo, de Los redonditos de ricota (1988), del disco Un baión para el ojo idiota, que comienza diciendo: "El futuro llegó hace rato/todo un palo, ya lo ves!/ Veámoslo un poco con tus ojos... /El futuro ya llegó!"

<sup>9</sup> Para ampliar este tema, véase: Kriger, M. (2012), artículo que trabaja sobre las significaciones juveniles acerca del territorio nacional en tiempos de globalización, mostrando como la visión esencialista de la nación obstaculiza la mirada política de problemas contemporáneos ligados a la explotación y propiedad de los recursos naturales.

configuraba como la base material sobre la cual los jóvenes del post 2001 proyectaban su propio desafío, pero cuyo carácter era eminentemente simbólico. “Hay que hacer del país una nación”, sostenía una entrevistada a pesar de que la consabida “invención de la nación” (Hobsbawm y Ranger, 1983) había sido llevada a cabo con eficacia por el incipiente estado argentino del siglo XIX. En todo caso, el desafío actual de los jóvenes debería postularse a la inversa: porque lo que realmente se destruyó durante la última crisis fue el país material y el estado, y lo que sobrevivió fue la nación simbólica (en otras palabras: el triunfo de la “comunidad imaginada”).

Podemos preguntarnos si este llamado de los jóvenes a “inventar la nación” no era una respuesta especular a la demanda adultocéntrica de “inventar la juventud”; vale decir: de inventar a los herederos de una herencia que en esa última década del siglo había sido dilapidada. Como sea, los jóvenes parecían aceptar el desafío de recuperarla.

Dejemos abierta una pregunta entonces. Sabemos que la “invención de la infancia” fue fundamental y altamente funcional a la producción del “mundo de las naciones” (Hobsbawm, 1990/2000), y fue condición para crear el estatuto jurídico del ciudadano, para imponer la escolaridad obligatoria y la conciencia responsable. Ahora bien: ¿a qué fue, es, o podría ser funcional la “invención de la juventud” a fines del siglo XX y a comienzos del XXI, teniendo en cuenta las grandes transformaciones habidas? ¿Cómo debemos posicionarnos los investigadores del tema, en relación con esta invención? ¿Qué reformulaciones o nuevas categorizaciones de nuestro objeto de estudio puede sugerirnos este interrogante?

#### 4.

Una de las perspectivas más interesantes dentro de los estudios de juventud, es la generacional. Si bien, este eje no siempre aparece propiamente enunciado, en muchos de los trabajos de campo, difícilmente puede estar ausente, al menos en un sentido transversal y aún implícito. Es difícil pensar la idea de continuidad, de transmisión, de procesos, proyectos, e incluso, la pluralidad de las juventudes, sin mencionar a las generaciones, sus rupturas y sus continuidades. Y aunque en principio podría asociarse esto a una cierta idea de progreso -por el modo en que se resignifica la experiencia de cada generación en virtud de ir un escalón *adelante* o de *avanzar* en la historia-, diversos autores coinciden en que la crucialidad de lo generacional se impone recién en el primer tercio del siglo XX y guarda

una estrecha relación con la militarización de las sociedades nacionales y las grandes guerras mundiales. Vommaro (2011) coincide con Feixa (2006) al señalar como antecedente teórico a Mannheim (1928/1993), y elige una frase de Nuttal (1968/1974) para ilustrar de un modo vívido este viraje:

El camino que siguieron en 1945 y en años posteriores dependió en gran parte de nuestra edad, pues a partir de ese momento, a partir del momento de tirar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, las generaciones se dividieron de forma crucial” (Nuttal, 1968/1974, citado en Feixa, 2006, p. 8)<sup>10</sup>.

De modo que, contrariamente a la asociación que sugerimos más arriba, se podría enunciar que: cuando el ideal de progreso fracasa (al menos de progreso histórico), cuando la Ilustración se autodestruye (Adorno y Horkheimer, 1947/2001), lo generacional cobra vigor como eje organizador. Nos preguntamos entonces: ¿podría ser que la ruptura en la línea de progreso histórico generara también la ruptura en la trama intergeneracional?

Adoptando una mirada generacional, propongo desplazarnos ahora a la Argentina de 2010, más concretamente al “estudiantazo” en Buenos Aires. Este comenzó con la toma de los colegios secundarios, centralmente demandando a las autoridades políticas de la ciudad el cumplimiento de sus funciones y la implementación de mejoras edilicias que garantizaran la educación en condiciones dignas, y luego se propagó hasta la toma de universidades que amplió el reclamo a la órbita del gobierno nacional (de un signo político opuesto al local). Unos meses antes, el Observatorio de Jóvenes y Medios de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP había publicado el libro *Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina contemporánea*, de mi autoría, donde se discutían algunos de los grandes desafíos que comenzaban a plantear a nuestra sociedad el ineludible reencuentro entre pedagogía y política después del 2001, en tanto punto de inflexión que marcó el pasaje desde el colapso o fracaso del proyecto, hacia una nueva etapa que bien podría plantearse en términos de una refundación crítica o –lo cual me parece mucho más interesante- de una reconstrucción política. Tal disyuntiva dejaba en claro la crucialidad que asumía la educación de los

---

<sup>10</sup> El mismo autor plantea que la historia del siglo XX “puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes, que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización”, y propone un recorrido por diez generaciones: empezando por la “A” (Adolescente) hasta llegar a la “R” (Red). (Feixa, 2006, p. 9)

“nuevos ciudadanos” en la Argentina contemporánea, poniendo de relieve prioridades que atender. En primer lugar: la de rearticular los significados escindidos de “la ciudadanía” y “la política”, enfrentados desde los ´90 y convertidos ya en el umbral del nuevo milenio en “enemigos íntimos” (Kriger, 2010), dando lugar al peligroso contrasentido de una ciudadanía antipolítica. Y en segundo lugar, la de propiciar entre los jóvenes una interpretación del pasado que no requiriera el sacrificio de la política para salvar a la “Historia” (Única y triunfal de la nación), sino por el contrario: que fomentara la comprensión y conjunción de diversas historias para habilitar el pensamiento político como motor del proyecto común.

Desde esta perspectiva, entendí que el “estudiantazo” protagonizado por los alumnos de los colegios secundarios de Buenos Aires (que luego se extendió a otras ciudades del país, destacándose el caso de Córdoba) debía ser interpretado sobre todo -antes de emitir una opinión, juicio de valor o análisis – como la expresión de un logro: nada menos que el encuentro con la política de una nueva generación de muy jóvenes ciudadanos. Un encuentro de tal intensidad que por fin parecía conjurar aquella ominosa sentencia según la cual, la Dictadura habría asegurado tres generaciones de jóvenes alejados de la política...

Reflexionando sobre la protesta desde una perspectiva generacional, propuse que nuestra última historia había parido en una sola década a dos generaciones: a los hijos de la democracia y a los que hoy se llaman a si mismos “hijos del argentinazo”. Caractericé a los primeros como “jóvenes de escarapelas tomar”: escolarizados en la década de los ´90 (la de la mayor crisis de la educación pública, la desarticulación del Estado y la Nación, el neoliberalismo, la gobernabilidad y la convertibilidad, el Indulto...), sobrevivientes de la “caída del mapa” (como se imaginó en su momento al *default*), testigos del cacerolazo en el umbral de la adolescencia. Tan argentinos “al palo”<sup>11</sup> como antipolíticos, y portadores de un ideal cívico tributario aún del relato escolar tradicional, donde –como muestra Romero en su libro sobre la nación en la escuela (2004)- la política es disolvente y ajena a la noción de patria.

¿Podremos referirnos a los segundos como a los “jóvenes (muy jóvenes...) de escuelas tomar”? Ellos fueron educados, en gran medida, ya en la Argentina del “post-2001”, que suele pensarse no solo como una nueva etapa, sino verdaderamente como otra historia posible. Entre sus rasgos, creo necesario mencionar: el sentimiento generalizado de mayor identificación con el proyecto nacional, la salida de la crisis en el plano real, el crecimiento

---

<sup>11</sup> En alusión a “la argentinidad al palo”, contundente metáfora que dio nombre al disco más vendido por esos años, de la banda de rock La Bersuit.

económico del país, la recuperación del rol protagónico del Estado en la construcción de las identidades y prácticas sociales, y el afianzamiento de la democracia y la gobernabilidad, justamente en un escenario de creciente conflictividad política donde la crisis entre el gobierno y el campo (2008) se sitúa como hito inaugural de la politización y polarización generalizada de la opinión pública. En un plano de más largo alcance, enfatizamos la relevancia de la derogación de las leyes de Obediencia Debida e Indulto y la consiguiente habilitación del “juicio y castigo” a los genocidas en la Argentina, junto con la construcción oficial de una memoria histórica de la Dictadura por fuera de la teoría de los dos demonios y más cerca de una memoria militante (cuyo carácter histórico no deja de estar en pugna)<sup>12</sup>. Todo ello contribuyó muy probablemente a exorcizar el miedo a “meterse en política”, que según pudimos observar (Kriger, 2010) no era asumido como propio sino como mandato familiar que intervenía el deseo de participar de los jóvenes. Y, por último, la recuperación por parte de los ciudadanos de la promesa educativa que -como bien dijo Saintout (2006)- había sido devaluada a mera “esperanza” durante la crisis, y que en lo últimos años se ha transformado en un derecho que el Estado debe asegurar y el gobierno debe cumplir. Un derecho que los ciudadanos -como vemos, muy tempranamente- pueden saber ya exigir, reclamar, defender. Y que si no se da... se “toma”!

---

<sup>12</sup> La construcción oficial de la memoria militante es ampliamente polémica desde el punto de vista historiográfico, en gran medida porque se trata de una memoria reivindicativa, inmersa en las luchas por la resignificación de los sentidos del pasado reciente en el escenario político presente, y que habilita, por lo tanto, ciertos usos del pasado cuya corrección es discutida. Ciertos usos del mismo, cuya corrección es discutida como los usos públicos que habilita. De todos modos, no podemos dejar de remarcar que esta situación -en la que se produce una alta concurrencia de los registros de la historia, la memoria y el derecho- no solo es nueva sino extraordinaria, inesperada, incluso porque no continúa, sino que contraría el rumbo que venía teniendo la gestión post-dictatorial de ese pasado, marcada por intensas tensiones y contradicciones entre narrativas históricas, memorias sociales y prácticas de derecho. En este sentido, como señala un artículo que intenta brindar una revisión en clave política de los cambios operados en los últimos años en política de derechos humanos, contrastando las distintas gestiones estatales y “en especial las del mismo signo político (el peronismo) con la situación actual” (Napolí, 2011, p. 65); “la situación es inédita no sólo en nuestra historia reciente sino en el siglo y medio que nos separa desde la conformación de un Estado que ha resuelto sus conflictos sociales con una violencia inusitada y nunca antes revisada desde una noción de justicia institucional hacia las víctimas” (p. 76).

## 5.

Como último punto, me gustaría abordar la relación entre juventud y política, analizando la tensión entre la vida y la muerte, que es uno de los puntos nodales que diferencian a la juventud actual de la de los '60 y '70. Como dijimos, en la última década hemos vivido a nivel global, y también en Argentina, un fuerte proceso de acercamiento de los jóvenes al espacio público y a la política. A muy poco tiempo de que los estigmatizara como “desinteresados” o desmotivados, y se los despojara prácticamente de toda potencia transformadora, aparecieron los “nuevos jóvenes” como emergiendo con vehemencia de su supuesto letargo político. La marcha de los acontecimientos, sin embargo, nos obliga a sospechar de tales impresiones o por lo menos a reconsiderar quiénes eran los durmientes y quiénes los despiertos...

En América Latina, la salida de la crisis de fin de siglo, con el colapso del paradigma neoliberal, promueve una tendencia a la reafirmación de los vínculos identitarios de los ciudadanos con su nación, mientras que, las demandas de lo público se transforman en reclamo político, y la promesa de inclusión en derecho exigible. En Argentina, la entrada en la política de los jóvenes en el plano estudiantil<sup>13</sup> se viene caracterizando por rasgos de una naturaleza diferenciada de otras juventudes: no se trata ya de asegurar la existencia de la educación pública, transformada en derecho instituido, sino de asegurar las condiciones dignas en que dicha experiencia transcurra.

En ocasión de un nuevo aniversario de la Noche de los Lápices en el 2010, y al comparar la actuación política de los estudiantes secundarios actuales con los de su generación, la sobreviviente de la Noche de los Lápices, Emilce Moler (2010)<sup>14</sup>, decía que en su época la muerte estaba presente en la lucha como un ingrediente inevitable e indispensable (“quien militaba sabía que podía morir”), y en cambio “ahora la vida es la protagonista”.

Sus palabras parecían decir que por fin ser joven y político era una fórmula vital posible, donde podrían convivir conflicto y lucha pero ya lejos del peligro de la represión y menos aún de la muerte. Sin embargo, unas semanas más tarde, el 21 de octubre, fue asesinado Mariano Ferreyra, joven militante del Partido Obrero y dirigente estudiantil de la

---

<sup>13</sup> Para ampliar el conocimiento empírico sobre los movimientos estudiantiles de escuelas medias en Buenos Aires, véase Nuñez 2003, 2004, 2008 y 2010.

<sup>14</sup> En un foro realizado en la primera cohorte del curso virtual: “Cómo enseñar la historia reciente hoy” (campus virtual CAICYT-CONICET, 2010).

FUBA de 23 años de edad, mientras apoyaba la protesta de trabajadores tercerizados de Ferrocarriles. Se realizaron marchas en todo el país repudiando este hecho; se estima que en Buenos Aires, 50.000 personas llegaron a Plaza de Mayo, miles de jóvenes reivindicando la política, redoblando la apuesta de la vida. Seis días después falleció Néstor Kirchner, y su cuerpo fue velado en Plaza de Mayo, donde “la juventud” tomó las primeras planas, irrumpiendo a la visibilidad pública los rostros de “los militantes”, sus voces, sus llantos despidiendo al ex presidente, apoyando a Cristina. A partir de ese momento parecieron tomar cuerpo frente a *ese cuerpo* que despedían como jóvenes herederos, a quienes la Presidenta ya se había dirigido antes como “los jóvenes del Bicentenario”, y que iban a seguir siendo interpelados desde el gobierno por “un tiempo histórico que los llama, como dicen ellos, ‘a comprometerse, a militar’” (Saintout, 2011, p. 14).

Y en efecto: ellos comenzaron a encarnar el legado en una clave fuertemente emotiva e identitaria, antes que propiamente política. Pero recordemos que no se trata de la tragedia de la muerte joven - "caballos que mueren potros sin cabalgar...", como cantaran los Redondos- sino de la tristeza desatada por la muerte de un líder, de la figura de un padre. No hay injusticia, sino la muerte como acontecimiento que redimensiona históricamente el presente.

En estos sucesos de signo tan diferente, se destaca la figura del joven que, como un hijo pródigo, regresa y trae consigo otros retornos y sus novedades, que apenas comienzan a avizorarse. Entretanto: ¿cómo comprender este viraje desde la conflictiva relación de los jóvenes con la política a esta repentina y apasionada politización que recupera al “militante” adjetivo, pero aún lejos de las condiciones y los itinerarios de la mística que evoca sustantivamente?

Y si hablamos de la muerte joven, no podemos dejar de señalar que el acercamiento de los jóvenes de hoy a la política, converge con la reposición de la justicia contra los genocidas que acabaron con las vidas de los militantes de la generación anterior. Hay razones para creer que esto no es simplemente una coincidencia, sino que la adopción de los derechos humanos como política de Estado propició la rehabilitación de lo político, en la medida en que asegurar el juicio y castigo de los filicidas de la juventud de los '70, implicó crear las condiciones y garantías para que una nueva generación pueda ejercer sin miedo su derecho a participar políticamente.

Al respecto, en una investigación realizada entre el 2010 y el 2011<sup>15</sup>, encontramos sin embargo que, en lo que hace a la adhesión de los jóvenes a las diversas memorias sociales de la dictadura, estamos ante un fenómeno dual. Como se describe en un artículo dedicado a la enseñanza de la historia reciente como herramienta clave para la formación política (Kriger, 2011), constatamos que si bien la memoria emblemática hipervictimizante, ligada a la narrativa escolar de “La Noche de los Lápices”, conserva su fuerza y su vigencia entre los estudiantes que han participado del estudio; también puede observarse un importante ascenso de la memoria militante, convertida en memoria oficialmente impulsada por el kirchnerismo<sup>16</sup>. Es muy interesante cómo este doble movimiento refleja la tensión entre lo instituido y lo instituyente, propia de los momentos de cambio y crecimiento. Pero no podemos dejar de notar que, si bien se está produciendo un cambio relevante en la configuración de las memorias, todavía la que más acuerdo suscita entre los jóvenes estudiantes es la menos histórica y la menos política de todas ellas: la hipervictimizante. Acaso por eso logra saldar al mismo tiempo, el déficit de comprensión histórica y las dificultades para abordar políticamente el desacuerdo, integrando las diferencias sin tramitarlas, fundiéndolas en una representación común “estudiantil” que absorbe todo conflicto dentro del grupo, y que no en vano ha logrado convocar a los jóvenes

---

<sup>15</sup> Investigación realizada en el marco de los proyectos UBACyT 2002009020037 y PIP (CONICET) 11220100100307, dirigidos por Miriam Kriger. Participaron del estudio 275 alumnos de ambos géneros, cursantes del último año del colegio secundario, de siete escuelas (cinco públicas y dos privadas) de diverso nivel socioeconómico, definido por la ubicación geográfica de la escuela y el nivel de educación y tipo de empleo de los padres. Ellas son: una de elite (Pilar, Pcia. de Bs.As), una de nivel socioeconómico alto (Vicente López, Pcia de Bs.As.), dos de nivel medio (Barrio de Balvanera y Barrio de Caballito, CABA), un bachillerato popular (Barrio de Almagro, CABA), y dos de nivel socioeconómico bajo (Citybell, La Plata, Pcia. de Bs.As., y Laferrere, Partido de la Matanza, Pcia. de Bs.As.).

<sup>16</sup> La escuela es altamente reconocida por los jóvenes como espacio donde el pasado reciente está presente, a través del tema más doloroso y conflictivo para su gestión en las memorias sociales: los derechos humanos y la desaparición de personas durante la dictadura. Este hecho puede ligarse al rol que las políticas de Estado le han conferido en los últimos ocho años a la enseñanza de la historia reciente, y a los importantes cambios en los planes de estudio, objetivos y diseños curriculares. Pero lo cierto es que la enseñanza de esta historia llega a la escuela antes, y no precisamente como política de memoria fomentada por el estado “desde arriba”, sino contra la política de olvido y a través de las luchas llevadas adelante “desde abajo” por los organismos de derechos humanos, en los años 94-95 cuando la narrativa de la reconciliación hegemonizaba el discurso social (Amézola, 2010). De modo que podemos considerar la presencia del tema en la escuela como el resultado de un largo proceso de lucha y de una gestión plural de las memorias sociales, que en los últimos años ha sido incorporada y enunciada como parte de la política de Estado.

masivamente incluso durante los años en los cuales su rechazo a la política y a todo tipo de “manifestaciones” se hizo explícito<sup>17</sup>.

Remarco la idea de que en pos de comprender, necesitamos relativizar las afirmaciones acerca de la despolitización de antes y de la politización de hoy. Un buen modo de comenzar a hacerlo es pensar la política como una dimensión más del proyecto común, y analizar muy especialmente sus articulaciones con otras dos dimensiones claves: la identidad nacional y los imaginarios ciudadanos, en las representaciones de los jóvenes. Deberíamos preguntarnos también si lo que hoy se nos presenta como una sorprendente y masiva politización de los jóvenes es tal en un sentido sustancial, a saber: cuánto de la intención de participar y de la potencia política ha podido actualizarse ya como disposición o acción política o es aún sólo una respuesta al llamado de cohesión identitaria. Y cuánto recorrido abre por recorrer, cuán nueva es, qué significados singulares empieza a tener.

Si bien los sucesos de los últimos años muestran claramente la participación de los jóvenes en manifestaciones públicas de diversa índole, la pregunta acerca de la politización apunta a una dimensión más cualitativa y significativa<sup>18</sup>. Luego tendríamos que analizar los significados que la sociedad adulta, por una parte, y los jóvenes, por la otra, le están dando a "la política" hoy, ya que su connivencia no parece demasiado segura, por lo cual sería más que pertinente discriminar entre las voces de los protagonistas y las de sus pretendidos intérpretes y reinterpretadores (más allá de que tengan buenas o malas intenciones, ya que no se trata de un problema moral). En suma, es necesario realizar un análisis de la génesis de las representaciones de la política de los jóvenes desde una perspectiva generacional propia, para poder comprender sus resignificaciones en el interior de experiencias y procesos de transformación que se producen además, en un contexto histórico altamente dinámico y –como todos, aún teniendo en cuenta su carácter plural-único en si mismo.

---

<sup>17</sup> Para ampliar, véase al respecto Kriger (2007).

<sup>18</sup> Hemos abordado diversos aspectos de la misma en artículos recientemente publicados, con resultados parciales de la investigación mencionada más arriba (2010, 2011): en referencia a la relación entre ciudadanía política, véase: Kriger y Fernández Cid, 2011; Kriger y Rybak Di Segni, 2011, y en cuanto a las representaciones sociales de los jóvenes sobre la política, véase: Bruno, Barreiro y Kriger, 2011.

## Referencias

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (1947/2001). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Alvarado, S., Botero, P. & Ospina, H. (2008). Proyecto de investigación experiencias alternativas con participación de jóvenes. Colciencias Cód. 1235-452-21077 (2008-2010).
- Amézola, G. (2010). La enseñanza de la historia en Argentina y los problemas de enseñar historia reciente en la escuela. *Cómo enseñar la historia reciente: estrategias para el abordaje de pasados en conflicto*. Curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET, Dirección: Kriger, M.; Coordinación: Borrelli, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>
- Ariés, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- Bonvillani A., Palermo A., Vázquez M. y Vommaro P. (2010). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los periodos, temáticas y perspectivas de los estudios sobre juventudes y participación política en Argentina. En S.V. Alvarado y P. Vommaro (Comps.), *Jóvenes, cultura y política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lectura (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO.
- Bourdieu, P (1971). *Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase*. París: Scolies I.
- Braslavsky, C. (1986). *Informe de situación de la juventud argentina*. Buenos Aires: CEAL
- Bruno, D., Barreiro, A. y Kriger, M. (2011). Representaciones sociales de la política en los jóvenes: Corrupción institucional y mentira. *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, 28. Extraído de: <http://www.revistakairos.org>
- Carnovale, V. (2011). La revolución del 70: Rebeldía, protesta y revolución. *Juventudes en Argentina y América Latina*. Curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET, Dirección: Kriger, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>.
- Carretero, M. y Kriger, M. (2004). ¿Forjar patriotas o educar cosmopolitas? El pasado y el presente de la historia escolar en un mundo global. En M. Carretero y J. Voss (Comps.), *Aprender y enseñar la historia*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Carretero, M. y Kriger, M. (2006). La usina de la patria y la mente de los alumnos. Un estudio sobre las representaciones de las efemérides escolares argentinas. En M. Carretero, A. Rosa y M. Fernández González (comps), *Enseñanza de la Historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Carretero, M. y Kriger, M. (2011). History teaching and the common origin: How students in the American continent think about the nation's awakening. *Culture and Psychology*, 17 (2), 177-196.
- Casciero, R. (2002) La revolución del sabemos lo que hicieron. *Suplemento NO, Diario Página/12*. Obtenido el 23 de marzo de 2002 desde: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/no/12-138-2002-03-23.html>
- Chaves, M. (2005). Juventud Negada y Negativizada: Representaciones y Formaciones Discursivas Vigentes en la Argentina Contemporánea. *Última Década*, 13 (23), 9-32. Disponible en: <http://www.cidpa.cl>
- Chaves, M. (comp.) (2009). *Estudio sobre Juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del Arte 2007*. La Plata: Renij.
- Coleman, J. C., Hendry, L. B. (2003). Política, Altruismo y Acción Social. *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata.
- Corea, C. y Lewkowickz, I. (2004). *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Deutsche Bank (1999): *Jóvenes hoy. Segundo estudio sobre la juventud en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta. Disponible en: <http://cdi.mecon.gov.ar/biblio/doc/cepal/polsoc/74.pdf>
- Dussel, I. (2003). Lecturas de Matrix: Sobre escuelas, tecnologías y futuros. En A. Birgin y J. Trímboli (comps.), *Imágenes de los 90'*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Feixa, C. (2006). Generación XX: Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2), Manizales, Colombia.
- Hahn, C.L. (2006). Comparative and international social studies research. *Research methods in social studies education: Contemporary issues and perspectives*. 139-158. Greenwich, CT: Information Age Publishing.
- Hobsbawm, E. (1990/2000). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds) (1984). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Past and Present Publications.

- Kriger, M. (2007). *Historia, Identidad y Proyecto: un estudio de las representaciones de jóvenes argentinos sobre el pasado, presente y futuro de su nación*. Tesis doctoral aprobada ante FLACSO, Argentina.
- Kriger, M. (2010). *Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post -2001*. La Plata: EDULP, Observatorio de Medios y Jóvenes de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP y CAICYT CONICET.
- Kriger, M. (2011). La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave de la educación política: Narrativas escolares y memorias sociales del pasado dictatorial argentino en las representaciones de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires y conurbano (2010-11). *Persona y Sociedad*, 25 (3). Chile.
- Kriger, M. (2012). Significaciones juveniles sobre el territorio nacional en tiempos de globalización: un estudio sobre escolaridad, comprensión histórica y formación política en Argentina. *Oficios Terrestres*, 28. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación. En prensa.
- Kriger, M. y Fernández Cid, H. (2011). Los Jóvenes y la Construcción del "Ciudadano Ideal". Una aproximación a las acciones y relatos de ciudadanía de jóvenes escolarizados de Buenos Aires. Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de la Plata.
- Kriger, M. y Rybak Di Segni, N. (2011). El espacio escolar como generador de subjetividades políticas. Resultados preliminares de un estudio empírico sobre el Bachillerato Popular de Jóvenes y Adultos IMPA (Buenos Aires). Ponencia presentada en el Primer Congreso Comunicación/Ciencias Sociales desde América Latina: Tensiones y Disputas en la Producción de Conocimiento para la Transformación (COMCIS). FPCS - UNLP, La Plata.
- Kropff, L y Nuñez, P. (2010). Eje Acción, participación, opciones y estrategias políticas. *Juventudes en Argentina1. Hacia un estado del arte/2007*. La Plata: EDULP.
- Lefort, C. (1992/2007). *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder Editorial.
- Lewkowicz, I. (2002). *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*. Buenos Aires: Paidós.
- Lyotard, J. F. (1979/1993). *La condición posmoderna*. Buenos Aires: Planeta.

- Mannheim, K. (1928/1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de investigación sociológica*, 62, 193-242. Madrid: CIS.
- Margulis, M. (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Milstein, D. (2009). *La Nación en la escuela. Nuevas y viejas tensiones políticas*. Buenos Aires: Miño y Dávila
- Moler, E. (2010): Recordando la Noche de los Lápices. Foro realizado en la primera cohorte del curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET *Cómo enseñar la historia reciente hoy* Dirección: Kriger, M., Coord. Borrelli, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>.
- Muñoz, M. A. (2004). Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal. *Laboratorio/n line: Revista de Estudios Sobre Cambio Social*. 15. Disponible en: [http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/textos/15\\_1.htm](http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/textos/15_1.htm)
- Napoli, B. (2011). Memoria, verdad y justicia: nociones de una justicia institucional. En Andreozzi, G. (coord.). *Juicios por crímenes de lesa humanidad en la Argentina*, 65-82. Buenos Aires: Cara o Ceca.
- Nuñez, P. (2003). Aportes para un nuevo diseño de políticas de juventud: La participación, el capital social y las diferentes estrategias de grupos de jóvenes. *Serie Políticas Sociales*, 74. Comisión Económica para América Latina (CEPAL).
- Nuñez, P. (2004). Prácticas políticas en un barrio del Gran Buenos Aires. Un acercamiento a los criterios de justicia en jóvenes de sectores populares. *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, 14. Disponible en <http://www.fices.unsl.edu.ar>.
- Nuñez, P. (2008). La redefinición del vínculo juventud política en la Argentina: un estudio a partir de las representaciones y prácticas políticas juveniles en la escuela secundaria media. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 6 (1). Manizales, Colombia.
- Nuñez, P. (2010). Escenarios sociales y participación política juvenil. Un repaso de los estudios sobre comportamientos políticos desde la transición democrática hasta Cromagnon. *SAAP*, 4 (1 y 2).
- Nuttal, J. (1968/1974). *Las culturas de posguerra*. Barcelona: Martínez Roca
- Ortega y Gasset, J. (1923/1955) La idea de las generaciones. *Obras completas*, Madrid.
- Ortiz, R. (1994). *Mundialización y Cultura*. Buenos Aires, Alianza.

- Perea, M. (2000). Juventud y Subjetividad. En Escobar, M. (2003). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Bogotá: Programa Presidencial Colombia Joven, Agencia de Cooperación Alemana GTZ y UNICEF. pp. 21.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2004). Informe sobre la Democracia en América Latina. *Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires: PNUD.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2005). Informe de Desarrollo Humano 2005. *Argentina después de la crisis. Un tiempo de oportunidades*. Buenos Aires: PNUD.
- Prada, M.A. y Ruiz Silva, A. (2006). Cinco fragmentos para un debate sobre subjetividad política. *Subjetividad(es) política(s): Apuestas en investigación pedagógica y educativa*. Proyecto Implantación de Programas de Investigación. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rascovsky, A. (1975). *Filicidio, violencia y guerra*. Buenos Aires: Schapire.
- Reguillo, R, Perez Islas, J.A. y Feixa, C. (coords) (2003). *Tiempo de híbridos. Entresiglos. Jóvenes México-Cataluña*. México: SEP-IMJ.SGJ-CIIMU
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- Romero L. A. (coord.), Sabato H., Quintero, S., De Privitellio L. (2004). *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rosanvallon, P. (2006). *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rousseau J. (1760/1998): *Emilio o de la Educación*. Madrid: Alianza.
- Ruiz Silva, A y Prada M. A (2012). *La formación de la subjetividad política*. Buenos Aires: Paidós.
- Saintout, F. (2006). *Jóvenes: El futuro llegó hace rato*. Buenos Aires: EDULP.
- Saintout, F. (2011). Jóvenes: nuevos modos de recrear la política. *Juventudes en Argentina y América Latina*. Curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET, Dirección: Kriger, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>.

- Saintout, F. (comp.) (2010). *Jóvenes Argentinos: Pensar lo Político*. Buenos Aires: Prometeo.
- Scavino, D. (1999). *La era de la desolación*. Buenos Aires: Manantial.
- Sennet, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008). La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud*, 6, (2) 485-522.
- Vommaro, P. (2009). Las organizaciones sociales urbanas de base territorial y comunitaria y el protagonismo juvenil: dos experiencias en Quilmes 1981-2004. *Revista Periferias*, (2003, primer semestre). Buenos Aires: FISyP.
- Vommaro, P. (2011). Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en la Argentina y en América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en movimientos sociales. *Juventudes en Argentina y América Latina*. Curso virtual de nivel posgrado del Área de Ciencias Sociales de CAICYT CONICET, Dirección: Kriger, M. Extraído de: <http://cursos.caicyt.gov.ar/>.
- Wineburg, S. (1999). Historical Thinking and Other Unnatural Acts. *Phi Delta Kappan*, 80 (7), 488-9.

***Ampliación de sentidos sobre las prácticas políticas de los jóvenes vinculados a siete movimientos sociales en Colombia:***

***Jóvenes performando lo político***

**Sara Victoria Alvarado S.**

***Instituciones financiadoras***

*Colciencias*

*En co financiación con la Universidad de Manizales y el CINDE*

***Instituciones cooperantes***

*Universidad tecnológica de Pereira, Universidad Autónoma de Manizales*

***Grupos de investigación Vinculados***

*Perspectivas políticas, éticas y morales de la niñez y la juventud. Categoría A1*

*Educación y pedagogía: Saberes, imaginarios y subjetividades Categoría B*

*Grupo de trabajo CLACSO-Juventud y Nuevas Prácticas Políticas en América Latina*

*Comunidad Académica Ética y Política*

*Arte y cultura*

***Investigadores principales:***

*Sara Victoria Alvarado, Patricia Botero y Héctor Fabio Ospina*

***Co-investigadores:***

*José Rubén Castillo, Álvaro Díaz, Marta Cardona, Julián Loaiza, María Camila Ospina, Jhoana Patiño, Sandra Milena Muñoz, , Juliana Santacoloma, Mónica Vega, Mauricio Orozco, Erika Muñoz, Cristian Uribe, Angélica Castillo.*

***Experiencias alternativas vinculadas***

*Red Juvenil de Medellín, Movimiento Juvenil Álvaro Ulcué, Ruta Pacífica Risaralda; Colectivo de Comunicación Alternativa Manizales; Colectivo MINGA del Pensamiento de Universidad del Valle; Ecoclub Blue Planet; Programa Niñas, Niños y Jóvenes Constructores de Paz*

## Resumen

Este texto recoge el proceso de reconstrucción participativa de siete experiencias de acción política con participación de jóvenes, desarrollado en el marco del proyecto de investigación: “Experiencias alternativas de acción política con participación de jóvenes<sup>1</sup>”. La problematización que dio origen a este proceso de investigación tiene que ver con el reconocimiento de la existencia de dos tendencias de análisis frente a la relación política-juventud: una de carácter estado céntrico, formal e institucional que describe y explica la vinculación de los y las jóvenes a los sistemas formales de la política asociados principalmente a la conducta de voto y a su vinculación con la formulación de la política pública; y otra, de carácter socio céntrico y cultural que analiza las identidades, organizaciones y movimientos de jóvenes centrándose en la interpretación de categorías culturales, comunicativas, mediáticas y estéticas como expresiones políticas juveniles.

---

<sup>1</sup> El cual fue cofinanciado por Colciencias —Cód. 1235-452-21077 (2008-2010)—y desarrollado por una comunidad académica conformada por estudiantes de pregrado, maestría, doctorado y postdoctorado de la Universidad de Manizales, el CINDE, la Universidad Autónoma de Manizales y la Universidad Tecnológica de Pereira, con la participación de los y las jóvenes de las siete experiencias.

## 1. De dónde partimos: la despolitización de la juventud un asunto de reflexión política

El estudio buscó comprender: ¿cómo se vinculan los y las jóvenes a experiencias de acción política que logran instituir dinámicas alternativas de construcción de país frente a acontecimientos socio-históricos y políticos significativos de la última década en Colombia?. De esta manera, el proyecto se constituyó en una apuesta por crear un espacio de indagación, análisis y construcción de sentidos; desde el cual, nombráramos y dialogáramos con otras formas de acción política que, al ser diluidas en su carácter minoritario y micro-narrativo por las hegemonías de los discursos imperantes, terminaban siendo veladas en su poder de afectación transformadora del orden instituido.

Así, la principal atención de la comunidad académica que desarrolló esta propuesta investigativa se centró en la relación entre objetos como: los procesos de formación y socialización, y la juventud y la configuración de subjetividades alrededor del campo del conocimiento político. Por consiguiente, la investigación puede ser leída en dos sentidos: como un ejercicio de visibilización y enunciación de los y las jóvenes como sujetos sociales fundantes en las dinámicas de configuración de acciones políticas erigidas desde la disidencia, y como un reconocimiento a su participación instituyente en la construcción de otras lógicas de poder (Alvarado, Botero & Ospina, 2008, p. 6).

El interés práxico del estudio se inscribió en el enfoque histórico hermenéutico; el cual se nutre, principalmente, de la mirada ontológica arendtiana, denominada hermenéutica performativa o hermenéutica ontológica política (Alvarado, Botero & Luna, 2008), toda vez que integra el ejercicio del comprender en la acción política; o sea a hacer visibles y audibles elementos de la realidad que no han sido nombrados y que permiten señalar, gracias a prácticas singulares, aquellos modos de ser en el mundo que han logrado instituir, acontecer y aparecer en medio de la pluralidad.

La construcción de método, desde esta postura, tuvo su origen en el pensamiento político arendtiano (Arendt, 1943; 1951/2004; 1957/2000; 1958/1998; 1959; 1963/2006; 1965/2001; 1968; 1978/2002), el cual retoma los fundamentos de la crítica del juicio kantiano, que en la autora era un referente más político que estético; así mismo, retoma la hermenéutica ontológica propuesta por Heidegger (1926/2003, 1970) como *praxis* -comprensión actuante- y como *poiesis* -producción de mundo que trae adelante - (Ospina & Botero, 2007). Arendt amplía la comprensión de la categoría "acción" al referirse a ésta como condición natural de la humanidad que le permite al sujeto tener la capacidad de

actuar junto a otras y otros en el mundo. El poder como posibilidad y la acción se constituyeron en categorías centrales para profundizar en la noción de participación política desde una perspectiva performativa; dado que la acción como poder y el poder como posibilidad implican que los sujetos pueden aparecer como plurales en la construcción de lo público. Como lo plantean Ospina y Botero:

Lo público es la puesta en común de los mundos privados y de esta manera ir al encuentro de múltiples perspectivas que se pueden compartir, es decir, a la configuración de una esfera pública en la cual es posible participar de un mundo común Mundo que termina justamente cuando se impone una sola perspectiva. Se acaba, por ejemplo, cuando simplemente se busca "el consenso", dado que aquí se corre el riesgo de caer en una sola mirada, a la cual si bien se llega por la persuasión del discurso también cierra la posibilidad de encontrar verdad en la multiplicidad de perspectivas las cuales son racionalmente depuradas de su pluralidad, en beneficio de un único punto de vista, por más consensuado y racional que este aparezca (2007, p. 845).

De esta manera, la política implica un espacio de relación, "la política nace entre los hombres y por lo tanto fuera del hombre" (Arendt, 1959, p. 31), "no es el privilegio de un agente político, concierne al estar entre los otros Intereses." (Arendt, 1959, p. 26). El sujeto se expresa en la acción, "así, nada actúa a menos que (al actuar) haga patente su latente yo" (Arendt, 1959, p. 40). La acción es posibilidad de pluralidad, de vivir como ser distinto y único entre iguales.

Desde el punto de vista de los estudios latinoamericanos se apeló a una perspectiva de afirmación como la propuesta por Escobar (1996), respecto a una mirada en la diversidad y la singularidad de acciones políticas que intenten señalar como marcos de referencia posibilidades de vida distinta, a partir del reconocimiento de la construcción de políticas emergentes en las prácticas, los saberes y las búsquedas de actores y espectadores sociales que, en medio de condiciones no siempre favorables, interactúen críticamente e instituyan formas diversas de construcción de lo público y la paz en el país.

Es importante explicitar que la apuesta teórica y práctica del estudio se abrió a: descifrar cómo devienen las acciones colectivas de grupos humanos intergeneracionales que han decidido actuar juntos, en la creación de disidencias y resistencias; visibilizar una trama de historias de país tejidas en una diversidad de saberes que configuran un nosotros polifónico. También a desplegar relatos de mundo co-habitable con el conflicto al deslegitimar el lugar común de la corrupción, la subordinación y el olvido;

desinstitucionalizar patrones de valor cultural acostumbrados a la inequidad; desactivar la cosificación de los otros, las otras y lo otro; y desinstalar, tanto en las esferas cotidianas del mundo de la vida como en las macroestructuras comunicativas estatales e institucionales, el imaginario de pasividad juvenil.

Dado lo anterior, la investigación fundó sus búsquedas en la experiencia de los y las jóvenes e indagó entonces, por aquellos acontecimientos históricos, sociales y políticos que en sus escenarios y experiencias cotidianas se configuraron como detonantes de sus acciones políticas alternativas. Así mismo, nos preguntamos por las formas desde las que se vinculan a ellas, por los saberes que circulan en dichas prácticas; por las diversas maneras en que están conformando minorías disidentes para irrumpir con la naturalización de esquemas incorporados en los imaginarios y prácticas de injusticia y violencias sociales que se les han impuesto, para instituir nuevas maneras de construir lo público.

## **2. ¿Para qué investigamos las experiencias y narraciones de los jóvenes colombianos sobre lo político?**



La intencionalidad política de este proceso es reconstruir con sus actores, las experiencias de acción política para contribuir a la visibilización y valoración pública de la performance que acontece en los modos de subjetivar y objetivar la política como condición humana, a partir del reconocimiento de las prácticas, discursos y sentires desde

los cuales estos jóvenes tensionan y resignifican el lugar que tradicionalmente se les ha asignado en la política y lo político.

Por lo anterior, en las páginas de este escrito reconocemos a los y las jóvenes como protagonistas de los acontecimientos frente a los que han decidido actuar, como sujetos con experiencias, conocimientos, sentires, discursos y prácticas legítimas, capaces de interpelar y reconfigurar los sistemas de orden que los preceden. Para ello, recogemos sus voces, los horizontes de sentido que han configurado en torno a sus movimientos, las prácticas desde las cuales agencian otros lugares posibles para ser, sentir, hacer-decir y reconstruir el entre nos, y las ampliaciones que logran instituir frente a los significados y prácticas de lo político.

Es importante advertir que la sistematización de dichas experiencias, como parte del proceso de investigación que se desarrolló, no pretende establecer comparaciones que homogenicen su sentido y alcance, sólo intenta hacer visible y audible en un mismo nivel de legitimidad, esos otros lugares y formas de lo político que estos jóvenes han ido creando, muchas veces, al margen de la institucionalidad, y otras, dentro o al lado de ella, a partir del reconocimiento y descripción de las especificidades de los contextos, prácticas y sentidos locales en las que se desarrollan, y de las regularidades políticas, económicas y sociales que vinculan históricamente las experiencias de los sujetos y los colectivos que habitan geográficamente territorios distintos. De este modo, se asumen las diferentes experiencias como expresión de políticas del lugar (Escobar, 1996) y como referentes de acción que logran ampliar el significado de la política, al fracturar los patrones culturales que la regulan, y al ampliar las circunstancias de vida, las conciencias históricas y críticas, los círculos éticos, y las políticas oficiales.

En este proceso de investigación se comprende las experiencias intersubjetivas en contextos de sentido que les permiten construir y de-construir órdenes, tanto, en su sentido natural, como en su sentido de imposición, porque logran conflictuar los regímenes impuestos y heredados como naturales, romper los muros que aíslan a los sujetos y privatizan los derechos, y ampliar las posibilidades de vida mediante el establecimiento de vínculos que van más allá de la razón, al tejerse por fuera del dogmatismo característico de los espacios cerrados de la política, de los que tradicionalmente los jóvenes han sido expulsados, en función de su supuesta inmadurez, dependencia e irreverencia. Estos vínculos se estrechan en el “caminar la palabra”, aunque no siempre de la misma manera (Movimiento Juvenil Álvaro Ulcué, Colectivo de Pensamiento Minga) para compartir sentires, sentidos y posibilidades a partir del cuerpo como primer territorio de poder (Red

Juvenil de Medellín) y como territorio de Paz (Ruta Pacífica Joven), en la cercanía que actualiza las historias pendientes en presente y en gerundio, en las circunstancias y las ocupaciones por denunciar las diferentes inequidades, injusticias e invisibilizaciones que se dan en los distintos escenarios y dimensiones de la vida en un mundo que es de todos (Ecoclub *Blue Planet*) y cuya responsabilidad ética, histórica y política recae en cada sujeto y en cada colectivo, y en la resistencia política como opción para ser y vivir la posibilidad, para instituir lo nuevo, para crear colectivamente y posicionarse como jóvenes constructores de paz con potenciales éticos, comunicativos, afectivos, políticos y estéticos (programa nacional “Niños, Niñas y Jóvenes Constructores de Paz”) con conciencia de sí y de lo otro, con emoción, razón, cuerpo y memoria, es decir, que los vínculos que establecen estos sujetos se dan en el movimiento, en el sentir y en el hacer, en los enunciados que crean realidades, en las creaciones que interpelan la inercia, en las preguntas que mueven los límites, en el intercambio multicultural, en la estridencia de la pluralidad, en el reconocimiento de un nosotros y en la formación de subjetividades políticas.

### 3. ¿Cómo y con quiénes lo hicimos?

Metodológicamente la sistematización se llevó a cabo a partir del desarrollo de tres estrategias metodológicas en las cuales los jóvenes actuaron como co-investigadores.

La primera hace referencia a un proceso de revisión documental sobre las



experiencias seleccionadas. Para ello

ubicamos distintos textos producidos por las mismas experiencias o por otros actores sociales o institucionales en los que se narran las historias de constitución y develan sus horizontes de sentido, sus formas de organización y prácticas.

La segunda giró en torno a la realización de dos grupos focales *in situ* con cada una de las experiencias, en los que participaron entre 10 y 20 de sus integrantes. Con estos grupos focales se realizaron entrevistas semiestructuradas a integrantes y líderes de las experiencias a través de las cuales se indagó sobre aspectos referidos a las motivaciones de vinculación y permanencia, y microetnografías que describen la especificidad de las prácticas de las experiencias. Estas estrategias permitieron la reconstrucción de la historia de los grupos, el reconocimiento de los acontecimientos socio-históricos frente a los cuales han actuado y configurado sus experiencias colectivas; del horizonte de sentido y las prácticas del grupo, así como de las trayectorias biográficas de sus integrantes.

La tercera estrategia se refiere al proceso de validación para el cual se realizó un encuentro con representantes de las distintas experiencias con el fin de presentar los resultados, recibir su retroalimentación y construir con ellos el capítulo de conclusiones de la publicación de resultados de la investigación.



#### **4. Desplazamientos iniciales sobre la relación política-juventud**

La vivencia directa y el reconocimiento de las condiciones sociales, políticas, culturales, en las cuales viven, es parte fundamental de su accionar, los y las jóvenes participantes de las experiencias agencian consciente y afectivamente transformaciones, resistencias y propuestas de distintos tipos encaminadas a crear unos marcos de acción y sentido comunes que sean capaces de acoger la pluralidad, reconocer la tensión y el movimiento y crear una contracultura que se aleje de las lógicas militaristas, legales o ilegales. En todas las experiencias, las resistencias ante la violencia física y simbólica y a las guerras legales e ilegales que producen muerte, empobrecimiento, destrucción y deterioro de los vínculos afectivos, comunitarios e institucionales, se constituyen en motor de acción colectiva.

Los y las jóvenes señalan haber nacido y vivido en medio de las violencias heredadas que los ubican en el centro de fuegos cruzados y que los inscriben en su dinámica de manera voluntaria e involuntaria. De esta manera, las diferentes experiencias ejercen una posición política antimilitarista en todas sus expresiones, con sus cuerpos, con el arte, con su vida, en una crítica permanente hacia la disciplina, el control y toda forma de expresión de lo militar.

Para estos y estas jóvenes, la política en la que creen y que agencian, está anclada en el reconocimiento de los derechos humanos como una perspectiva que involucra las luchas intergeneracionales, interétnicas e intergéneros alejándose de manera explícita de los modelos formales de hacer política, y mostrando, no una apatía sino una antipatía y resistencia frente a la política de la representación en la que los sujetos pierden su voz y poder de afectación quedando sometidos a la voluntad impuesta por la dirección de una historia que es escrita y contada por unos “pocos”, y frente a toda práctica de dominación y violencia en los distintos espacios en los que acontece la vida del ser humano.

En este sentido su acción pasa por la resemantización de la política y por la ampliación de las formas de agencia y expresión de la misma, por ello asumen la política desde una perspectiva cotidiana que la acerca y la hace parte de la vida del sujeto, es decir, una perspectiva que vindica a la realidad como una construcción social intersubjetiva y a los sujetos como protagonistas de la historia, por tanto, la política es vista como una condición humana para la creación y la instauración de lo nuevo y no sólo como un acto racional que busca el control y estabilidad del orden. Para estos y estas jóvenes la política es movimiento, es indeterminación, es desindividualización para el encuentro de los diversos, es la posibilidad de auto reconocimiento y legitimación de lo plural.

Según sus experiencias, la política es contraria a la violencia que se instaura en las relaciones humanas como forma de control y sometimiento, es decir, como medio de despolitización de los sujetos, los grupos y los espacios. Sus acciones impugnan la violencia como forma de relación legitimada por poderes hegemónicos que se han ido configurando mediante procesos de colonización histórica y culturalmente legitimados desde modelos patriarcales que polarizan la vida en espacios públicos y privados. En tal sentido, sus prácticas reconocen que la política es la vida misma y por tanto debe ser comprendida y agenciada como libertad, pluralidad y justicia, sólo las acciones que permiten la actuación del sujeto y de los colectivos para la ampliación de sus posibilidades pueden ser consideradas como política.

Ante las tensiones de los mundos delimitados entre las esferas pública, privada e íntima, propias de la modernidad, estos y estas jóvenes muestran con su acción la presencia de subjetividades que emergen y se sitúan en el lugar del intersticio como formas fronterizas y plurales de hacer política, desde el indisciplinar los cuerpos, las disciplinas mismas, las obediencias, las jerarquías y las imposiciones por medio de la ironía, la burla y la risa.

Esta acción política es encarnada por ellos y ellas como cuerpos que aparecen y desaparecen, que padecen y vindican relatos de una temporalidad diferente a la instituida que colonizan las mentes, los cuerpos y las emociones; ellos y ellas se ubican de otras maneras en el espacio físico y simbólico que habitan con otros y otras, y apuestan por la reconstrucción de las memorias, lugares y roles que les han sido propuestas como única posibilidad.

Su sentido de lo político no sólo se queda en la palabra y la acción, sino que también se expresa, se vive y se narra en el cuerpo como un espacio vital de reconfiguración del poder, mediante el cual interpelan las inequidades, imposiciones y violencias de un sistema vertical que busca disciplinar los cuerpos para someterlos y homogenizarlos. En estas experiencias, en unas más que en otras, aparece el cuerpo como un elemento constitutivo de la expresión de lo político, al ser considerado como territorio de poder y paz, lo cual, a su vez nos habla de una política de la vida y de lo cotidiano que reclama la presencia de un sujeto que no es sólo razón. Estos jóvenes hablan de una acción política que adquiere sentido para ellos cuando atraviesa todas las dimensiones de su ser, cuando es encarnada en un cuerpo vivo que expresa. Así, entre la escena y el escenario, aparecen cuerpos denunciadores a favor de políticas de vida.

Estos sujetos se reconocen como seres con cuerpo y desde allí despliegan alternativas para interpelar, con otros lenguajes capaces de enunciar en los espacios públicos y privados, reclamos y propuestas ante aquellas situaciones, relaciones y prácticas cotidianas que se han quedado ocultas y separadas de lo político. Buscan que sus cuerpos y sus voces, sus afectividades, y preguntas puedan ser compartidos en diálogos distintos que no sólo se ubican en los espacios formales de las instituciones, con los sujetos tradicionales, parlamentarios, alcaldes, gobernadores, sino que también logran permear esos espacios en los que transitan seres comunes, como el vendedor ambulante, la señora del supermercado, el niño de la escuela.

La performance de sus acciones interpela el sentido monolítico de la historia y de lo político, impuesto desde las matrices de pensamiento eurocéntrica y adultocéntrica que marcan exclusiones para unos e inclusiones para otros, en tanto, su acción política está

constituida por luchas interculturales que logran impugnar la naturalización de los regímenes económicos, políticos y culturales que invisibilizan la diferencia y que reducen la vida a las lógicas de supervivencia, consumo, acumulación y dominio.

Estas experiencias interpelan por vías distintas y en escenarios diversos los procesos de socialización y educación que agencian la inequidad y naturalización del estado actual de la vida, y por ello apuestan por la creación colectiva y plural de espacios y procesos de formación política a través de los cuales los sujetos puedan constituirse en agentes capaces de desplegar su potencial con otros y otras para construir mejores formas de relación entre los seres humanos, el mundo físico y el mundo simbólico, mediante la creación de políticas de vida que conectan dimensiones polarizadas, tales como: espíritu y cuerpo, emoción y razón, pensamiento y afectación, adentro y afuera, público y privado. De esta manera, se corrobora la noción de experiencia como la plantea Dewey (1916/2002): “cuando experimentamos algo, actuamos sobre ello, hacemos algo con ello: después sufrimos o padecemos las consecuencias” (p. 124).

De este modo, las experiencias mismas se configuran en escenarios de socialización política, en los cuales los sujetos van reconociendo los márgenes de su indeterminación y ampliando los círculos éticos de su hacer en el mundo. La participación en estas experiencias constituye para estos sujetos, la posibilidad de reconocerse parte de un “nosotros” en movimiento, y a sí mismo les facilita el despliegue de sus potenciales éticos, comunicativos, estéticos, afectivos y políticos para ser parte de un reclamo comunitario que busca la construcción de significados propios frente a categorías y utopías como progreso, desarrollo, democracia y ciudadanía. Es así como las resistencias en estas experiencias señalan rupturas con prácticas neo-coloniales propias del mundo del desarrollo y el progreso al reconocer y recuperar a los sujetos y a los colectivos en los vínculos con la tierra, y en los sentidos comunitarios.

Cada una de las experiencias investigadas se constituye en una narrativa ejemplarizante<sup>2</sup>, que condensa de manera singular la pluralidad de posibilidades de construcción política. De tal forma, en su devenir estas experiencias se encargan de

---

<sup>2</sup> Esta noción la retomamos de Kant(1790/1997) en el juicio crítico o juicio estético que consiste en desplazar los juicios determinantes con reglas universales que subordinan lo particular en lo universal a juicios reflexivos, que actúan sin una mediación de normas o estándares... la facultad de juzgar, está abierta a la comunidad cuando se la transforma en reflexión. Juzgar es pensar un particular subsumido (concretizado o condensado), pero por sus propias reglas o características intrínsecas (lo pienso sin concepto previo). Por tanto es diferente un juicio determinante deductivo de aquel reflexivo y ejemplarizante.

producir teorías que amplían los significados y las prácticas de derechos colectivos en contextos de diversidades anuladas en la pretendida universalidad del progreso que da origen a la invención del tercer mundo (Escobar, 1996).

Por ello, la noción de política desde la que se mueven, no se agota en las titularidades individuales asignadas de manera homogenizante y sin condiciones de posibilidad para su ejercicio; sus acciones buscan la expansión de las capacidades y la creación de oportunidades reales para acceder a derechos, recursos y servicios que potencien la enteridad del sujeto individual y colectivo y mejoren sus condiciones físicas y simbólicas de vida. Y para ello, apuestan por la creación de una conciencia crítica y un pensamiento propio que les permita ubicarse responsablemente en la construcción de la vida, que ha dejado de ser una propiedad privada.

Pensar por sí mismos, implica reconocerse en las tensiones y contradicciones de la propia historicidad para lograr ampliar el ángulo de mirada desde el que cada uno y cada una se ubica en el mundo y a los otros, las otras y lo otro en él. Estos y estas jóvenes van reconstruyendo su historia y tejiendo futuro cuando se saben sujetos con capacidad de reflexión, cuando inauguran la duda de sí como una manera de ser y estar en el mundo, que les permite correr los límites que les han sido impuestos y deconstruir intersubjetivamente sus propios regímenes de discurso y acción.

En su ocupación por deconstruir la privatización, individualización y militarización de la vida en todas sus dimensiones y espacios, van creando opciones de existencia en las que magnifican la vitalidad de la cercanía y la experiencia de un “nosotros” que se produce cotidianamente desde la acción y afectación de los sujetos. Es así como agencian un sentido y *praxis* de la emancipación que reconoce la necesidad fecunda de un sujeto que se sabe implicado en la historia y con potencia para crear con otros y otras. La emancipación vista desde ellos y ellas es aquel proceso de empoderamiento que produce conciencia crítica, movilización, opciones y transformaciones individuales y colectivas en las formas de pensamiento, conocimiento, emoción, relación y enunciación.

Las diferentes experiencias crean dinámicas interculturales que amplían los referentes de la acción política, comparten y se solidarizan con las luchas de los vencidos y las vencidas por las diferentes manifestaciones del crimen. De esta manera, las prácticas populares devienen en redes de identidades interculturales como fundamentos en la construcción de procesos como jóvenes que comparten miradas, sentidos y actuaciones ético-políticas contra-comunicando, contra-informando, contra-formando, performando

(Red de Jóvenes de Comunicación Alternativa, Ruta Joven en la Ruta Pacífica por las Mujeres, Red Juvenil de Medellín).

Finalmente, este texto presenta las experiencias de acción como escenarios de socialización en las prácticas más subjetivas de afectación, permitiendo afirmar con Larrosa (2003):

Experiencias impuras, demasiado ligadas a la fugacidad y a la mutabilidad del tiempo, demasiado ligadas a situaciones concretas, particulares, contextuales, demasiado vinculadas al cuerpo, a las pasiones, experiencias éstas son las que nos hacen como somos, las que transforman lo que somos y lo convierten en otra cosa (p. 7).

Estas experiencias nos señalan otras formas de construcción de sentidos en la capacidad de reciprocidad y compromiso con las causas del presente, las mismas del pasado y con la advertencia de la decepción frente a las esperanzas puestas en las altas políticas que prometen futuros.

## **5. Performances sobre lo político: jóvenes y prácticas políticas alternativas**



Las conclusiones que presentamos a continuación forman parte de un ejercicio de construcción colectiva en el que contamos con la visión problematizadora de representantes de las diferentes experiencias. Para ello, nos reunimos con 25 participantes de las diferentes experiencias y realizamos un taller de investigación en el cual, durante tres días, reflexionamos colectivamente en torno a los hallazgos y desplazamientos que la investigación permitió. Después de la presentación de los resultados por parte del equipo académico, se realizaron plenarias en subgrupos y se construyeron matrices que recogieran los encuentros y desencuentros entre las experiencias. Este capítulo de cierre es entonces el producto de este ejercicio.

### **Principios políticos de las experiencias**

Los horizontes de sentido que han logrado configurar en sus prácticas estas siete experiencias, permite ampliar las comprensiones de la política y de la relación que establecen estos y estas jóvenes con ella.

Desde estas experiencias, lo político no se concibe como una definición rígida y terminada, sino más bien como una construcción intersubjetiva que se da en tiempos y espacios sociales e históricos particulares. Por tanto, lo político se concibe desde una pluralidad de sentidos y expresiones que permiten resemantizar su sentido al entenderlo como movimiento del sujeto y el colectivo hacia la formación de una conciencia crítica y un pensamiento propio que permita la reconfiguración de las relaciones de poder en todas las dimensiones y espacios en los que acontece la vida, mediante procesos abiertos de participación en la toma de decisiones, trabajo colectivo y solidario para la transformación de condiciones de inequidad, violencia, pobreza, corrupción, control e invisibilización.

Los principios políticos que orientan sus acciones se ubican en diferentes márgenes del mundo que comparten con otros. Sin embargo, existen algunos principios que transversalizan todas las experiencias. En este sentido, la resistencia como posibilidad de palabra y pensamiento—no-violento; la desobediencia a lo instituido y naturalizado, como posibilidad de autorreconocimiento y creación; el antimilitarismo como rechazo a toda forma de dominación y a la naturalización de la violencia; el pluralismo como expresión del entre-nos; el trabajo solidario-cooperado como reivindicación de la responsabilidad ética de los sujetos y colectivos; el diálogo de saberes como expresión del multiculturalismo; la reivindicación de lo popular como valoración y visibilización de la potencia del trabajo cooperado y no como pauperización y estigmatización de las

comunidades empobrecidas, aparecen como los principios que configuran un marco de sentido y acción compartidos y legitimados desde la experiencia y la afectación que fundan sus prácticas.

La acción política que estas experiencias agencian, muestra explícitamente antipatía por las formas tradicionales y verticales de hacer política y un distanciamiento consciente de los conceptos del liberalismo como: nación, ciudadanía, público, privado, civil. En tanto, ellos buscan ampliar las capacidades y oportunidades individuales y colectivas de cuidar y ampliar la vida de manera integral.

Algunos de los rasgos que caracterizan las acciones políticas de estos y estas jóvenes tienen que ver con: su capacidad para actuar tanto en lo público como en lo privado; la significación del arte como lugar de agencia y expresión de lo político, el uso de acciones directas que buscan interpelar el orden instituido desde la presencia, denuncia y creación en espacios públicos cotidianos que van siendo absorbidos e invisibilizados por las lógicas de la política tradicional; la apropiación de herramientas de comunicación alternativa que les permite contrainformar y sensibilizar desde medios y lenguajes distintos; la creación de escuelas de autoformación en las cuales sus integrantes van desarrollando un proceso de socialización política que parte de la experiencia concreta y se potencia en la vivencia del nosotros; la promoción de espacios de formación para los agentes de las comunidades con las que trabajan como una forma de democratizar la construcción social del conocimiento y de generar procesos de empoderamiento y resistencia desde las bases, es decir en los contextos de la familia, el barrio, la escuela, las juntas de acción comunal, los cabildos indígenas, las universidades, los grupos juveniles de música, teatro y danza, entre otros.

### **Los acontecimientos ante los que actúan**

Los lugares de afectación y acción política de los colectivos responden a lógicas macro y micro de la situación del país. En cuanto a los acontecimientos estructurales aparecen, por un lado, el desencanto de la política oficial, caracterizada por prácticas de representación, corrupción, injusticia y asistencialismo, asociada a discursos y prácticas que no asumen al joven como sujeto político sino como delincuente o como problema social. Y que impiden la visibilización de la pluralidad, en tanto, el ejercicio de la política desde esta perspectiva, se hace para controlar a los sujetos y colectivos asegurando el mantenimiento y reproducción del estado de cosas legitimado en lógicas de poder vertical. Por otro lado, el reconocimiento de las condiciones de violencia estructural desencadenada

en las últimas cinco décadas del país y la proliferación de múltiples formas de violencia que se van naturalizando en la vida cotidiana, mediante los procesos de socialización, educación y comunicación.

Así estos jóvenes actúan frente a: las violencias simbólicas y epistémicas que se imponen en los procesos de producción de conocimiento especializado; las violencias relacionadas con el conflicto armado y social en las que se crean políticas de militarización que las legitiman como forma de relación social y contribuyen a debilitar los vínculos sociales e institucionales y a disminuir las condiciones y posibilidades de vida digna de los seres humanos; la violencia contra la naturaleza expresada en las lógicas de instrumentalización, de apropiación y de consumo de la vida, mediante los discursos y prácticas que conciben la naturaleza como recurso para la expansión del progreso y no como condición para la vida. De otro lado, también aparece como acontecimiento la imposición del neoliberalismo presentado como única posibilidad de vida a nivel económico, social, cultural y ambiental, estos son los acontecimientos que estructuralmente los afectan, los afectan y movilizan.

En segunda instancia, están los acontecimientos que se ligan a los contextos más próximos a los sujetos, aquellos que se viven en el barrio, en la comuna, en la ciudad y que afectan directamente e indirectamente el cuerpo y la vida cotidiana de los sujetos. Según la historia de estas experiencias, la afectación cotidiana que devino en movimiento, pasa entre otras, por situaciones como la contaminación de sus fuentes de agua, el cierre de sus colegios, la violencia de sus familias, la inseguridad de sus barrios, la discriminación en sus lugares de trabajo, el asesinato de sus seres queridos.

En tal sentido, los problemas estructurales y cotidianos frente a los que actúan buscan romper con la neutralización de las emergencias de subjetividades políticas y el mantenimiento del *statu quo*. Los acontecimientos frente a los que actúan se refieren a:

- **Sociales y culturales:** el consumo y el individualismo, la estigmatización del cuerpo; el colonialismo; las diferentes expresiones de la violencia (contra los, niños, las niñas, las mujeres, los hombres, el ambiente); la pérdida de la identidad indígena y campesina; el patriarcado-machismo como formas de verticalización, invisibilización y control en las relaciones sociales; el alcoholismo, la drogadicción, el embarazo no deseado; la jerarquización de las relaciones sociales.

- **Políticos:** Represión y control por parte del estado; políticas de militarización de la vida; exclusión e invisibilización de los sujetos y las poblaciones consideradas marginales; “democracia” anti-democracia; prácticas tradicionales de actuación política.

- **Económicos:** desempleo; aumento de la pobreza por políticas de empobrecimiento; disminución de las condiciones materiales de vida.

- **Ambientales:** ausencia de responsabilidad social frente al ambiente; ausencia de políticas de estado; desconexión de los niños, de las niñas, de los y las jóvenes con la naturaleza; prácticas y discursos que fomentan la destrucción en función del control.

### **Los objetivos de la acción política: Actúan por y para**

Ante los acontecimientos estructurales y cotidianos, las experiencias han configurado diferentes objetivos que dan cuenta de la amplitud y performance de lo político y de las luchas y resistencias que estos sujetos y colectivos encarnan. En este sentido, las experiencias actúan por y para generar procesos de empoderamiento y liderazgo de sus integrantes, tendientes a desarrollar conciencia histórica y crítica para participar en la ampliación de las posibilidades de vida material y simbólica en los contextos en los que habitan; activar actitudes y capacidades para el ejercicio de la responsabilidad social de sus integrantes y de las comunidades con las que trabajan, para posibilitar la movilización y el cambio; desmilitarizar la sociedad, mediante la denuncia del rol de los actores armados legales e ilegales en la perpetuación del conflicto colombiano; crear y difundir formas no violentas para el abordaje de las problemáticas sociales que los afectan. Así también, generar espacios para la problematización de las condiciones de inequidad, violencia y empobrecimiento y para la participación en la reivindicación de derechos particulares (colectivos e individuales); contrarrestar la influencia de los medios de comunicación masivos mediante la creación de una contracultura que permita la visibilización de la pluralidad, la expresión de los excluidos y la deconstrucción de los sentidos, valores, normas y discursos impuestos por el neoliberalismo; fomentar vínculos y formas equitativas, afectivas y plurales, de relación del ser humano consigo mismo, con los otros y con la naturaleza; fortalecer la identidad y la autonomía de los pueblos mediante la recuperación de la memoria colectiva para la construcción de relatos de mundo posibles.

### **Acciones que realizan**

En el marco de sus apuestas políticas y de sus estrategias de gestión, organización y comunicación, estas experiencias han ido desplegando un abanico de acciones según los actores, escenarios y procesos en los que estén participando. En este sentido, las acciones

no son las mismas, no son estáticas, ellas van siendo modificadas, potenciadas y resemantizadas por los actores en la medida que acontece la vida del colectivo y de los sujetos. Estas acciones generalmente se desarrollan de forma articulada y permanente.

Las acciones de auto-organización y gestión se refieren a la recaudación de recursos económicos y materiales para el desarrollo de los objetivos, a la gestión de alianzas, vinculación a redes y grupos, y a la convocatoria de nuevos integrantes; las acciones de formación tienen que ver con la creación y desarrollo de escuelas de formación para sus integrantes y para otros agentes sociales, en temas como liderazgo, derechos humanos, derecho ancestral, comunicación, políticas de juventud, entre otros. Así mismo, estas acciones están ligadas a la participación en múltiples procesos de capacitación, como seminarios, foros y talleres; las acciones de comunicación y sensibilización se refieren a la creación, desarrollo o vinculación a campañas, congresos, asambleas, marchas, tomas del espacio público, conciertos, jornadas culturales y deportivas desde los cuales se realizan denuncias de situaciones de inequidad, violencia, desaparición, muerte, abandono, secuestro, reclutamiento forzado, patriarcalismo, machismo, homofobia, maltrato animal, violencia sexual entre otros. Las acciones de investigación y producción de conocimiento se refieren a los procesos de problematización cotidiana que estos grupos hacen de las condiciones de producción, circulación y uso de los conocimientos, a las innovaciones pedagógicas que van creando en sus procesos de interacción con la comunidad y a la vinculación a comunidades académicas y sociales que se ocupan de ampliar el conocimiento desde el cual se comprende la vida y finalmente las acciones referidas al trabajo comunitario entendido como las actividades colectivas que se desarrollan directamente con la participación de los grupos familiares, las comunidades y demás actores sociales.

### **Hechos o prácticas que obstaculizan el desarrollo de las acciones**

En sus contextos existen diferentes factores que limitan el desarrollo de sus acciones en equidad, en libertad y en legitimidad. Por un lado, los y las integrantes de las experiencias reconocen que se dan amenazas a la integridad física o simbólica de sus integrantes como forma de controlar y reprimir las impugnaciones que hacen y también como un mecanismo para legitimar los discursos que asumen a los y las jóvenes como un peligro social, como un problema y como actores que generan violencia y deben ser controlados para salvaguardar la tranquilidad y orden social. De otro lado, se identifica entre los obstáculos

la estigmatización social por el tipo de acciones y procesos que desarrollan, según sus narrativas individuales y colectivas. La pertenencia a estos grupos es símbolo de resistencia, de oposición, de autonomía, por ello, consideran que muchas veces han sido excluidos y señalados.

Otro de los asuntos que se reconocen como obstáculo para su acción es el predominio de una ideología que fomenta el pensamiento consumista e individualista y que neutraliza la emergencia de subjetividades políticas en tanto fomenta el desinterés y apatía social hacia las problemáticas que los aquejan.

También nombran la dependencia del financiamiento externo y el no logro de la auto sostenibilidad como un límite para el despliegue, continuidad e impacto de los procesos que desarrollan tanto interna como externamente, sin embargo, expresan que este límite no es determinante de su acción porque mediante la creación de diferentes estrategias de solidaridad y cooperación ellos y ellas agencian las posibilidades, redes, alianzas y recursos necesarios para el logro de sus objetivos.

### **¿Donde emerge lo alternativo de sus acciones?**

Para estos grupos de jóvenes, lo alternativo de sus acciones está centrado en la apuesta por construir la vida desde la pluralidad y la ampliación de los marcos de sentido y acción que permitan la legitimación de una vida colectiva que no suprime la diferencia. En este sentido, estas experiencias ponen su acento en lo alternativo al ampliar el significado y uso del cuerpo como primer territorio de poder y resistencia, para vencer el miedo y como expresión de paz; la deconstrucción de los derechos desde una perspectiva comunitaria y de des-colonización.

Los y las jóvenes usan el arte, la estética y lo lúdico como medios de creación y expresión para desnaturalizar lugares y sentidos de enunciación, y mostrar formas de actuaciones plurales y sensibles que no se agotan en la razón.

Ellos y ellas se resisten a las formas patriarcales del ser hombre o del ser mujer y reconocen la existencia de “cuerpos andróginos” que escapan a las formas estéticas impuestas por el mercado, es así como enuncian y significan sus cuerpos como expresión de libertad, como territorio primigenio de poder y como escenario de paz. Asumen el poder como una construcción colectiva, por tanto, no creen ni actúan por la toma del poder desde la óptica tradicional del Estado; sino que apuestan por la construcción del poder como posibilidad de expansión y creación de mejores condiciones de vida desde sus acciones y

posturas vitales. En este sentido, se reconocen y reconocen a los demás como sujetos con poder de afectación para la transformación.

Los y las jóvenes asumen una postura ética y política que busca la deconstrucción cotidiana de las relaciones jerárquicas y violentas que promueven el patriarcado y los valores de la cultura occidental, a partir de la construcción de relaciones basadas en la horizontalidad, la pluralidad, el afecto, lo comunitario y la reciprocidad. Sus acciones no se centran en la reproducción de las estructuras y modos tradicionales de hacer política, buscan crear modos diferentes de organización y participación en los cuales sea posible deconstruir la verticalidad del poder hegemónico y de la política formal.

Ellos y ellas agencian políticas de vida y políticas de lugar que pasan por la cotidianidad de la afectación de los sujetos y por el reconocimiento de las particularidades de sus contextos: historias, sentidos, necesidades, visiones, saberes y tensiones. En este sentido, no buscan derechos universales, pero sí posibilidades equitativas y dignas para la vindicación de la pluralidad y la libertad.

Los y las jóvenes no ubican sus discursos y prácticas desde la vida, es decir, que no se asumen como dueños de ella, sino que enuncian sus acciones en la vida de la que se saben parte, por tanto, sus acciones están encaminadas a cuidar y ampliar la vida no sólo humana sino a reconocer, respetar, asegurar y equilibrar la vida de manera integral, ello incluye la relación con la naturaleza y el universo.

### **El sujeto político y su potenciación a partir de la participación en movimientos sociales**

El sujeto político es un ser de carne y hueso, con cuerpo, emoción y razón, cuya conciencia y posición política van siendo construidas en sus interacciones; es capaz de dudar de las certezas del mundo instituido y de los lugares y funciones destinadas para crear un pensamiento propio-auténtico; un ser al que le importa la vida y que mueve sus límites para traer al mundo lo nuevo, es decir, aquello que está potente en lo instituido.

Un sujeto político se va haciendo y es aquél capaz de actuar colectivamente en pro del mejoramiento y transformación de las condiciones de vida físicas y simbólicas en las que acontece la vida social. Es aquél que se identifica con otros, se sabe históricamente, se reconoce como indeterminado y puede sentir con otros; es un sujeto que rompe los muros de la individualización y la privatización de los derechos, para asumir su lugar como creador de la realidad y como parte de un territorio en movimiento.

Este sujeto político problematiza y actúa tanto en lo público como en lo privado de sus relaciones, articula conscientemente el discurso y la acción, crea–agrega algo nuevo al mundo en función de su transformación. El disfrute y la alegría frente al trabajo colectivo y la interacción, son movilizados de su acción política. No actúa por obligación sino por convicción y responsabilidad ética con el mundo del que es parte.

La subjetividad política se va configurando y potenciando a partir de la vinculación a movimientos sociales que configuran experiencias colectivas que reconocen la pluralidad de formas de construcción política desde las experiencias locales y proponen un orden alternativo frente a la impunidad, la represión, el conservadurismo.

Las experiencias políticas de los y las jóvenes problematizan en sus contextos la existencia de un solo orden y lugar de lo político y la invisibilización selectiva de ciertos sujetos considerados inferiores o incapaces, con lo cual han podido cuestionar la institucionalización hegemónica de la vida y hacer el tránsito de la protesta a la creación de la posibilidad, por lo tanto, enuncian el grado de desarrollo que han logrado como movimiento. Parfraseando a Tapia (2008): uno de los rasgos fundamentales del desarrollo de un movimiento social es que su accionar tiende a incluir ya no sólo la protesta o la demanda, sino también la factualización de las formas alternativas de apropiación, gestión, organización y dirección de recursos y procesos sociales y políticos.

Según lo anterior, consideramos que no hay sujeto político sin la deliberación que permita la expresión de los diversos y que facilita la comunicación para la vida armónica; sin marcos de acción comunes que logren convocar sentidos y necesidades para romper el individualismo; sin condiciones de creación y ampliación, tanto objetivas como subjetivas que garanticen no sólo la reproducción sino también la creación de la vida valorada como digna, justa, armónica y bella, sin el reconocimiento de la tensión entre el sujeto y la estructura, entre la determinación y la indeterminación; sin activar la capacidad de creación desde la combinación y la preservación, sin la existencia y significación de un nosotros legitimado; sin la afectación de las experiencias que se encarnan en el cuerpo como primer espacio de poder, libertad y paz.

Algunas de las características que señalan los y las jóvenes vinculados a los movimientos sociales son:

- **La inter-subjetividad** y el conflicto en la construcción social del sujeto
- **La inter-subjetividad** resignificación y redistribución del poder; ampliación del círculo ético y fortalecimiento de las relaciones intergeneracionales.

- **La capacidad de conciencia histórica** en la configuración de su biografía como persona, así mismo, el sujeto como agente de la historia colectiva en su papel social o político.

- **La autonomía** entendida en todos los casos como capacidad de pensamiento propio; vislumbrando una tendencia central en la configuración de la subjetividad política. Contrario a la autonomía promulgada en las teorías de la modernidad, mayoría de edad, y de la visión homocéntrica del mundo.

- **La duda** de sí desvirtúa la supremacía de lo humano sobre todas las cosas. Es decir, evidencia la capacidad cotidiana de reflexividad sobre las decisiones del día a día y la capacidad de devolverse en ellas en la medida del impacto sobre los mundos. La duda de sí permitirá romper también con los presupuestos de la condición postmoderna del todo vale, implica la capacidad de poner límites a partir del irse percatando que somos y estamos-con-el-mundo, des-tecnificando y des-instrumentalizando toda forma de relación.

### **Un Desplazamiento vital: de biopoderes a políticas de vida**

Las experiencias generacionales se vislumbran en colectivos extra-partidarios y desjerarquizados, así, frente al control sobre los cuerpos ofrecen campos de enunciación que gestan acontecimientos ante los eventos de violencias en contextos locales como políticas del lugar (Escobar, 2009) y como políticas de vida.

De esta manera, proponen otros marcos de referencia producidos por sus mundos existenciales como posibilidad de estar de otros modos. Sus luchas no se remiten al enclausamiento social, tampoco al reconocimiento de su condición identitaria, más bien, exponen otras formas de vida encarnadas en cuerpo y sangre. Esta investigación afirma con Zibechi (2003a) que los movimientos institucionalizados tienen una estructura visible y separada de la cotidianeidad, particularmente, los movimientos generacionales proponen un conjunto de relaciones sociales, como expresión de política cotidiana.

La principal estrategia conducente a la in-activación de los movimientos (desmovilizar) crea fantasmas que desvirtúan la acción, no obstante, las capacidades performativas permiten anunciar una nueva emergencia de construcción de la política desde una perspectiva generacional.

El arte de hacer política y la política como arte acuden a la ironía y al disimulo, al decir con tono burlón y sarcástico lo que no deja lugar a duda sobre el verdadero sentido de realidad. La distorsión de códigos dominantes para la producción de nuevos sentidos

comunes, produce legitimidades y referentes de acción no desde un deber ser prefigurado, sino a partir de las prácticas concretas que se han legitimado en el tiempo y en los contextos específicos. De esta forma, el *Homo Ludens* crea el jugar, un juego que requiere del acuerdo a ciertas reglas que exigen un juego limpio.

Finalmente, es importante resaltar, como plantea Botero (2011):

Las generaciones en movimiento están encargadas de producir un nuevo relato, en lugar de distanciarse de las viejas generaciones al establecer identidades a partir de la diferencia, buscan legitimidades intergeneracionales e interculturales para realizar una queja a las formas oficiales de construcción política (p. 27).

### **Una perspectiva generacional de la política**

Reconocer la vinculación de los y las jóvenes a los movimientos sociales locales evidencia cómo las generaciones expresan una voluntad de mundo (Mannheim, 1928 y 1982) que anticipa el espíritu del tiempo. Así mismo, señala las expresiones interculturales de creación de políticas del lugar a partir de una lectura decolonial de los movimientos sociales (Castro & Grosfoguel, 2007; Escobar, 2009; Flórez, 2007; Tapia, 2008, Zibechi, 2003b), y plantea las rupturas desde la perspectiva generacional en la política. Estas rupturas se dan en términos de la relación con los tiempos, la relación con los contextos y la relación con el lugar de enunciación.

Actualmente, los y las jóvenes en movimiento narran: “No nos encasillamos en un gremio. Somos indígenas, afros, campesinos, jóvenes urbanos, estudiantes, somos todo eso (...) si lo pensamos desde la división o lucha de clases, y desde la flexibilización laboral, ni siquiera para ser obrero alcanza” (Sergio Rojas, Colectivo Minga de Pensamiento).

Las características de los tiempos reconocen que las condiciones históricamente compartidas no son épocas universales de las cuales nadie puede escapar, como afirman Bauman, Beck, Guiddens y Luckman (1996); García Canclini (2010). De tal manera, las experiencias de acción política actuales toman distancia de las teorías que sustentan la vida política de los y las jóvenes a partir del no lugar (Auge, 1992/2000); las relaciones mediadas meramente como consumos (Barbero, 1987); o la simple denominación de nuevos movimientos sociales y neo-nacionalismos étnicos (Melucci, 2001; Sabucedo, 1996), pues éstos no coinciden directamente con las experiencias intergeneracionales e interculturales. Una condición que invita a repensar los movimientos generacionales a partir de una perspectiva latinoamericana.

De acuerdo con lo anterior, Flórez (2007) presenta una crítica a las teorías eurocéntricas las cuales ponen en duda que las acciones colectivas en América Latina puedan constituirse en movimientos sociales y cita a Mainwaring y Viola (1984): “el objetivo de los movimientos periféricos es, ante todo, cubrir las necesidades básicas, y dado que su principal interlocutor es el Estado, se trata de actores colectivos cuyo punto de partida es el de llegada de los movimientos del norte”. (p. 245)

A partir de los lugares de enunciación generacionales latinoamericanos, los elementos que aglutinan los colectivos rompen dicho presupuesto, así mismo, con aquellos que separan sus luchas por el reconocimiento de género, generación o etnia de aquellas que se encaminan a las búsquedas de redistribución y territorialidad (Fraser & Honneth, 2003). Los movimientos generacionales no sólo defienden la territorialidad, el reconocimiento y la redistribución en los sectores populares, grupos de mujeres, o jóvenes como minorías víctimas reactivas que buscan incluirse al sistema de los derechos oficiales. Los movimientos generacionales no son exclusivos y excluyentes de una identidad étnica, de género y generación o de la exigencia de condiciones dignas de existencia, las luchas son pluri o transidentitarias. Así mismo, las violencias se constituyen en el motor de acción colectiva; de esta manera, transversal y contextualmente se vinculan en la construcción de país a partir de luchas pacifistas.

## Referencias

- Alvarado, S., Botero, P. & Luna, M. (2008). *La comprensión de los acontecimientos políticos ¿Cuestión de método? Un aporte a la investigación en las ciencias sociales. Reflexiones Latinoamericanas sobre Investigación Cualitativa*. Buenos Aires: Universidad de La Matanza.
- Alvarado, S., Botero, P. & Ospina, H. (2008). Proyecto de investigación experiencias alternativas con participación de jóvenes. Colciencias Cód. 1235-452-21077 (2008-2010).
- Arendt, H. (1943). *Nosotros, los refugiados*. Texto original en Menorah Journal.
- Arendt, H. (1951/2004). *Los Orígenes del Totalitarismo*. México: Taurus.
- Arendt, H. (1957/2000). *Rahel Varnhagen vida de una mujer judía*. Barcelona: Lumen.
- Arendt, H. (1958 / 1998). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (1959). *Introducción a la política*. Chicago: The university of Chicago.
- Arendt, H. (1963/2006) *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: DeBOLS!LLO.
- Arendt, H. (1965/2001) *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa.
- Arendt, H. (1968). *Between past and future*. New York: Penguin Books.
- Arendt, H. (1978/ 2002) *La vida del Espíritu. Obra póstuma*. Editada por Mary McCarthy. Buenos Aires: Paidós.
- Auge, M. (1992/2000). *Los «no lugares» espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z.; Beck, U.; Giddens, A. & Luhmann, N. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad contingencia y riesgo*. Barcelona: Anthropos.
- Barbero, M. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México, D. F.: Gustavo Gili.
- Botero, P. (2011). Movimientos Generacionales en cinco experiencias de acción política en Colombia. En proceso de evaluación en el tema monográfico de la revista Nómadas No. 34. *Constituciones políticas, diversidad y diferencia. Apuestas y resistencias, eje ·1*.
- Castro, S. & Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica, más allá del capitalismo global*. Bogotá, D. C.: Instituto Pensar, Universidad Javeriana, IESCO y Siglo del Hombre Editores.
- Dewey, J. (1916 – 2002). *Educación y Democracia*. Madrid: Morata.

- Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo*. Bogotá, D. C.: Editorial Norma.
- Escobar, Arturo. (2001) *Culturas políticas y políticas culturales*. Bogotá: Taurus
- Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. *Tabula Rasa*, 1. pp. 51-86. Bogotá, D. C.
- Escobar, A. (2009). Una minga para el postdesarrollo. América Latina en Movimiento. En: *La agonía de un mito ¿cómo reformular el desarrollo?* Junio, Año XXIII, II época. Extraído de: <http://alainet.org/images/alai445w.pdf>
- García, C. (2010). *La Sociedad sin relato: Antropología y estética de la inminencia*. Buenos Aires: Katz.
- Flórez, J. (2007). Lectura no Eurocéntrica de los movimientos sociales Latinoamericanos. Las claves analíticas del proyecto Modernidad/colonialidad. En: Castro, S. & Grosfoguel (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica, más allá del capitalismo global*. Bogotá, D. C.: Instituto Pensar, Universidad Javeriana, IESCO y Siglo del Hombre Editores.
- Fraser, N. & Honneth, A. (2003). *Redistribution or recognition? A political – Philosophical exchange*. London: Verso.
- Heidegger, M. (1970). *Carta sobre el humanismo*. Spain: Taurus.
- Heidegger, M. (1926/2003). *Ser y Tiempo*. Madrid: Ferraz.
- Kant, I. (1790/1997). *Critica del Juicio*. Edición y traducción Manuel García Morente. Madrid: Espasa
- Larrosa, J. (2003). Experiencia y pasión y Sobre lectura, experiencia y formación en *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona: Laertes. Algunas notas sobre la experiencia y sus lenguajes. Dto. De Teoría e Historia de la Educación, Universidad de Barcelona.
- Mainwaring, S. & Viola, E. (1984). New social movements, political culture and Democracy: Brazil and Argentina. In *The 1980s Telos*, 61. 17-54.
- Mannheim, K. (1982): O problema sociológico das gerações. En M. Forachi, *Mannheim*. São Paulo: Ática.
- Mannheim, K. (1928/2005). Ideología y utopía. En H. Arendt, H. *Ensayos de comprensión. 1930-1954. ¿Qué queda? Queda la lengua materna, Conversación con Günther Gaus*. Madrid: Caparrós.
- Mannheim, K. (1928/1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigación Sociológica*, 62.

- Melucci, A. (2001). Los movimientos etnonacionalistas en las sociedades complejas. *Vivencia y Convivencia. Teoría Social para una Era de la Información*. Madrid: Trotta.
- Ospina, C. & Botero, P. (2007). Estética, narrativa y construcción de lo público. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud, Manizales, 2 (5)*, pp. 843-889.
- Sabucedo, J. (1996). “*Movimientos Sociales*” *Síntesis*. Madrid: Psicología Política.
- Tapia, L. (2008). *Política Salvaje*. La Paz: Muela del Diablo Editores, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO.
- Zibechi, R. (2003a). *Genealogía de la revuelta. Buenos Aires, una sociedad en movimiento*. La Plata: Letra Libre.
- Zibechi, R. (2003b). *Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos*. OSAL, Observatorio Social de América Latina, enero de 2003. Extraído de: <http://www.pensamientocritico.org/rauzib1003.htm>

**La juventud en la mira de las ciencias sociales, los medios y las leyes.  
Preguntas y desafíos sobre las diferencias de género y sexualidad**

**Silvia Elizalde  
(CONICET / UBA)**

## **Resumen**

En este trabajo me propongo analizar las operaciones de sentido que se producen actualmente alrededor del vínculo entre clase, género, edad y sexualidad en tres escenarios claves de la definición de la condición juvenil contemporánea: a) el campo de los estudios de juventud en el país; b) los discursos y operaciones ideológicas de los medios de comunicación en torno de este colectivo; y c) la trama normativa reciente orientada directa o indirectamente a los y las jóvenes en materia de género y sexualidad; para ponerlos luego en diálogo y tensión con las formas residuales y emergentes (Williams, 1977/1980) de configuración del género y la sexualidad por parte de los propios chicos y chicas, hoy.

## Introducción

Las reflexiones que aquí comparto son producto de las inquietudes que vienen atravesando, con distintas focalizaciones, mi investigación sobre jóvenes en los últimos 12 años. Se nutren, también, de mi recorrido como docente de grado y postgrado, del contacto intergeneracional con mis alumnos y alumnas de la universidad pública, y de las numerosas instancias de intercambio y discusión que mantengo constantemente con otros/as colegas del campo de los estudios de juventud y los estudios de género, quienes sin dudas han enriquecido enormemente mi trabajo y complejizado mis preguntas. Asimismo, el modo en que vuelvo a pensar y repensar la dimensión de las diferencias de género y sexualidad en las dinámicas de constitución de la condición juvenil en la cultura contemporánea responde a las propias transformaciones epocales experimentadas –creadas, padecidas y/o resignificadas– por las y los jóvenes, y a las interpelaciones que estos cambios plantean a las actuales condiciones políticas, institucionales y hasta tecnológicas que informan los modos de hacer investigación social en el presente.

Por otro lado, a contrapelo de la exploración más clásica de la juventud en relación con su filiación a la trama institucional o con su tajante distancia de ella, mi recorrido investigativo ha hecho recurrentemente foco en el análisis de las “zonas grises” de la cultura. Aquellas que nombran y simultáneamente invisibilizan a ciertas prácticas y perfiles de sujetos jóvenes, y que no pueden reducirse a la lógica dual y taxativa del “adentro” o el “afuera” de las instituciones –por caso, la escuela, la familia, la justicia, la medicina, el control socio-penal– sino que, más bien, se ubican en sus intersticios, en los lugares de fuga o en los espacios *entre*. Es decir, en circuitos de prácticas y experiencias que atraviesan territorios formales e informales múltiples, densamente cargados de sentidos –en su mayoría naturalizados– sobre las diferencias críticas que definen a la “juventud” en su historicidad y complejidad contextual: la clase, la edad, el género, la generación, la etnia, la orientación sexual. Es en estas específicas *topografías culturales* donde me resulta estimulante formular la pregunta por las tramas discursivas en las que se crea y recrea el androcentrismo, el sexismo, la homofobia o la retórica patriarcal en tanto ideologías restrictivas del despliegue identitario y subjetivo de muchos chicos y chicas de la Argentina actual. Pero también, donde procuro explorar en sus reversos. Esto es, en las difíciles condiciones de formulación de respuestas a estas narrativas

opresivas por parte de quienes son ubicados/as como blanco recurrente de regulaciones simbólicas en razón de su género y/o orientación sexual.

En el marco de estas coordenadas, en este trabajo me propongo analizar las operaciones de sentido que se producen actualmente alrededor del vínculo entre clase, género, edad y sexualidad en tres escenarios claves de la definición de la condición juvenil contemporánea: a) el campo de los estudios de juventud en el país; b) los discursos y operaciones ideológicas de los medios de comunicación en torno de este colectivo; y c) la trama normativa reciente orientada directa o indirectamente a los y las jóvenes en materia de género y sexualidad; para ponerlos luego en diálogo y tensión con las formas residuales y emergentes (Williams, 1977/1980) de configuración del género y la sexualidad por parte de los propios chicos y chicas, hoy.

## **1. Revisando el (propio) mapa**

En relación con el primer escenario, nos preguntarnos por el lugar que ocupa la problematización por el género y las sexualidades en el campo de los llamados estudios de juventud. En un trabajo anterior (Elizalde, 2006) este mismo interrogante señalaba, como posible respuesta, el registro de un conjunto de recurrencias en las investigaciones sociales sobre jóvenes que, si bien mantienen plena vigencia en la actualidad, también requieren de cierta revisión y discusión en las condiciones actuales del hacer investigativo en este campo. En aquella reflexión inaugural sobre el tema, el análisis de la producción investigativa de mediados de los años 90 a mediados del 2000 revelaba un muy escaso uso, por no decir nulo, de las categorías de género y sexualidad como “algo más” que variables sociológicas clásicas, o como diferencias “obvias” cimentadas en la presunción naturalizada del binarismo heterocentrado.

Sin embargo, una ponderación más aguda sobre el lugar de estas diferencias en las investigaciones sobre jóvenes comporta una pregunta previa, vinculada con las fronteras que delimitan el proclamado carácter transdisciplinario de este campo de estudios. Fronteras que, como sabemos, han estado prioritariamente recortadas por la sociología, y más adelante por la antropología, los estudios de comunicación/cultura y, en menor medida, por las ciencias de la

educación, la psicología o la ciencia política. La pregunta anterior que debemos formularnos es, entonces, cómo han sido pensadas y abordadas estas diferencias culturales del género y la sexualidad en cada una de esas tradiciones disciplinares, y cuáles han sido sus reprocesamientos en su cruce o convergencia en un campo compartido de interés por los sectores jóvenes. En este sentido creo –relativizando en parte aquel mapa de situación que esbocé a mediados de los 2000- que el devenir propio de los estudios de juventud como ámbito científico legitimado, pero sobre todo, el cambio de condiciones culturales e históricas en las formas de procesar, regular y experimentar las diferencias de género y sexualidad en las experiencias concretas de los y las jóvenes en la última década, impiden sostener un diagnóstico homogéneo sobre el estatus teórico, metodológico y político de estos diacríticos identitarios en este ámbito de saber. No obstante ello, entiendo que sigue siendo necesario afirmar que la fuerte impronta de la sociología en este ámbito, y el abrumador canon de lecturas de este orden, han dejado marcas perdurables en los estudios de juventud en nuestro país respecto de las maneras de construir objetos y problemas de exploración. Pero también de operar “en terreno” con protocolos de investigación que, desde su misma enunciación –lo sabemos- preconfiguran modos epistémicos de pensar y abordar las diferencias sexo-généricas. Este ha sido el “clima” disciplinar en el que nos hemos formado quienes, una década atrás, empezamos a indagar la problemática juvenil a partir de la lectura de los trabajos pioneros que “inventaron”, o “reinventaron”, los estudios de juventud desde mediados de los ‘80 -pero sobre todo en los ‘90-, al imponer la indagación del universo juvenil como un tópico clave de la agenda investigativa de las ciencias sociales, bajo el sello indeleble de la perspectiva sociológica. Como afirmamos oportunamente, en las producciones académicas de esos primeros 10 o 15 años postdictadura, la operación predominante fue (¿es aún?) la de considerar al género como sinónimo de “diferencia sexual” y a ésta como variable de análisis pasible de recibir sólo dos valores, reductibles a la clasificación yuxtapuesta de “varón” y “mujer”. A esta altura del debate sabemos perfectamente que esta naturalización categorial no pudo sostenerse de forma explícita por mucho tiempo. Pero también sabemos que la sofisticación léxica o argumentativa que advino después en torno de estas distinciones tampoco fue, ni es, garantía efectiva de un tratamiento crítico, genuinamente deconstructivo, ni políticamente emancipador del carácter regulador y prescriptivo –conservador- que caracteriza a buena parte del análisis social en estas materias. El binarismo de género –ya lo

señaló agudamente Bourdieu (1998)- tiene la fuerza arrolladora de su reproducción constante y transversal, que lo convierte no sólo en el principio modélico organizador de la totalidad social, sino en la condición misma de la inteligibilidad del mundo “tal cual es”. La constatación de que un abordaje así restrictivo del género y la sexualidad juvenil licúa el componente político que, desde la teoría y la praxis feministas del siglo XX a esta parte, trama constitutivamente a estas diferencias críticas de la cultura, es algo que el propio sentido común “experto” reconoce hace tiempo. Sin embargo, no es tan evidente que la ubicuidad de este accionar binario haya invisibilizado también y por largo tiempo a otras diferencias culturales constitutivas de la configuración juvenil, como la etnia, la nacionalidad, la condición rural, o la religión, cuyo reverso ha sido (¿es aún?) el recorte de un sujeto joven particular –varón, urbano, pobre o de clase media, escolarizado o no escolarizado- como imagen universalizante de la multiplicidad de modos de *estar siendo joven* en la Argentina contemporánea.

La antropología ha sido, sin dudas, el saber/hacer disciplinar que más eficazmente ha instalado la incomodidad en el campo de los estudios de juventud respecto de la pregnancia de estos *a priori* al momento de formular preguntas significativas sobre las y los jóvenes. También han sido claves las contribuciones de los estudios de comunicación/cultura que, revitalizado a su vez por la perspectiva gramsciana sobre la regulación cultural del proceso hegemónico, ha repuesto en los últimos años la interrogación crucial por los vínculos entre lo popular y lo masivo en el contexto global-local y el papel estratégico de los diacríticos diferenciales del género y las sexualidades en la constitución de prácticas juveniles (Alabarces y Rodríguez, 2008; Elizalde, 2011; Saintout, 2009, 2011) y en su compleja interfaz identitaria y política con las industrias culturales en la constitución de formas desiguales de feminidad y masculinidad juveniles (Elizalde, 2011b; Semán y Vila, 2006; Silba, 2011; Silba y Spataro, 2008). Aquí, algunas de las preguntas sustantivas que la perspectiva de la comunicación y la cultura ha permitido introducir, pueden incluirse en las siguientes: ¿Quién define los modos hegemónicos de ser joven en cada momento?, ¿quién y cómo delimita los “contenidos” que construyen esa identidad preferente en cada contexto?, ¿quién regula la entrada, permanencia o exclusión de rasgos, prácticas y perfiles de sujeto que confirman, negocian o resisten esas definiciones cristalizadas de la condición juvenil dominante? ¿Cómo opera, en estos procesos, la ideología y el cambio histórico?

Por su parte, la articulación de la teoría y epistemología feministas al campo de los estudios de juventud –aún escasísima en comparación con la trayectoria de estos saberes en otras zonas disciplinares de las ciencias sociales- empieza a permitir poner en duda el lugar supuestamente “neutral” del/la investigador/a en relación con su propio posicionamiento sexo-genérico en los procesos de producción de saber, y los efectos de proximidad/distancia que la lectura de estas diferencias producen en el encuentro intersubjetivo entre quien conoce y aquel que es conocido en el contexto de una exploración científica. Si algunos/as investigadores/as de los estudios de juventud ya se vienen planteando desde hace un tiempo qué implicancias comporta la tendencia creciente a constituirse en tanto “jóvenes investigando jóvenes” (Elizalde y Blanco, 2010) -como resultado, entre otras cosas, de las políticas de formación y promoción del sistema de ciencia y técnica en el país vía becas, subsidios, etc.-, resta aún profundizar la reflexión sobre las maneras diferenciales en que las distinciones de género y sexualidad intervienen en la toma de decisiones epistemológicas para la construcción de un problema de investigación sobre las nuevas generaciones.

## **2. Lo único que quiero es mirarte**

Respecto de los discursos de los medios de comunicación y de la industria cultural, es sabido que éstos se recortan de forma insistente como espacios de formulación de sentidos hegemónicos alrededor de la dimensión sexo-genérica de las y los jóvenes. Precisamente porque esta asociación entre edad, género y sexualidad aparece reiteradamente señalada como núcleo de un exacerbado interés mediático, en tanto superficie de extracción de una rentabilidad semiótica basada en el presupuesto del morbo, las fantasías y, simultáneamente, el escándalo, la ansiedad, el miedo o la preocupación que la “explicitación” de estas diferencias despertaría en la sociedad en general, y en los adultos, en particular. Diferencias que, en la retórica de los medios, circulan en tanto mercancías altamente redituables.

A la ya histórica construcción del varón joven pobre como condensación de los significados sociales de la amenaza de caos y de quiebre del orden –que se reedita permanentemente y con

éxito en programas televisivos del tipo “docu-show”<sup>1</sup>, hoy las imágenes mediáticas de chicos y chicas de sectores populares se diversifican (y en los formatos audiovisuales, saturan) la presentación de lo juvenil, aunque insistentemente en su par yuxtapuesto de “víctimas” o “demonios” (*Folk Devils*)<sup>2</sup>. En todos los casos, y más aún en relación con la condición de género y sexual, la enunciación de los medios parece activar sobre estos sectores un *populismo punitivo* que funciona a partir de la mostración constante de imágenes de jóvenes – desafiados, alcoholizados, violentos, fuera de control, sin resto moral alguno, perdidos/as por la droga, etc.- que habilitan, y justifican, la sanción, la segregación, o la represión sobre ellos/as. Pero también, la producción o reforzamiento siempre disponible de nuevos o viejos estigmas sobre ciertos sujetos considerados previamente como “problemáticos” o socialmente “inviabiles”. El mecanismo opera aceitadamente toda vez que, a la insistente mirada fija sobre estos chicos y chicas pobres, exhibidos impunemente al ojo de la cámara (a veces, incluso, sin el “pixelado” obligatorio de su rostro cuando son menores de edad), o registrados rapazmente sin su consentimiento, le corresponde una igualmente explícita invisibilización de toda referencia que permita contextualizar esas vidas en algo más que una “localización” típica de la pobreza y del deterioro moral (la salida de una bailanta, el refugio callejero para el consumo de paco, el paredón “grafitteado” al costado de las vías del tren, la esquina del levante prostibulario, etc.). La eficacia reside, así, en la sistemática obliteración del vínculo de estos/as jóvenes con lo colectivo y con el Estado, y en la idéntica negación a conectar sus realidades con la pregunta por los derechos que le son negados y por los intereses corporativos que legitiman y profundizan su desigualdad. En todos los casos, se diluye una construcción de joven como sujeto político y como ciudadano, justamente porque los medios trabajan discursivamente sobre una matriz maniquea de la representación, que extrema la economía política de su lenguaje a un conjunto de rasgos estereotipados y estigmatizantes, y fuerza al

---

<sup>1</sup> Como *Cámara Testigo*, *Crónicas Extremas*, *La Liga*, *GPS*, *Blog*, *Periodismo de autor*, *Policías en acción*, *Punto Doc*, *Ser Urbano*, *Fuera de Foco*, entre otros programas del prime time televisivo en nuestro país.

<sup>2</sup> A comienzos de la década del ‘70, el inglés Stanley Cohen (1972) analizó en *Folk Devils and Moral Panic*, la situación de los emergentes agrupamientos juveniles de *mods* y *rockers* en la Inglaterra de esos años, para indicar cómo se creaba y sostenía sistemáticamente un discurso demonizador sobre estos jóvenes en la opinión pública mediática. Según Cohen, el *pánico moral* contra estos colectivos se refería, pues, a la reacción de alarma y rechazo de ciertos sectores de la sociedad ante las conductas de estos grupos, consideradas nocivas y, por lo tanto, desestabilizadoras de los valores de integridad moral del país.

público a pactar con los mecanismos ideológicos que trabajan movilizándolo continuamente el sentido común y recordando, de este modo, el tipo de sujetos, prácticas y consumos juveniles que conviene evitar en lo cotidiano (Elizalde, e/p).

El revés de esta construcción mediática (hetero) normativa de la masculinidad juvenil pobre -resumida en esa imagen del “pibe sacado”, desafiado y socialmente amenazante-, es la figura del joven exitoso de clase media, no exento del todo -como veremos-, de la carga opresiva de la matriz patriarcal, aunque muñado de otros recursos y márgenes de acción. En su faz celebratoria, entonces, la representación masculina típica es la del galancito, el deportista o el músico, pero también, del *nerd* informático, o el alumno-que-hace-las-cosas-bien y sale en los diarios por alguna “buena acción”. Todas figuras de varón joven que obtiene reconocimiento social -e iluminación mediática- por haber comprendido a la perfección lo que el guión hegemónico del género espera de él. ¿Y qué se espera? En primer lugar, la performance pública de un desempeño racionalizado, bajo la forma de la exhibición de un “talento” (artístico, deportivo, inventivo), o de una “vocación” (humanitaria, política, etc.). Luego, una filiación institucional que opere como evidencia de que se está “dentro” y no “fuera” del orden social y moral establecido -fundamentalmente, que esté o haya estado en la escuela en tanto espacio material y simbólico delimitado y bajo el control de quien en cada contexto opere como autoridad guardiana del orden. Y por último, estos “buenos chicos” deben poder demostrar públicamente una virilidad indubitable, pero no necesariamente “excesiva”, de manera de no hacer peligrar la extendida corrección política con desvíos hacia zonas “reprochables” como la violencia de género, ni de poner en duda la efectividad del verosímil, deviniendo caricatura, al mejor estilo de Ricardo Fort, ya que esto desestabilizaría la ansiada fijeza de la orientación sexual “esperable”.

La representación de las mujeres jóvenes no corre mejor suerte, si no -más bien- todo lo contrario, sitiadas como suelen estar en la textualidad mediática en el remanido lugar de objeto deseante para otro. En este tipo de discursos es justamente esta “particular posición en que *se da a ver* a la mujer” (Tarzibachi, 2011, p. 263) lo que pone en el centro del debate el estatuto de la imagen en la cultura contemporánea y su capacidad para moldear una cartografía simbólica de la corporalidad, la belleza, y las actitudes y aptitudes femeninas “deseables” o “preferentes” para el logro de una juventud en clave de género que merezca, así, visibilidad público-mediática. Una *visibilidad* que por momentos solo parece tener los contornos de una

*visualidad* des-subjetivante y des-ciudadanizante, al recortar reductivamente lo juvenil femenino a una imagen de “mujer ornamental, carnada, estatua, fragmentada y/o mutilada por bio-intervenciones plásticas” (p. 263). Y esto porque, si en las publicidades toda “mujer” –que abrumadoramente es joven- se reduce a un cuerpo, este cuerpo sólo es registrable por el ojo de la cámara-los ojos que la (ad)miran-el deseo de otro que la fagocita, si ese cuerpo es “bello”. Según, por supuesto, el patrón de belleza (juventud/jovialidad; sensualidad; armonía, proporción, etc.) que dictan los parámetros estéticos dominantes en cada época pero que –nos promete el mercado- ahora pueden ser “accesibles” para todas aquellas que tengan la “voluntad” de beneficiarse, con esfuerzo y/o dinero, de esta dimensión inéditamente “democratizadora” de la belleza en tanto proyecto individual “disponible” para el conjunto de las mujeres, devenidas Una (Tarzibachi, 2011).

En esta misma línea constatamos, por otro lado, que si algo sabemos –o creemos saber- sobre lo que las mujeres jóvenes “hacen” con/desde su sexualidad en el presente, lo hacemos a partir del milimétrico relato que los formatos periodísticos y de la industria del entretenimiento construyen de la vida erótica –real o ficcional, poco importa- de las chicas que son parte de la farándula como elencos de comedias “juveniles”, integrantes de grupos de música del momento, o como modelos, bailarinas de la tele, “botineras” o novias de famosos. De todos modos, es bien sabido que no toda condición juvenil asociada al género es igualmente valiosa. La pertenencia de clase, etnia, nacionalidad u orientación sexual operan como diacríticos culturales también decisivos, a la hora de recortar qué imágenes de joven construir como ideal de feminidad juvenil. De allí que, como en el caso de los varones pobres, las chicas de sectores populares también aparecen en los medios, asentados como están en esa *pulsión escópica* que parece no dejar nada afuera, “ni lo horroroso ni lo íntimo, ni lo siniestro ni lo perverso” (Arfuch, 2009, p. 21). Pero aquí, entonces, las chicas se alejan de todo *glamour* y pasan a ser tajantemente ubicadas del lado de la vulnerabilidad –entendida formalmente-, o del de su dudosa moral sexual. Son, así, recurrentemente nombradas y tratadas como “nenas” que han sido violadas a los 14 años, “jovencitas” raptadas o abusadas, “menores” de la calle, cuando no llanamente aludidas como, o sospechadas de, “putas” o “putitas”, según el caso.

Ahora bien, conviene recordar que los medios de comunicación no actúan en el vacío sino que se nutren y retroalimentan de las matrices ideológicas más amplias que postulan modos sexistas, homofóbicos y heterocentros de las identidades de género y sexuales, presentes en

el sentido común más extenso (Hall, 1981). Resulta pues inadmisibles sostener una mirada fatalista o conspirativa de los medios de comunicación y de la industria cultural que los piensa como puras “máquinas de imponer” estereotipos, modelos de belleza y formas totales de cosificación. Conviene, más bien, hacer foco en los múltiples procesos de mediación, negociación, proximidad y distancia que se despliegan en la recepción de medios y que nunca son pura aceptación o pura resistencia, sino más bien instancias complejas que pueden incluir, también, modos sugerentes de agenciamiento y de sociabilidad a partir de esos consumos, y/o pactos de lectura contingentes, variables o estratégicos según las circunstancias definidas social pero también generacionalmente. En este marco, es clave reconocer también la dimensión del placer, de goce, de identificación con modelos de masculinidad y feminidad que concitan fantasías en los públicos juveniles a partir de ciertas propuestas de la publicidad, la televisión, las revistas para jóvenes, la industria de la música, o la moda y que refuerzan imágenes moralizantes de las y los jóvenes. Porque es justamente en ese tipo de mediaciones donde se juegan chances altamente productivas para capitalizar saberes, experiencias y modos de relación –el consumo de medios como instancia por momentos placentera, por momentos agresiva, por momentos de reconocimiento, por otros como integración subalternizante, etc.- que puedan discutirse en el marco de una ciudadanización juvenil cada vez más amplia. Al respecto, más que enfrentar a las y los jóvenes con la “evidencia” de perversidad o violencia explícita que contienen los productos que miran o leen con placer, se trata de revisar con otras claves de lectura lo que los chicos y las chicas –pero también los adultos, igualmente atravesados por la cultura mediática- hacen y hacemos a partir de esos consumos.

Para ello, insistimos, es preciso partir de una concepción que entienda a los procesos de producción mediática como un campo estratégico de elaboración de sentidos hegemónicos sobre la normatividad genérica y sexual, y como un poderoso espacio de regulación cultural de éstas y otras diferencias (como la clase, la edad y la generación), pero que conciba también a estos procesos como una zona cultural y políticamente rica alrededor de la cual se constituyen diversas experiencias de apropiación y resignificación de sentidos sobre la juventud y el género.

### 3. Leyes y tram(p)as

Desde principios y mediados de los 2000, contamos con un variado corpus de leyes que involucran, directa o indirectamente, a la juventud. Haciendo un paneo rápido por las normas más significativas de esta etapa en relación de las diferencias culturales que nos ocupan, las presentaremos a continuación, junto a algunos comentarios críticos. Porque, finalmente, ¿cómo impacta este entramado normativo en las nuevas generaciones?

a) *Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable* (2002): prevé espacios de atención específica de la salud sexual de adolescentes en los Hospitales públicos. Aquí la nota está dada por la presunción ideológica que sostiene a estos programas de salud sexual, exclusivamente orientados -salvo contadas excepciones- a las mujeres jóvenes y a “su” problema de maternidad “precoz”. Una perspectiva integral supondría no sólo incluir a los varones en el cuidado conjunto de la salud sexual, sino pensarlos e intervenir sobre ellos en relación, también, con su posible estatus de padres adolescentes.

b) *Ley de Protección Integral de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes* (2006): deroga la anacrónica Ley 10.903 de 1919 basada en la matriz del Patronato, promueve la desinstitucionalización de las y los jóvenes por motivos de pobreza y obliga a la creación y/o reforzamiento de una institucionalidad de política pública que pueda garantizar los derechos básicos que asisten a chicos y chicas en calidad de sujetos de derecho (por contraposición a su condición previa de “menores de edad”). Dicha institucionalidad pública está aún muy poco desarrollada en relación con la demanda real de atención ciudadana de la juventud y, en algunos enclaves urbanos estratégicos, como la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, directamente desatendida y vaciada. Esto deja sin respuestas a grandes contingentes de jóvenes que viven o circulan por la calle, en ranchadas, o que no cuentan con lazos familiares o afectivos de contención y que, por ende, no sólo necesitan educación, vivienda, comida, etc. sino un red de sostén y acompañamiento y una cierta previsibilidad pública para el trazado de un proyecto de vida.

c) *Programa Nacional de Educación Sexual Integral* (2006): de aplicación obligatoria en todas las escuelas públicas y privadas, confesionales y no confesionales, de todos los niveles de enseñanza del país con el propósito de “promover la formación en valores, asegurar la

transmisión de conocimientos precisos, confiables y actualizados; fomentar actitudes responsables, proteger la salud –en particular, la salud sexual y reproductiva de los/as estudiantes–, y procurar la igualdad entre varones y mujeres” (Elizalde, Felitti y Queirolo 2009, p. 15). Se trata de un Programa, creado por la Ley 26.150, altamente polémico por su dispar aplicación en el país y por el constante combate que ha recibido por parte de la Iglesia Católica como principal institución de *lobby* contra su incorporación. Debido, en otras razones, a que incorpora y convalida explícitamente la transversalización de la perspectiva de género y derechos en sus fundamentos y orientaciones para la acción, al tiempo que tematiza abiertamente la sexualidad juvenil como un plexo de dimensiones (sociales, culturales, psicológicas, biológicas, éticas) y la inscribe en el campo de los derechos humanos (a informarse, a ejercerla en libertad, al placer, etc.).

d) *Ley Derechos de Padres e Hijos durante el proceso de nacimiento* (2007): normativa que establece la autodeterminación de las mujeres sobre los modos de parir, y de los padres y madres, de elegir qué atención brindar al recién nacido, cuyos impactos podemos imaginar como cruciales, sobre todo, en relación con las cientos de adolescentes pobres que, diariamente, van a los Hospitales públicos a parir, no solo, quizás, desprovistas de información sobre sus derechos, si no muchas veces, expuestas a formas de violencia institucional. Es decir, a modos más o menos sutiles de maltrato o de sanción moral por “cometer” el “despropósito” de traer hijos al mundo como resultado de un acto que se presupone -en una lectura simultánea y estigmatizante de la clase y el género- como una mera “calentura”, o para recordarles que la sociedad sacraliza a las “madres de verdad”, y no a aquellas que no pueden “siquiera” controlar su fertilidad. La ley es de un notable progresismo en su letra, pero de casi nulo conocimiento por parte de las y los ciudadanos, además de muy resistida aplicación en los hechos, dada la pregnancia de los discursos hegemónicos de la corporación médica y científica, que califican rápidamente al embarazo como “situación de riesgo”, medicalizando y patologizando su proceso. Incluso, a expensas de violentar abiertamente la autodeterminación de las mujeres sobre sus cuerpos y/o las pautas culturales sobre el nacimiento que informan ciertas creencias étnico-religiosas.

e) *Ley de Prevención y Sanción de la Trata de Personas y Asistencia a sus Víctimas* (2008): considera el proxenetismo, la rufianería y la trata de personas para la explotación sexual como delitos federales, lo cual endurece el tratamiento otorgado hasta entonces a estas prácticas en

el Código Penal en vigencia. La relevancia de esta normativa en relación con la juventud es contundente: en la Argentina la mayor cantidad de personas reclutadas extorsivamente con fines de explotación sexual son mujeres jóvenes y niñas, provenientes casi exclusivamente de contextos de pobreza<sup>3</sup>. La ley plantea aspectos altamente discutidos por los grupos feministas locales<sup>4</sup>. Uno de los más candentes es el referido a la figura del “consentimiento”, que se establece a partir del umbral etario de los 18 años, y del cual depende la dureza de las penas para los reclutadores y proxenetas, al punto de que el delito puede ser excarcelable<sup>5</sup>. Esto significa que si la víctima es mayor de 18 años, ésta debe demostrar que no consintió el maltrato y el abuso y que fue forzada a prostituirse, para que se configure el delito de trata. Las activistas denuncian que esta distinción entre mayores y menores de 18 años ha generado, entre otras cosas, una modificación de la lógica de reclutamiento y trata de personas por parte de los proxenetas, que se cuidan de “marcar” a sus futuras víctimas mientras son menores de edad, o de acercarlas al circuito de la prostitución de maneras más veladas (por ejemplo, seduciéndolas con la idea de participar en *books* que prometen convertirlas en modelos, o mediante ofertas de empleos como “acompañantes” VIP o de “alta categoría”) y de cooptadas explícitamente cuando superan ese límite etario, confiscándolas en burdeles y whiskerías<sup>6</sup>, y

---

<sup>3</sup> Argentina es país de origen, tránsito y reclutamiento de mujeres jóvenes y niñas con destino a otros países de América Latina y Europa (en especial Italia y España) para la explotación sexual. La trata también es interna. Según el informe producido por la Relatoría Especial de Naciones Unidas sobre Trata de Personas, tras su visita al país en mayo de 2011, las víctimas son trasladadas desde áreas rurales y provincias del norte como Misiones, Corrientes, Chaco, Formosa, Santiago del Estero y Tucumán a las ciudades más ricas de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. Fuente: Hoja informativa: trata de personas, explotación y VIH en los jóvenes. Disponible en: [http://www.unicef.org.ar/noalatrata/MTV\\_&\\_UNICEF\\_HojaInformativa.pdf](http://www.unicef.org.ar/noalatrata/MTV_&_UNICEF_HojaInformativa.pdf)

<sup>4</sup> Entre ellos, las feministas critican que no pondere al secuestro como una de las modalidades de captación forzosa, estrategia ampliamente utilizada en la actualidad. Por otro lado, objetan que no se considere la penalización del cliente, engranaje clave en la producción y/o reducción de la demanda para la prostitución y el tráfico de personas con fines sexuales, así como para la perpetuación y naturalización de la pobreza, la discriminación y la violencia sexual y de género sobre mujeres, varones, niños/as y jóvenes.

<sup>5</sup> La normativa propone aplicar penas de tres a seis años al proxeneta o traficante de mujeres mayores de edad, lo que conduce a que el delito sea excarcelable. Si el tráfico, en cambio, se realiza con menores de edad, las penas pueden llegar hasta los 15 años.

<sup>6</sup> Los tratantes usan diversas técnicas para mantener a sus víctimas esclavizadas. La mayoría las encierran, pero también usan tácticas como el endeudamiento, la confiscación de los documentos de identidad y teléfonos celulares, la amenaza, la violencia, el aislamiento y la retención de pagos.

amenazándolas para que, ante eventuales allanamientos policiales, declaren que permanecen en ese circuito por su propia voluntad. A cinco años de su sanción y al calor de las objeciones recibidas, en 2012 el Senado Nacional dio media sanción a una modificación de la ley respecto del consentimiento de las víctimas mayores de edad, a fin de ampliar su protección y garantizar la igualdad ante la ley entre, por ejemplo, una víctima de 17 años y otra de 21, o 22. En caso de aprobarse la modificación en la Cámara de Diputados, el delito de trata quedaría configurado sin perjuicio de que la persona damnificada, cualquiera fuese su edad, haya o no prestado consentimiento. Nuevamente, como en tantas otras leyes, el corte por edad renueva la discusión sobre qué y cuándo se es joven, responsable y/o ciudadano para los discursos garantistas de las leyes y políticas públicas de nuestro país. La edad de imputabilidad de los “menores” quizás sea el ejemplo más patente de estos debates en torno de lo que significa, para cada grupo de interés, una sociedad en orden.

f) *Ley Protección Integral para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres* (2009): contempla por primera vez de forma explícita a la violencia mediática, como subtipo de la violencia simbólica ejercida contra las mujeres, y a la violencia obstétrica, como parte del nuevo vocabulario de género y del reconocimiento más amplio de los derechos humanos y de las mujeres. Sobre la violencia mediática, cabe señalar, como lo fuimos insinuando más arriba, que la denuncia no puede convertirse en lo único por hacer en su contra, como tampoco se trataría de menospreciar en bloque la producción mediática sin habilitar nunca la interrogación sobre la dimensión de placer, el reconocimiento o complicidad que estas propuestas despiertan en las audiencias juveniles, y no sólo. Sobre la violencia obstétrica destacamos nuevamente el posible impacto reconstitutivo de derechos en, fundamentalmente, las mujeres jóvenes de sectores populares. La situación más recurrente de este tipo de violencia institucional refiere al maltrato que reciben muchas chicas pobres que llegan a los hospitales públicos con cuadros que habilitan la sospecha en el personal médico de que se han realizado un aborto. Es patente, pues, el modo en que el uso efectivo de los instrumentos de identificación y denuncia previsto por la norma podría evitar la perpetuación naturalizada de estas formas de maltrato. Resta averiguar cuán difícil resultará la reversión de las tramas culturales que sostienen hegemonícamente la ideología de la “buena madre”.

g) *Ley de Matrimonio Igualitario* (2010): abre la discusión pero, también da pasos concretos, en el planteo de políticas de adopción y de reproducción para parejas del mismo

sexo, lo cual instala ya la pregunta por los modos en que se reorganizará socialmente el imaginario de la juventud para quienes lo sean en su momento siendo, simultáneamente, hijos e hijas de matrimonios *gays*, y miembros de familias diversas. Conmueve profundamente, en este sentido, las maneras hegemónicas de pensar la institución familiar, la descendencia y la crianza, espacios definitorios de las concepciones históricas de niñez, juventud y parentalidad.

h) *Ley de Identidad de Género* (2011): autoriza el cambio de la identidad registral de la persona (es decir, el nombre y la foto) en su DNI sin necesidad de que ésta se someta a exámenes psicológicos ni médicos para alcanzarlo, a fin de ajustar esos aspectos a la identidad de género autopercebida. Lo significativo de esta ley es que dicho cambio no requiere autorización del juez, aún si la persona peticionante es menor de edad. No así las intervenciones (quirúrgicas y/u hormonales) de cambio o reasignación de sexo (que quedan incorporadas de pleno derecho al Programa Médico Obligatorio), que sigue requiriendo autorización judicial para el caso de los menores de edad.

Ahora bien, si en todas estas leyes podemos advertir, pese a sus diferencias, que se sostienen en una concepción –directa o inferencial– de las y los jóvenes como sujeto de derecho y/o de autodeterminación, cabe preguntarse en qué medida los escenarios de la investigación social, las políticas públicas montadas sobre este nuevo umbral normativo, y los medios, se están haciendo eco, cada uno en su lógica, de esta concepción ciudadanizante y de empoderamiento de la juventud, incluida su dimensión sexo-genérica? ¿En qué medida han dejado estos espacios de hablar por las y los jóvenes y habilitado condiciones para la propia voz de los sujetos foco de sus intereses?

#### **4. Los hijos de los días**

De manera notoria en los últimos 15 años, periodo atravesado en nuestro país por distintas crisis económicas y políticas, así como por los específicos procesos de respuesta a ellas, las y los jóvenes han sido indiscutidos protagonistas. Del modo más obvio, como blanco de los discursos sobre el “quiebre moral” y la “pérdida de oportunidades” de progreso y expansión de las sociedades contemporáneas. Pero también, y crecientemente, como sujetos de interpelación política y activos/as luchadores/as por el ejercicio de derechos, en tanto integrantes de

movimientos estudiantiles, de protesta social, de politización de las diferencias de clase, etnia, género y orientación sexual, o de resemantización de los consumos y estilos culturales.

En este sentido, pese a la fuerza ideológica que aún tienen ciertos discursos del poder, la realidad social de la gran mayoría de las y los jóvenes señala la emergencia de configuraciones identitarias de nuevo signo. Hoy las nuevas generaciones habitan, exploran, resisten y profundizan un marco social e histórico inédito. En parte, como vimos, por el entramado normativo que, desde mediados de esta década, las y los interpela como seres sexuales, sujetos de derechos y destinatarios/as de políticas públicas, de la mano de diversas leyes y disposiciones públicas. Y en parte, también, por los profundos cambios culturales y políticos que se vienen dando en relación con las condiciones de formulación de las identidades y prácticas de orden sexual y genérica de las y los jóvenes, en las que las conquistas históricas y recientes de los feminismos y los grupos de diversidad sexual encuentran hoy ecos no sólo en varias de las leyes que hemos revisado aquí sino, y más importante, en la experiencia misma de mayor libertad –vivida hoy como “natural”– por parte de muchos chicos y chicas de la Argentina. Al respecto, en muy pocos años –los que median de una generación a otra– se perciben enormes diferencias en cuanto a la flexibilidad de ciertas costumbres, concepciones de moral sexual y ciertas experiencias concretas que señalan una mayor apertura en los y las jóvenes respecto de estos temas, en contraste con las vivencias y el clima cultural que sus padres tuvieron cuando eran jóvenes. Pero se trata de un mapa complejo, puesto que junto con el aflojamiento de ciertas prescripciones sobre la “normalidad” sexual y los mandatos de género, o la erosión del dogmatismo religioso en las interpretaciones privadas de la moral construida en torno a las prácticas del deseo, persisten actualizados núcleos de ideología reaccionaria en prácticas, discursos y modos de relación de la juventud actual.

Esto pone de manifiesto la importancia de un trabajo inter e intrageneracional en clave de género, sexualidad y derechos. Y plantea, pues, el desafío de repreguntarnos constantemente qué, dónde y cómo estamos leyendo a los y las jóvenes, y construyendo sentido sobre los desempeños situados de las diferencias de género y sexualidad en la condición juvenil del presente.

Frente a los sistemáticos desacoples de velocidades entre el discurso científico, el de las leyes y la propia de los medios, la clave parece pasar, más que nunca, por la observación atenta de las experiencias juveniles concretas. Por darle efectivamente lugar a una idea del

género y las sexualidades como un “estar haciéndose”, y no como algo previo, ya sedimentado, o trabajando desde esa fijación primordial. Por habilitar nuevas comprensiones que puedan abarcar a las formas, relatos y experiencias emergentes del género y la sexualidad entre la juventud, las que a su vez se articulan de variadas maneras a las pautas preexistentes por lo que, lejos de solidificarse en “modos de ser” varón y mujer joven, participan constantemente de luchas por su resignificación y desplazamiento.

En este marco, mientras sigamos pensando a la condición juvenil como lugar de paso o de relevo, como instancia de experimentación y reformulación constante, pero a las diferencias de género y sexualidad como “rasgos” fijos, sedimentados o heredados, de la identidad de un sujeto, es claro que las desigualdades a las que dan lugar las jerarquías y opresiones sexo-genéricas y las ideologías que las sostienen –el sexismo, la homofobia, la violencia de género, el crimen de odio, etc.- seguirán alimentando una falsa tensión entre movilidad (juvenil) y fijación (sexo-genérica). Tensión que, así planteada, seguirá siendo resuelta –a su favor- por los discursos y las prácticas del poder, y nunca, o casi nunca, gestionada, impugnada o intervenida públicamente por los propios sujetos.

Es claro, entonces, que se impone con urgencia hacerse nuevas preguntas sobre las condiciones de producción, reinterpretación y experimentación del género y la sexualidad de las y los jóvenes, y sobre sus vínculos con los discursos –científicos, mediáticos, jurídicos e institucionales- que producen sentidos y proponen intervenciones en su entorno. Hoy, la tarea –de lectura crítica, escucha atenta y exploración situada-, exige una retórica, pero también una ética, y una intervención profundamente política, capaces de interrogar las derivas del género y las sexualidades juveniles con otras claves de lectura, y de indagar dialécticamente las experiencias y relatos de chicos y chicas con sensibilidad epocal, rigurosidad intelectual y compromiso político.

## Referencias

- Alabarces, P. y Rodríguez, M.G. (comps.) (2008). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (2009). Ver el mundo con otros ojos. Poderes y paradojas de la imagen en la sociedad global. En L. Arfuch y V. Devalle (comps.), *Visualidades sin fin. Imagen y diseño en la sociedad global* (pp. 15-39). Buenos Aires: Prometeo.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Cohen, S. (1972). *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*. Oxford: Martin Robertson.
- Elizalde, S. (2006). El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles. *Ultima Década*, 14 (25), 91-110. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- Elizalde, S. (Coord.) (2011a). *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura*. Buenos Aires: Biblos.
- Elizalde, S. (2011b). El género y las sexualidades juveniles en las encrucijadas mediáticas. *Actas del IV Coloquio Internacional Interdisciplinario: Educación, Sexualidades y Relaciones de Género*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA. En prensa.
- Elizalde, S. (e/p). *La otra mitad. Género y pobreza en la experiencia de mujeres jóvenes*. La Plata: Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.
- Elizalde, S. y Blanco, R. (2010). Juventud, Género y Sexualidades. En AAVV, *Estudio sobre juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del arte / 2007* (pp. 159-165). La Plata: Red de Investigadores/as en Juventudes de Argentina y Edulp.
- Elizalde, S., Felitti, K. y Queirolo G. (Coords.) (2009). *Género y sexualidades en las tramas del saber. Revisiones y propuestas*. Buenos Aires: El Zorzal
- Hall, S. (1981). La cultura, los medios de comunicación y el “efecto ideológico”. En J. Curran y otros (comps.), *Sociedad y comunicación de masas* (pp. 357–392). México: FCE.
- Saintout, F. (2009). *Jóvenes: el futuro llegó hace rato. Percepciones de un tiempo de cambios: familia, escuela, trabajo y política*. Buenos Aires: Biblos.

- Saintout, F. (2011). Ni siquiera “pibas chorras”. Encierro, poder y presión patriarcal: la subalternidad de lo subalterno. En S. Elizalde (Coord.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (pp. 143-153). Buenos Aires: Biblos.
- Semán, P. y Vila, P. (2006). La conflictividad de género en la cumbia villera. *Trans. Revista Transcultural de Música*, 10. Extraído de: <http://www.sibetrans.com/trans/trans10/vila.htm>
- Silba, M. (2011). “Te tomás un trago de más y te creés Rambo”: prácticas, representaciones y sentido común sobre varones jóvenes. En S. Elizalde (Coord.), *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (pp. 229-267). Buenos Aires: Biblos.
- Silba, M. y Spataro, C. (2008). *Cumbia Nena*. Jóvenes bailanteras: entre las líricas, los relatos y el baile. En P. Alabarces y M.G. Rodríguez (comps.), *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea* (pp. 89-112). Buenos Aires: Paidós.
- Tarzibachi, E. (2011). ¿Qué pretende usted de mi? Mujer y mirada en dos imágenes publicitarias contemporáneas. En M.A. Gutiérrez (comp.), *Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades* (pp. 261-284). Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Williams, R. (1977/1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.

**Comportamientos políticos juveniles desde la transición democrática hasta la**

**"toma" de escuelas**

**Pedro Nuñez**

**(FLACSO/CONICET)**

## Resumen

Desde fines del siglo anterior e inicios del actual, “la juventud” adquirió una creciente importancia como objeto de estudio, en tanto una oportunidad para leer e interpretar los fenómenos sociales contemporáneos desde nuevas perspectivas. Este trabajo busca indagar en los comportamientos políticos juveniles, considerando un periodo que abarca desde la transición democrática en los años ochenta hasta las “tomas” de escuelas ocurridas en algunas localidades del país en 2010. Lejos de pensar en pares dicotómicos que diferencian entre nuevas y viejas prácticas políticas o en momentos de predominio de la apatía o el desinterés y otros de reconversión militante, nos interesa comprender los contextos de interacción en los cuales las personas jóvenes aprenden y ejercitan sus acciones, cuáles son las prácticas y repertorios de reclamo considerados legítimos, las temáticas que los interpelan y movilizan o las cosmovisiones prevalecientes en cada tiempo. En un primer momento, realizamos un recorrido por las investigaciones sobre juventud en la Argentina, con la intención de trazar un mapa que explicita tanto los diagnósticos predominantes como las cuestiones destacadas por los estudios. En un segundo momento, presentamos tres claves de análisis que permiten una relectura de la trayectoria de los estudios sobre juventud. Finalmente, se indaga en la politicidad de las prácticas juveniles en la actualidad, para dar cuenta de los espacios y modos de involucramiento político de las actuales generaciones.

## **Introducción**

El cambio de milenio puede considerarse como un momento bisagra para la trayectoria de los estudios de juventud en la Argentina. Hasta entonces, la investigación sobre la temática se caracterizaba por su itinerario oscilante, que conspiró contra la consolidación de un campo de estudios con cierta legitimidad. Sin embargo, desde fines del siglo anterior e inicios del actual, “la juventud” adquirió una creciente importancia como objeto de estudio, en tanto una oportunidad para leer e interpretar los fenómenos sociales contemporáneos desde nuevas perspectivas. Esta mayor visibilidad fue notable en los estudios sobre juventud y política. Es preciso comprender de manera más acabada las acciones políticas juveniles para rastrear los cambios, pero también las continuidades, así como los hitos que interpelaron al colectivo en distintos momentos históricos. Lejos de pensar en pares dicotómicos que diferencian entre nuevas y viejas prácticas políticas o en momentos de predominio de la apatía o el desinterés y otros de reconversión militante, nos interesa comprender los contextos de interacción en los cuales las personas jóvenes aprenden y ejercitan sus acciones, cuáles son las prácticas y repertorios de reclamo considerados legítimos, las temáticas que los interpelan y movilizan o las cosmovisiones prevalecientes en cada tiempo.

Este trabajo busca indagar en los comportamientos políticos juveniles, considerando un periodo que abarca desde la transición democrática en los años ochenta hasta las “tomas” de escuelas ocurridas en algunas localidades del país en 2010. La exposición se encuentra organizada en tres apartados. En un primer momento, realizamos un recorrido por algunas de las investigaciones sobre juventud en la Argentina, tomando como insumo principal el estado del arte de los estudios sobre la temática realizado por Mariana Chaves (2006). La intención es trazar un mapa que explicita el modo en el cual la investigación social problematizó a “la juventud” tanto en relación a los diagnósticos predominantes como respecto de las cuestiones destacadas por los estudios. En un segundo momento, presentamos tres claves de análisis que permiten una relectura de la trayectoria de los estudios sobre juventud, para luego indagar en los estudios sobre juventud y política afín de comprender las temáticas que fueron más abordadas por los trabajos, en un recorte temporal que abarca desde la transición democrática hasta los acontecimientos ocurridos a partir de la “toma” de escuelas en algunas ciudades del país en 2010. Finalmente, se indaga

en la politicidad de las prácticas juveniles en la actualidad para dar cuenta de los espacios y modos de involucramiento político de las actuales generaciones.

### **1. Los estados del arte. Las claves de interpretación macrosociológica de la juventud**

El concepto de juventud es una construcción social, cuya definición va cambiando de acuerdo al contexto histórico, político y social (Feixa, 1998). La misma idea de joven no puede pensarse de manera autónoma sino que se define a partir de las relaciones sociales que entablan los diferentes grupos etarios que componen una sociedad. Relaciones que están mediadas por una serie de representaciones sobre lo que cada grupo espera del otro. Son producidas (y productoras) en contextos determinados, los cuales conllevan concepciones de sentido y significaciones diferentes. En cada una de las décadas que abarca el periodo que contempla la transición democrática hasta las “tomas” de escuelas en 2010, hallamos maneras diferentes de pensar a “los y las jóvenes”.

Tal como se señaló más arriba, el primer esfuerzo sistemático por recopilar la diversidad de trabajos existentes en el campo de los estudios de juventud no llegará hasta el nuevo milenio cuando, como consecuencia del Proyecto Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina, Mariana Chaves elaborase el Informe: *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*, realizado bajo la coordinación general de Eleonor Faur y con la colaboración de María Gabriela Rodríguez (Chaves, 2006)

¿Cuáles fueron las preocupaciones que las autoras constataron que las investigaciones relevadas analizaban? ¿Cuáles eran las problemáticas más consideradas y las claves de análisis predominantes? ¿Qué decían sobre la situación de la juventud en el país? En primer lugar, cabe señalar que las autoras inician su trabajo destacando que “los estudios en juventudes constituyen para el caso argentino un campo disperso, pero en consolidación” (Chaves, 2006, p 4). El estado del arte se encuentra organizado en dos partes. Mientras en la primera desarrollan una serie de discusiones conceptuales sobre la juventud, en la segunda identifican siete enfoques para hacer referencia a los modos de tratar y abordar las cuestiones de los jóvenes. De acuerdo al relevamiento, la mayoría de los trabajos se ubicaban dentro del *enfoque de clivaje social* (aunque con una clara preferencia del de condición de clase y sector social por sobre otros como la etnia, la

generación o el género), en el del par *inclusión-exclusión* (que se centra particularmente en educación aunque la relación entre educación-trabajo y/o empleo también reunía varios estudios) y el de *participación*, que las autoras denominaron “Política y Cultura”, ya que contemplaron tanto aquellos análisis de las actividades desarrolladas en el marco de las instituciones clásicas y sus transformaciones como al conjunto de trabajos que tomaban a los jóvenes como actores y productores culturales. Asimismo, el estado del arte daba cuenta del aumento de la importancia otorgada a otras dimensiones de la construcción de la subjetividad juvenil constatable por el incremento de producciones académicas en el enfoque que denominaron “Sociabilidad, agrupamientos, tiempos y espacios”.<sup>1</sup>

Tomando como punto de partida el trabajo de Chaves, al que sumamos el análisis de otros estados del arte, presentaremos tres claves de lectura que permitan discutir la trayectoria seguida por los estudios sobre juventudes en las últimas décadas. Una primera clave que mencionaremos refiere a aquellos trabajos que, tanto desde los que lo hacen desde el enfoque de *clivaje social* como aquellos que indagan en el par *inclusión-exclusión*, dan cuenta de la preocupación por los cambios en los modos de integración social. Es posible entonces agrupar un conjunto, si bien heterogéneo de estudios, que abordan las consecuencias de las transformaciones sociales ocurridas en la década del noventa, muchas veces a partir del deterioro de los índices sociales (pobreza, desempleo, indigencia, etc.) del incremento de la pobreza, tantas otras por el estudio de los cambios ocurridos en el mercado de trabajo y en la esfera educativa. La mayor parte de los trabajos de fines de los años noventa y comienzos de 2000, plantean casi un momento bisagra para trazar un diagnóstico que observa menos los inicios del deterioro y mucho más la situación en el momento inmediatamente posterior a la aplicación de las políticas y se caracterizan entonces por la constatación de la ruptura de la matriz integracionista que habría caracterizado a la sociedad argentina como el eje principal de lectura que organiza el análisis.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Para mayor información se recomienda la lectura del Informe donde se detallan con precisión las investigaciones que se encuentran dentro de cada enfoque.

<sup>2</sup> La matriz integracionista argentina descansaba principalmente sobre dos pilares: el desarrollo de un sistema educativo homogéneo para todo el país y que gustaba de considerarse una instancia igualadora donde las distintas clases sociales compartían el mismo espacio y otro, la extensión de los derechos sociales vía la integración en el mercado de trabajo como referencia para la construcción de la esfera de justicia (Jelin, 1996). Ambas eran las instituciones sobre las que los individuos depositaban su confianza como instancias que si bien no igualaban a todos, brindaban

La segunda clave se organiza en torno a la exploración en las prácticas culturales juveniles. El análisis suele considerarlas de un modo que recuerda un doble movimiento: en tanto constitutivas de la subjetividad juvenil, es decir, experiencia central que define a la condición juvenil contemporánea, y como la dimensión que totaliza el resto de aspectos que la componen. Las prácticas culturales juveniles son observadas por gran parte de la investigación sobre el tema como un espejo que devuelve una imagen autenticada, una figura fidedigna de los comportamientos y acciones de los jóvenes, perdiendo de vista los efectos distorsivos que podrían existir. Imaginemos por ejemplo que ese espejo fuese cóncavo, la imagen que devolvería llevaría a sobredimensionar algunas dimensiones de la condición juvenil contemporánea y a extrapolar de ellas conclusiones erradas. Asimismo, en muchos casos los estudios incorporan la pregunta por los esquemas de participación constituidos en derredor de estas prácticas. Siguiendo esta línea, podemos señalar que existe un desplazamiento en las preocupaciones de la investigación sobre juventud y política, en el que la interrogación acerca de la participación juvenil transita de los estudios sobre las instituciones de la modernidad hacia la indagación en las nuevas experiencias participativas donde lo performativo, cobra especial relevancia (Kropff y Nuñez, 2010).

Finalmente, la tercera clave de lectura refiere a las violencias, tanto desde la indagación en las estrategias desplegadas por los jóvenes para preservarse de las mismas como en su estudio como espacio privilegiado de construcción identitaria juvenil, en tanto soporte de la conformación de la cultura juvenil. Los estudios se organizan, por lo general, en pares dicotómicos principales: criminalización/seguridad –conflicto/exclusión social, como nuevas formas de subjetivación y de contacto con la violencia en sus diversas facetas. En el primer caso, el proceso de criminalización de los jóvenes ocurre de forma paralela a la consolidación de un contexto de demanda de seguridad, donde la misma se define a partir de la inseguridad ciudadana, eclipsando otras como la laboral o la civil. En el segundo la atención es acaparada por los conflictos que se derivan de los procesos de exclusión social existentes en el país.

En relación a la primera clave –en la que agrupamos trabajos preocupados por indagar en los cambios, en los modos de integración social- encontramos una serie de estudios que constatan la ruptura de las expectativas de movilidad social ascendente. Estas

---

garantías igualitarias de justicia. Esta idea de igualdad poseía en el imaginario social un valor no sólo simbólico sino concreto, constatable en el paso de los sujetos por dichas instituciones.

investigaciones buscaron nuevos ejes de análisis para indagar en la relación educación-trabajo y/o empleo, incorporando variables que consideren las percepciones juveniles y no sólo aquellas que contemplan estos espacios como una etapa de pasaje entre una y otra institución (Filmus y Miranda, 2000; Jacinto, 2011). Estos trabajos, junto a aquellos que se ocuparon de dar cuenta de los cambios en los sentidos que los jóvenes otorgan a su experiencia educativa o laboral (Auyero, 1993; Duschatzky, 1999; Kessler, 2002; Neufeld, 1999; Tiramonti, 2004), presentan nuevos modos de indagación en el contexto de desestructuración propio de la década de los noventa. Asimismo, ante el proceso de masificación de la escuela secundaria, un conjunto de investigaciones analizaron el encuentro y desencuentro que tiene lugar en la institución escolar entre la cultura escolar y la cultura juvenil (Falconi, 2004 y 2007; Tenti Fanfani, 2000; Urresti, 2008). En cuanto al otro extremo del péndulo, el mundo del trabajo y del empleo, existen diversos estudios que presentan un diagnóstico sobre la situación de la juventud en el que constatan que desde principios de la década del '90, el desempleo juvenil triplicaba el de los otros grupos etarios (Beccaria, 2005) pero también que la inestabilidad y precariedad laboral los afecta más que el desempleo de larga duración. Algunos estudios observaron que el aumento de la cobertura educativa que viven las nuevas generaciones no tuvo su correlato en una mejora en las oportunidades laborales (Salvia y Lépre, 2004). A su vez, los trabajos más novedosos, como el de Ana Miranda (2007) señalan que es preciso prestar atención a los cambios de tendencia estructural que llevaron a la pérdida de linealidad educación-trabajo; en particular el modo en que estas modificaciones afectaron los ámbitos de la educación, el trabajo y la familia, y, conjuntamente “modificaron aquello que fue conceptualizado como ‘condición juvenil’” (Miranda, 2007, p. 30)<sup>3</sup>. Asimismo, la distinción que realizan Miranda y Corica (2008) entre desempleo y precarización laboral, así como el trabajo de Longo (2003) acerca de las trayectorias laborales de jóvenes pobres, obliga a ser más específicos en el análisis ya que estos procesos tienen un impacto diferente de acuerdo a la clase social

---

<sup>3</sup> En el ámbito de la sociología de la educación y la sociología del trabajo predomina un enfoque que también presta atención a la nueva condición juvenil, como abordaje que permite dar cuenta del modo en que los jóvenes ingresan a la vida adulta. En este sentido sostienen, siguiendo lo planteado por investigadores en otros países, que es preciso entender a la transición como un momento cargado de sentidos y considerar que otros periodos de la vida, supuestamente menos específicos que el juvenil, también pueden leerse desde la óptica de la transición en tanto periodos que también se atraviesan, se adquieren y se pierden posibilidades vitales.

e incluso –podríamos agregar- construyen distintos itinerarios que diferencian trayectorias al interior de cada sector social. Autores como Saravi (2004) se preocuparon por analizar de manera menos lineal estos procesos, resaltando la heterogeneidad de la composición del grupo de jóvenes que no tienen actividades consideradas “productivas” por los adultos, ante el retiro de instituciones claves en el proceso de integración social como el trabajo y la escuela. Finalmente, en este eje también es posible encontrar estudios que buscan articular la situación laboral de los jóvenes con los procesos de construcción identitaria como el caso que presenta Svampa (2000) sobre un joven trabajador metalúrgico que se identifica más como metalero que como trabajador y las estrategias desplegadas por los jóvenes trabajadores ante los dispositivos de control de los grandes supermercados (Abal Medina, 2004).

La segunda clave de análisis que presentamos como eje de lectura, refiere a los trabajos que se orientan al estudio de las prácticas culturales juveniles. Esta dimensión logró un crecimiento exponencial en la literatura sobre juventudes en la Argentina, fundamentalmente a partir de la constatación de que un número considerable de jóvenes construye sus narrativas identitarias en torno al consumo o la música, antes que a través de instancias socializadoras clásicas como la familia, los partidos políticos, el trabajo, los sindicatos y la educación. En particular la sociología de la cultura y la antropología fueron las disciplinas que, con mayor interés, se acercaron a estas temáticas. Entre los trabajos que incorporan esta clave analítica encontramos los que indagan en la producción en prácticas juveniles como el rock (Seman y Vila, 1999; Vila, 1985), la forma de utilización del espacio público (Chaves, 2010; Saravi, 2004), el fútbol (Alabracés, 1996; Garriga Zucal, 2007), los grupos circenses (Infantino, 2005), los recitales (Citro, 2000), los consumos culturales y el rol de los medios de comunicación (Saintout, 2007) o los *cyber* (Remondino, 2005). Mientras a los ojos adultos juntarse en la esquina, la plaza o en casa de amigos, tocar en una banda, estar en la murga, ir a la cancha, al *cyber* o un recital, hacer un *graffiti* puede implicar tan sólo un “pasar el tiempo” para muchos jóvenes es el escenario donde se arman y desarman estrategias identitarias. La salida, el encuentro con amigos diagrama un itinerario, un circuito a través del cual los jóvenes entran en contacto

con diferentes actores sociales y producen prácticas localizadas/territorializadas pero que en algunos casos implican transformaciones culturales a una escala más amplia.<sup>4</sup>

Los trabajos analizados por los estados del arte también muestran la presencia, más solapada, aunque quizás como una tendencia que se proyecta hacia el futuro, de la tercera clave de análisis que propusimos, la cuestión de las violencias. Esta temática ingresa en los estudios de manera transversal, en algunos casos por el estudio de lo que acontece en la educación (Kornblit, 2008; Miguez, 2008), en otros por las grupalidades juveniles (Garriga Zugal, 2007), en varios casos -como el volumen compilado por Isla y Miguez (2003) *Heridas Urbanas*- por la forma en que la construcción de una realidad violenta protagonizada por jóvenes refuerza su encapsulamiento y autoreferencialidad. Asimismo, las investigaciones dan cuenta de la preocupación por analizar los cambios en los contextos de socialización de los jóvenes, con particular atención a la combinación de acciones legales e ilegales para obtener ingresos o al hecho que escolaridad y delito no pueden continuar siendo pensadas como excluyentes (Kessler, 2004), el incremento del control social y la punición sobre los jóvenes (Daroqui y Guemureman, 1998; Guemureman, 1999), así como los trabajos que reflexionan acerca de la concepción de la juventud “en riesgo”, por ejemplo mostrando que el incremento del sentimiento de “inseguridad” hace foco en la juventud que, por lo general, habita en barrios periféricos de la ciudad, son varones y pobres, como aquellos proclives a comentar delitos (Kessler, 2009) y el análisis de los programas que buscan desarrollar acciones de “inclusión” como forma de prevenir el delito, aspecto que permite observar cuestiones sustanciales en torno a la gestión de la juventud conceptualizada como “en riesgo” y en conflicto con la ley (Medán, 2011). En este juego de espejos entre imagen de peligrosidad de los jóvenes y victimización, otros trabajos se preocuparon por considerar la violencia padecida por los jóvenes, tanto por el hecho de que son el grupo etario que encabeza las estadísticas por causas de muertes violentas (Bonaldi, 2006), los casos de gatillo fácil (Gingold, 1996) o las movilizaciones producidas a partir de los sucesos ocurridos en Cromagnon (Wortman, 2005). Estos temas quizá sean a futuro, junto a los más clásicos que analizan los cambios socio-económicos,

---

<sup>4</sup> Cabe aquí hacer una digresión que profundizaremos en el próximo apartado. Un número considerable de trabajos, leyeron la politicidad juvenil con un énfasis en sus prácticas culturales. De este modo, es posible hallar en los estados del arte utilizados como referencia que, sobre esta clave dimensiones de la vida juvenil conviven abordajes de distinto tipo, por ejemplo en lo referente a la participación (Chaves, 2006).

los distintos estilos juveniles y las formas de participación política, los itinerarios que la investigación sobre juventud recorra en la Argentina.

## **2. La socialización política juvenil en los nuevos tiempos**

Es momento ahora, de ajustar la lente de observación con la intención de indagar en los estudios sobre juventud y política. Es posible destacar que a cada década le corresponde – *grosso modo*- la prevalencia en las investigaciones de alguna problemática en particular, que esta centralidad temática organiza los modos de abordaje de los fenómenos políticos. En los años ochenta predominan lecturas que se preguntan por la manera de consolidar la democracia, a la par de la constatación de mutaciones en algunos rasgos de la cultura política del país -en particular la posibilidad de referenciar a los “derechos” como base de legitimidad de los reclamos- así como el interés en indagar en espacios tradicionales como partidos políticos, sindicatos, el movimiento estudiantil o los aprendizajes políticos en espacios escolares.<sup>5</sup> Desde mediados de los años noventa se produce un desplazamiento en las preocupaciones de los estudios, que se orientan en dos direcciones, por un lado se interrogan por la supuesta “apatía” y desafección política juvenil, por otro, exploran en las prácticas culturales para leer allí la emergencia de formas políticas en experiencias ubicadas en el campo de los estilos y las opciones estéticas. Finalmente, para los años que van desde los años inmediatamente anteriores a la crisis del 2001 en adelante, algunos autores distinguen tres tendencias que se desarrollaron desde fines de la década del ochenta (Chaves y Nuñez, 2012). En este trabajo presentaremos dos de ellas. Dichas tendencias toman como sustrato aquellas producciones pero se diferencian en términos de especialización temática y, sobre todo, del abordaje y fueron caracterizadas como estudios centrados en: a) lo político organizado; b) la politicidad de prácticas juveniles.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Entre otros, cabe destacar dos trabajos ya clásicos. El de Clementi (1982) sobre la participación de jóvenes a comienzos de los ochenta y el de Braslavsky (1986) donde brinda un bosquejo de la situación de la juventud argentina describiendo su distribución territorial, nivel educativo, actividades, relación con el trabajo, la familia y la participación política. Para mayor detalle ver Nuñez (2010).

<sup>6</sup> Para un análisis detallado sobre las tendencias en los estudios de juventud puede consultarse Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro (2008) y Chaves y Nuñez (2012), así como las relatorías preparadas en base a las ponencias presentadas en la I y la II Reunión Nacional de

La primera tendencia abarcaría estudios que dan cuenta de lo político en vínculo con organizaciones y con el Estado, en particular el análisis de los movimientos sociales que, desde los noventa, se constituyeron básicamente en torno a dos problemáticas: derechos humanos y trabajo. La segunda tendencia está compuesta por los estudios centrados en la exploración en la búsqueda de la politicidad en las prácticas juveniles: la dimensión política de las prácticas que no suelen nominarse como políticas -muchas veces ni siquiera por los mismos jóvenes que las realizan-, así como por las formas que adquiere la participación y acerca de la constitución de la subjetividad política en los jóvenes.

En lo que refiere a la primer tendencia señalada, hallamos que la mayor parte de los estudios que consideran como centro de su análisis a las organizaciones de derechos humanos, da cuenta de las luchas contra la represión en la dictadura y la búsqueda de justicia en la democracia (Blanco, 2004; Bonaldi, 2006)<sup>7</sup>, y/o la represión en democracia (Elizalde, 2003; Smulovitz, 2008). Es sumamente ilustrativo del modo en que los jóvenes conciben la vida política –e indirectamente de las transformaciones que a nivel macro se producen paralelamente- el caso de las murgas que Mariana Chaves (2010) estudia en la ciudad de La Plata donde da cuenta del proceso de confrontación con el Estado ante las dificultades para usar el espacio público como lugar de encuentro y movilización.

La concepción del Estado como “otro” peligroso, contribuyó a delinear nuevas trazas para la construcción de las narrativas identitarias juveniles, dentro de las cuales la oposición a la policía fue una de las principales. En el nuevo siglo, las condiciones sociales que enfrentan quienes se encuentran experimentando la juventud, presentaban más continuidades que diferencias con el contexto al que hicimos referencia. Estudios como el de Silvia Elizalde (2003) relata la participación de los y las jóvenes vecinos de Ezequiel Demonty - un joven que fue encontrado ahogado en aguas del Riachuelo en La Boca, luego de haber sido detenido por la policía, quien lo obligó a meterse en el agua como

---

Investigadores/as en Juventudes (Kropff y Nuñez, 2010, s/r). En las tres páginas que siguen se retoman los argumentos planteados en Chaves y Nuñez (2012).

<sup>7</sup> Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S) es la agrupación conformada principalmente por hijos de desaparecidos durante la dictadura militar. En una investigación realizada en torno a la agrupación H.I.J.O.S. Pablo Bonaldi (2006) da cuenta de las diferencias en las maneras de concebir, y vivir la política por parte de estos jóvenes en relación a sus padres. Bonaldi encuentra que quienes participan en la agrupación, la mayoría de los cuales comienzan a hacerlo de manera activa al llegar a la edad en que sus padres desaparecieron, buscan que la política los impacte de manera personal, y ya no cambiar el mundo.

“escarmiento”- en las numerosas marchas en repudio a la violencia institucional, pero lo hace a partir de seguir la participación espontánea del grupo de chicas con las que se encontraba por aquel entonces, realizando su trabajo de campo. El grupo se había autodenominado “Las Feas”, buscando a partir de esta estrategia discursiva de autoafirmación, parodiar el estigma y producir prácticas alternativas sobre su condición de mujeres jóvenes pobres (Elizalde, 2003). En su estudio sostiene que la participación en las movilizaciones en reclamo de justicia y contra la estigmatización de la juventud de los sectores populares se construye sobre un nuevo sentido de la resistencia que no recurre a las figuras del pasado ni a las demandas de los grupos feministas<sup>8</sup>. Los nuevos sentidos se constituyen en oposición a la impunidad de los poderosos, la falta de justicia social y la ausencia del Estado y la denuncia de la agencia estatal con la que tienen más contacto - la policía-, permeando el tipo de prácticas a utilizar en la relación con otras instancias estatales.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Esto no implica que no estén socializadas en ámbitos reproductores de los mandatos machistas y patriarcales ni que no sean conscientes de las diferencias de género que enfrentarán a futuro, pero a pesar de estos condicionamientos producen otros recursos para construir sus prácticas como mujeres jóvenes de sectores populares. De un modo similar lo plantea Wivian Weller (2005) en su investigación con jóvenes de la ciudad de San Pablo, donde discute las implicancias que tienen sus prácticas en tanto expresión de la lucha por la conquista del espacio y el reconocimiento en un movimiento cultural de fuerte predominancia masculina como es el musical. La autora analiza las luchas protagonizadas por mujeres jóvenes por el reconocimiento artístico en un ambiente donde prevalece un imaginario masculino y machista. En su trabajo halla que los grupos musicales formados por mujeres, abjuran de los discursos feministas tradicionales y buscan promover un tercer camino de construcción de la igualdad lejos de la oposición binaria feminismo-machismo, aunque en la práctica cotidiana tienen plena conciencia que la igualdad entre hombres y mujeres está lejos de ser alcanzada y que en caso de casarse o tener hijos “estarán impedidas de seguir cantando o participando de las actividades del movimiento al menos por un determinado período” (Weller, 2005, p. 118).

<sup>9</sup> Si bien no hacemos referencia a otro de los trabajos de Elizalde, cabe mencionar su esfuerzo por indagar en la forma en la cual los estudios de juventud abordan la cuestión del género. La autora destaca la preeminencia de una matriz androcéntrica en la investigación y en la producción social de conocimientos sobre los/as jóvenes. El trabajo es sugerente por varias razones anudadas. En primer lugar, porque si bien su intención no era elaborar un estado del arte, la discusión propuesta realiza un racconto de las investigaciones sobre juventud en la Argentina para interpelarlas por el desdibujamiento étnico, el sesgo urbano y fundamentalmente, por el modo de abordar la diferencia de género, “invocado a veces como sinónimo de diferencia sexual otras tantas invisibilizado o reducido a dato demográfico” (Elizalde, 2006, p. 95).

Estas producciones otorgan nitidez a algunos aspectos poco estudiados de las prácticas políticas juveniles. Prácticas que abjuran de la tradición militante privilegiada por las generaciones anteriores, pero que de un modo simultáneo producen nuevas sensibilidades políticas a partir de sus experiencias cotidianas. El contexto de interacción en el que la juventud aprende los significados de hacer política se organiza en torno a coordenadas espaciales y temporales diferentes a las que estructuraron los modos de involucramiento político protagonizado por sus padres o abuelos. Ahora bien, tal vez estemos ante un momento donde sea necesario precisar los virajes existentes en los estudios, ya que éstos preservan el interés por las temáticas sobre los derechos humanos, pero con un sesgo marcadamente diferente. Si bien se trata aún de estudios dispersos como para considerarlos como una tendencia definitiva, en los últimos años proliferaron investigaciones más preocupadas por dar cuenta de las disputas en torno a la memoria, tanto en lo que respecta a las fechas a conmemorar como en los lugares, las voces y los modos de transmisión de los hechos históricos, en particular los referidos a la represión del terrorismo de Estado (Higuera Rubio, 2008; Kriger, 2011; Lorenz, 2004; Raggio, 2011).

En lo concerniente al estudio de los derechos vinculados al trabajo, el eje aglutinador fue más bien el análisis de las luchas de los movimientos de desocupados -muchos de los cuales por realizar acciones de corte de rutas fueron nombrados (o se autodenominaron) como piqueteros-, que se constituyeron en uno de los fenómenos políticos de mayor impacto (Svampa y Pereyra, 2003). La interpretación más acabada lo aborda haciendo énfasis en sus características novedosas: como el punto inicial de construcción identitaria, la presencia tanto de una nueva forma de protesta como de una modalidad organizativa diferente y un tipo de demanda innovador (Svampa y Pereyra, 2003 y Svampa, 2005). En su morfología, como en la de otros movimientos políticos emergentes, aparecen también lazos horizontales más fuertes, y fraternidades más presentes. Algunas de estas prácticas – en particular la búsqueda de horizontalidad, la demanda asamblearia por sobre los mecanismos de representación o el involucramiento en actividades concretas en las que la resolución es fácil de constatar- permean las acciones políticas en distintos ámbitos. Es así que, en base a estos hallazgos, Svampa (2005) señala la importancia de los grupos de afinidad para entender la movilización política actual, especialmente la figura del activista cultural que puede movilizarse entre diversas causas y grupos.

Por su parte, otros estudios registran el vínculo de los jóvenes con los movimientos piqueteros, pero ponen en duda la construcción de una “identidad piquetera”. Julieta

Quirós (2006) en su investigación en barrios populares de la zona sur del Gran Buenos Aires, discute la idea de que haya una “identidad piquetera”, y habla más bien del predominio del “estar con los piqueteros”. Su trabajo, proponiendo identidades más difusas y menos absolutas que la identidad definida de una vez y para siempre, brinda la oportunidad de reflexionar en torno a la trama de relaciones sociales en las cuales se encuentran insertos los sujetos. En el caso de la investigación de Pablo Vommaro (2007) sobre las experiencias de organización social en asentamientos de la zona sur del Gran Buenos Aires, el autor señala que uno de los rasgos que las caracterizan, se relaciona con el alto grado de participación y protagonismo de los jóvenes en este espacio de concentración y activación de redes sociales que construyen espacios de comunidad desde el territorio. Sus hallazgos nos hablan más que de una vuelta al barrio, de la necesidad de rastrear los elementos territoriales históricamente presentes en la construcción de las organizaciones sociales. Estos estudios permiten, sin cuestionar explícitamente los aspectos novedosos de la experiencia piquetera, precisar ciertas continuidades en los modos en que las nuevas generaciones se involucran en la vida política.

### **3. Nuevos ejes, viejas tradiciones**

En este apartado presentaremos algunas ideas que permitan aventurar hipótesis acerca de las formas que asumen los modos de aprender y practicar la política para las nuevas generaciones. En las páginas que siguen mencionaremos algunas de las cuestiones que, a nuestro entender, deben ser parte de un programa de investigación que pretenda indagar en la relación entre juventud y política.

Comenzaremos por el análisis de escenarios políticos donde es más marcada la yuxtaposición de elementos innovadores con aquellos arraigados a la cultura política argentina. El caso prototípico son las “tomas de escuelas” ocurridas en algunas localidades del país durante el 2010. Entre otras medidas, los estudiantes apelaron a la ocupación del espacio público mediante manifestaciones, cortes de calle, tomas de escuelas, pintadas, *stencils* e incorporaron el uso de las nuevas tecnologías –*blogs, facebook*, mensajes de textos, para las convocatorias- logrando un impacto notable que atrajo la atención de los medios de comunicación.

Las protestas estudiantiles combinaron un modo de involucramiento político diferente al de otras generaciones –la deslegitimación de la violencia quizá sea su mayor contraste-, cierto desplazamiento de la figura del ciudadano “cliente” propia de algunos fenómenos de los años noventa (Svampa, 2005) hacia la demanda de derechos, con la presencia de rasgos tradicionales de la cultura política argentina. Los actores involucrados, al posicionarse en dos campos considerados inamovibles, contribuyeron a organizar el conflicto en torno a la clásica distinción amigo-enemigo, retomando una lógica política que la denominada transición democrática había buscado superar. De este modo, los estudiantes actuaban de acuerdo a lo que Terán (2003) denominó un pluralismo negativo e igualitarismo populista, proceso por el cual todos hablan al mismo tiempo sin posibilidad de escuchar al otro, creando la ilusión de que los demás dicen lo mismo que ellos. Se conforma así una cultura política inclinada a formas de democracia pre-institucional que oscila entre la delegación de poderes en un líder carismático y la demanda de una participación que desconfía de toda idea de mediación representativa. En este sentido, tal como señaló O’Donnell (1997/2004) unos años atrás, es posible encontrar en las acciones recientes la combinación de rasgos igualitaristas y autoritarios, lo que habla de las dificultades de la mayoría de los actores involucrados para pensar la alteridad.

Esta cuestión nos lleva al segundo punto que quisiéramos señalar. En el caso de las “tomas de escuelas” la producción de prácticas políticas otorgó a la presencia, al “poner el cuerpo”, tanta importancia como la utilización de otros mecanismos. Para una mejor comprensión de esta cuestión, recurriremos a dos trabajos recientes que brindan nuevas posibilidades de análisis en torno a la participación política juvenil al reflexionar acerca del uso del cuerpo. Por un lado, en estas prácticas pareciera tener lugar lo que Pablo Vommaro (2007) denomina “política con el cuerpo o política de cuerpo presente”, alejada de la representación y de la delegación, de modo tal que anuda lo social y lo político, cuestionando implícitamente la distinción establecida por las lecturas más liberales y republicanas. Por otro lado, es necesario, junto a Laura Kropff (2007), discutir la práctica supuestamente “alternativa” de poner el cuerpo, para señalar que en realidad actualiza dimensiones épicas de concepciones hegemónicas en torno al sacrificio personal como práctica política de compromiso con el otro. La presencia, el “poner el cuerpo”, que aparecería como práctica novedosa, conjuga sentidos clásicos y novedosos. La militancia pareciera poseer connotaciones trágicas que involucran simbólicamente el “sacrificio” del

cuerpo, imagen de heroicidad para los adultos, pero no siempre atractiva para quienes no inscriben sus narrativas identitarias en las provistas por las generaciones precedentes.<sup>10</sup>

En tercer lugar, también como un eje que combina elementos nuevos y viejos –aunque tal vez sinteticen aspectos más innovadores-, es preciso preguntarse por los distintos niveles de incidencia que tienen las diferentes instituciones en la formación política juvenil. Para decirlo más claramente, es necesario producir un desplazamiento analítico que permita captar los modos, espacios, formas a través de las cuales las personas jóvenes aprenden, redefinen y generan prácticas políticas y re-significan conceptos como los de participación y ciudadanía.

Siguiendo esta línea, podemos aventurar que el proceso de formación política se divide en distintas fases o etapas de la vida de las personas, incorporando nuevos aprendizajes y prácticas durante el contacto con distintas instituciones, –o esferas de la vida social, para decirlo en términos de Walzer (1993/2004)-. Si se nos concede esta digresión, daremos un paso más para señalar que es preciso interrogarse por el impacto que cada una de ellas tiene en las representaciones y prácticas juveniles. De este modo, oteando el horizonte, observamos que los espacios –instituciones- centrales de la modernidad como la escuela, los partidos políticos, el mercado de trabajo y los sindicatos cuentan hoy con niveles de incidencia menor en la formación política juvenil. No nos abocaremos aquí a desentrañar la incidencia actual de cada uno de los nombrados o la importancia adquirida por otros como el espacio público o las producciones culturales. Tan solo quisiéramos explicitar la necesidad de dar cuenta de la distinta ponderación de cada espacio por el que transitan las personas jóvenes –en particular el espacio público- así como de pensar a los mismos a partir de las posibilidades y límites para la agencia juvenil. Las personas jóvenes parecieran buscar un involucrarse en el hacer a partir de situaciones concretas, donde pueden modificar algunos aspectos de su mundo más que pretender modificar cuestiones macro-estructurales.

---

<sup>10</sup> Un punto sintomático sobre este tema fue la reunión de Centros de Estudiantes de escuelas secundarias de todo el país organizada por la Dirección Nacional de Juventud (DINAJU) en la Ex Esma. El modelo de militancia de los setenta que pareciera buscar proyectar en los nuevos militantes, incluido la utilización de espacios donde fueron torturados y desaparecieron miles de jóvenes, merece al menos, algún tipo de reflexión acerca de qué imágenes sobre la participación política se transmiten a las nuevas generaciones, y si éstas se sienten o no, interpeladas por esos relatos.

Lo llamativo es que las investigaciones nos muestran que una institución tradicional como la familia cuenta con una ascendencia principal en la configuración política de los jóvenes, aspecto que otorga creciente centralidad no sólo al estudio de las estéticas juveniles sino, principalmente, a la relación entre emociones y política, o entre afectos y política. Investigaciones recientes realizadas en escuelas secundarias (Nuñez, 2011), muestran que la gran mayoría de los jóvenes que reconocieron participar activamente en distintas agrupaciones contaban con familiares que habían militado durante los setenta u ochenta o lo hacían en el momento de la entrevista.<sup>11</sup> Esta cuestión también fue señalada por diversos trabajos que se ocuparon de dar cuenta del “familismo” existente en los organismos de derechos humanos (Filc, 1997 y Jelín, 2003). Durante las marchas por Cromagnon fueron también los familiares, más que los sobrevivientes, quienes ocuparon el centro de la movilización, logrando mayor visibilidad pública<sup>12</sup>. El “familismo” que pareciera caracterizar a la militancia política en instancias tradicionales, posee algunos

---

<sup>11</sup> El autor hace referencia a distintos casos para desarrollar sus argumentos. Por ejemplo, una alumna que participaba en el Centro de Estudiantes de una escuela dependiente de la Universidad en la Ciudad de La Plata cuya madre integraba uno de los sindicatos docentes, una joven “piquetera” que se había acercado a la organización social a partir del contacto de su hermana, un joven que había conformado la agrupación “Spiderman” para las elecciones del Centro de Estudiantes de uno de los colegios universitarios de la ciudad de Buenos Aires y otra joven estudiante en una escuela normal de Capital Federal al igual que la gran mayoría de los alumnos que participaban del Centro de Estudiantes de un ex colegio nacional en Saladillo.

<sup>12</sup> Incluso, es plausible plantear la hipótesis que los sucesos de Cromagnon re activaron al movimiento estudiantil secundario. Cromagnon interpeló a la juventud como colectivo, más que cualquier otro acontecimiento de la historia reciente. Tal como sostiene una investigación reciente (VVAA, 2008) funciona como hito porque plantea una cuestión por la cual reclamar justicia y porque concientiza acerca de los peligros a los que se exponen los estudiantes si no están garantizadas las condiciones edilicias mínimas para el buen funcionamiento de las escuelas y da motivos para iniciar acciones de reclamo. A la vez, en tren de hipotetizar, podríamos pensar que las tomas de escuelas no tuvieron la misma repercusión en la Provincia de Buenos Aires porque allí son otras las cuestiones problematizadas. En este caso el hito es Carmen de Patagones, que ocurre en paralelo con la intención de promover la noción de convivencia –y a la vez es el ejemplo de la incorporación de la inseguridad (ante los otros, de todos ante el que dispara, de muchos mientras transitan una instancia de socialización, de varios sobre el futuro, de algunos a los docentes, de los docentes a los jóvenes) como eje estructurante de la condición juvenil contemporánea de la experiencia educativa bonaerense-. Desde entonces se multiplicaron en las escuelas de la Provincia de Buenos Aires los dispositivos para “contener” situaciones conflictivas: gabinetes psicológicos, equipos de orientación, reglamentos de convivencia, equipos distritales. Cabría incluso pensar si la incesante búsqueda por mejorar la convivencia da cuenta de su reverso: la imposibilidad del encuentro (Nuñez, 2011).

elementos a considerar. Por un lado, la experiencia de participación de los familiares implica un aprendizaje político y un modelo a seguir y, de este modo, les permite a muchos jóvenes inscribir su experiencia en una narrativa provista por otros cercanos. Ahora bien, por otro lado, si en los años sesenta y setenta la transmisión familiar del interés por la “política” redundaba en la confrontación generacional hoy los hijos aparentan querer parecerse a sus progenitores. De este modo, sus prácticas políticas semejan moldeadas de tal manera por las formas de pensar la vida política de sus familiares que cuentan con poco margen para imprimir sus marcas particulares.

En cuarto lugar, y para precisar cuáles son los rasgos más innovadores, es necesario reflexionar sobre los cambios más notorios. Probablemente debido a las transformaciones culturales que acontecen en paralelo, el lenguaje de los derechos circula de manera más extendida en distintos ámbitos, lo que permite que algunos jóvenes apelen al mismo y a la vez, organiza nuevas jerarquías sobre las que es necesario seguir explorando. Este hallazgo nos lleva a discutir varias cuestiones concatenadas. Por un lado, tal como describe Smulovitz (2008), es posible constatar la presencia de un número considerable de organizaciones de la sociedad civil que, en los últimos años, viraron en sus objetivos, pero que se caracterizan por la posibilidad del reclamo y del ejercicio de derechos. Su trabajo da cuenta de un amplio número de reclamos de justicia –desde los reclamos de justicia como consecuencia de la denominada masacre de Ingeniero Budge, las marchas por el caso María Soledad o Carrasco hasta la incorporación de la metodología del escrache como denuncia por parte de H.I.J.O.S o las movilizaciones luego de los hechos ocurridos en Cromagnon, el secuestro de Axel Blumberg y el accidente vial en Santa Fe que sufrieron alumnos del colegio ECOS- situaciones todas que implicaron la participación de los jóvenes –aunque es un aspecto en el que la autora no ahonda- tanto por su rol de víctimas como por su protagonismo en las marchas que se desencadenaron.

Por otra parte, es preciso desentrañar la actual coyuntura política. Atravesamos una suerte de “clima de época” -que algunos insisten en atribuir a la experiencia kirchnerista, mientras otros hacen hincapié en la tarea de diversos colectivos- que instala temas de agenda novedosos: la ley de servicios audiovisuales, el matrimonio igualitario<sup>13</sup>, la

---

<sup>13</sup> La reciente sanción de leyes como la de matrimonio igualitario tanto como el reconocimiento en diversos ámbitos de la identidad de género -como por ejemplo por parte de personas *trans* en la esfera educativa- y la misma incorporación de la educación sexual y reproductiva en las instituciones escolares, dan cuenta de un contexto diferente al de unos años atrás. Este nuevo

asignación universal por hijo, la despenalización de la tenencia de marihuana para el consumo personal, las luchas por el derecho al aborto, la extensión de la educación sexual en el sistema educativo, la disputa con algunas corporaciones, el incremento del presupuesto científico, la continuidad de los juicios a represores o sobre la contaminación ambiental y la ecología, entre otros. No es éste el lugar para establecer cuánto corresponde a la experiencia kirchnerista, pero sí cabe destacar que existe una agenda innovadora, que si bien coquetea con identificaciones de raigambre nacional y popular, es *liberal* –si utilizamos la acepción del término que enfatiza en la preocupación por la expansión de la garantía de derechos –que interpela a jóvenes de clases medias, trabajadores sindicalizados y participantes en organizaciones de diverso tipo, incluso a contrapelo de los sectores más conservadores de los distintos movimientos partidarios.

En quinto lugar, quisiéramos enfatizar, como una cuestión sobre la que es necesario continuar explorando, que en el caso de los grupos juveniles, parecíamos encontrarnos con una suerte de “adscripción tangencial” a diversas posturas. Los lazos tienden a estrecharse, se refuerzan los vínculos con lo cercano a la vez que se dificulta la construcción de un colectivo mayor. La confianza se reduce a dicho círculo de pertenencia para el cual parecieran regir criterios morales particulares, que no se vinculan con los de otros grupos o con los promovidos por las diversas instituciones. Sin embargo, estas grupalidades, lejos de ser de una vez y para siempre, se caracterizan más bien por su inestabilidad. Antes que con identificaciones a largo plazo, nos encontramos con una superpoblación de grupalidades inestables, que anudan de diferentes modos a los jóvenes, pero cuya temporalidad se rige por el corto plazo.

Esta cuestión remite a dos procesos que ocurren en simultáneo, que implican algunas mutaciones en la forma en la cual las juventudes se vinculan con la vida política. Si años

---

escenario brinda para muchos y muchas jóvenes la posibilidad de inscribir sus narrativas identitarias en las provistas por otros cercanos y contar con experiencias similares donde identificarse. Ahora bien, también es cierto que en los discursos de las personas jóvenes persiste un doble estándar para juzgar las conductas de los varones y de las mujeres que nos plantea una serie de desafíos aún pendientes respecto de la igualdad de género. Esta producción de modos ideales de masculinidad y feminidad continúan operando como cierres, como dificultades para la igualdad. Los avances legislativos, tanto como la posibilidad de apelar al discurso “de los derechos”, muestran la existencia de una tensión entre la expansión de los mismos y la persistencia de prácticas y formas de hacer tradicionales. Aún así, las prácticas juveniles enseñan transformaciones culturales en relación al sexo y al género que parecieran ir en una temporalidad más vertiginosa que las de otros grupos etarios.

atrás, e incluso hallamos hoy tal como se mencionó unas páginas más arriba, era posible señalar que la política pasaba fundamentalmente por “poner el cuerpo” -en las marchas predominaban rostros masculinos, adustos, sufridos- es posible observar cierta transición hacia un modo de practicar la política donde ésta cobra otros rasgos y en oposición al “aguante” se ponen en juego atributos tildados de “femeninos”. Esto involucra una mayor visibilidad de las mujeres –de la presidenta para abajo- pero también hay indicios observables en, por ejemplo, el uso de la tercera persona en femenino del singular para nombrar a agrupaciones que reivindican a figuras históricas masculinas (La Cámpora, La Guemes, La Belgrano, La Karakachoff, La Bravo etc.). Esta cuesti3n se articula con –y se presenta como continuaci3n de- la tradici3n más reciente de participaci3n política representada precisamente por figuras femeninas de alta legitimidad como son las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. La política en femenino pareciera mostrar un rostro más amable, comprometido, alejado de las corruptelas que tendra la “vieja política” y, como tal, más atractivo. Este tipo de agrupaciones también permite a sus integrantes sentirse identificados/as con ellas, sin necesariamente adherir al movimiento que las contiene.

Ahora bien, la paradoja de este fen3meno es que aglutina a una parte minoritaria - aunque con alta visibilidad- de la poblaci3n juvenil. Este mayor involucramiento político o, la activaci3n de sensibilidades políticas latentes, tiene pocos puntos en común con la experiencia de otros j3venes, para quienes la política sigue pasando por otra parte, a veces canalizándose a través de otros modos de participaci3n –adscribiendo incluso a identificaciones que los seducen desde un discurso “antipolítico” a la vez que se presentan como la “nueva política”-. Parad3jicamente la alta participaci3n de unos *j3venes* no interpela generacionalmente a otros *j3venes*. La presentaci3n de los “militantes” como parte de “otra juventud”, poco contribuye a establecer vasos comunicantes al reproducir el discurso adultocentrico que caracteriza a parte de los j3venes como apáticos y descreidos.<sup>14</sup>

Finalmente, también como interrogante a futuro, permtannos señalar que parecíamos transitar de movilizaciones políticas que se efectuaban contra el Estado a otras donde se lo

---

<sup>14</sup> De allí la *sorpre*sa que muestran, tanto quienes apoyan como aquellos que se oponen a estas acciones políticas sobre su capacidad de decidir políticamente, ya que se supone que no son características propias de los j3venes. Una manera tradicional de oponer a las “dos juventudes” en los medios de comunicaci3n, incluso los “progresistas” es a través de títulos como el de la tapa de la edici3n del 5 de septiembre de 2010 de Página/12 donde recortaban palabras de j3venes que participaban en las tomas de escuelas: “La juventud no es solo la que toma alcohol en las plazas”

representa como instancia que puede asegurar la posibilidad de transformación social. Este cambio es notable no sólo en las juventudes políticas de mayor presencia en la actualidad que buscan acceder a puestos en la burocracia estatal como forma de promover cambios, sino también, en grupos de jóvenes que no construyen su narrativa en oposición al mismo.

Por estas razones, coincidimos con lo planteado por Vázquez y Vommaro (2008), quienes señalan que es posible observar una paulatina pero fuerte reactivación del protagonismo juvenil que presenta algunas diferencias con lo que ocurría en la década anterior, ya que tiene lugar una suerte de “retorno a las vías de la política institucional” (p. 37). Si sumamos aquí la constatación de la existencia, al menos para los grandes centros urbanos, de un entramado de organizaciones juveniles que son expresión de la presencia de una diversidad y heterogeneidad de espacios e intereses (Beretta, Trincheri, Laredo y Verdi, 2010) podemos intuir algunas mutaciones en los significados actuales del “hacer política”. Así como durante la década del noventa cobró preponderancia la figura del militante social (Frederic, 2004), hoy el emblema recurrente es el “militante a secas”. Esta estampa, aún de contornos imprecisos, tiene su costado atractivo aunque posee, al menos, dos interrogantes inquietantes: cómo se vinculan los “militantes” con quienes no lo son y qué ocurre cuando las instituciones y servicios de inclusión y protección social y las redes que integran a sujetos diversos a una trama común se piensan como sólo factibles de plasmar por los militantes.

Para concluir con este apartado, es posible hipotetizar, siguiendo lo planteado por otras investigaciones, que los jóvenes viven una suerte de re encantamiento con lo público que los posiciona en el espacio de lo común, aunque muchas veces no cuenten con las mismas oportunidades para que sus miradas acerca de lo que suele denominarse “los problemas de los jóvenes” sea considerada. Se movilizan más, participan de las formas más variadas, se expresan de múltiples maneras –desde un *graffiti*, la adopción de un estilo, la participación solidaria en algunos emprendimientos, la militancia más tradicional-, intentan usar su voz y tomar la palabra. En esta mayor visibilidad la ocupación del espacio público surge como una preocupación principal. Es más, podríamos señalar que la experiencia urbana aparece como aspecto central de la condición juvenil contemporánea (Martín Barbero, 2007).

Ahora bien, esta suerte de apropiación del espacio urbano que nos muestra nuevos modos de estar juntos, también enseña maneras de evitar a otros, traduciendo en las formas de usar la ciudad los procesos de fragmentación social. Si por un lado aparece en sus discursos la demanda de acceder al espacio público contamos con menos información

acerca del manejo de la tensión que el encuentro con “otros diferentes” provoca en algunos contextos de segregación socio-espacial. Así como en los últimos tiempos es posible observar una mayor integración de jóvenes de diferentes sectores sociales y estéticas en el espacio público también es comprobable que, en ciertos contextos, algunos son vistos como “amenaza”<sup>15</sup> –como puede ser el caso de jóvenes que se encuentran en una esquina del barrio- mientras que en otras ocasiones la asociación entre apropiación de espacio, uso de la fuerza y masculinidad pareciera relegar a un papel menor a las mujeres; aún cuando es posible observar una mayor presencia de muchas de ellas en las acciones políticas y en diversas prácticas culturales.

#### **4. El porvenir de las prácticas políticas juveniles o sobre la necesidad de cambiar el lente de observación**

El estudio de la relación entre juventud y política exige desmontar varios supuestos para poner en cuestión los parámetros utilizados por muchos adultos para conceptualizar la vida política. La relación de las personas jóvenes con la política y lo político es más fugaz, inestable, plagada de incertidumbres que la que tenían las generaciones precedentes. Sus comportamientos alternan muchas veces actitudes violentas e intolerantes con otras solidarias e igualitarias. Aprenden y practican la política un poco a tuestas, lejos de los referentes de certidumbre con los que creían contar los colectivos políticos juveniles de antaño.

Durante muchos años la pregunta sobre la identidad se construía en torno a la indagación acerca de quién era uno. A partir de la identificación con determinadas ideas políticas, el lugar de nacimiento y de residencia, la clase, el sexo, el trabajo, el nivel de

---

<sup>15</sup> El Informe sobre Desarrollo Humano para Mercosur 2009-2010 del PNUD da cuenta de estas transformaciones en los modos de conceptualizar y de usar el espacio. Tal como sostiene el Informe, así como la inseguridad es uno de los rasgos distintivos de las ciudades modernas –y es vivido como un problema por los y las jóvenes- su percepción no conduce al abandono de espacios públicos sino al despliegue de estrategias para reducir la incertidumbre o aquellas situaciones definidas como riesgosas. Las personas jóvenes incorporaron esta sensación como un dato, y gestionan cotidianamente la convivencia con la inseguridad. Estas estrategias permiten defender y crear espacios urbanos, de allí su demanda por el derecho a disfrutarlos.

estudios alcanzado se construía una identidad que nos presentaba ante los demás. En la política la construcción identitaria refería al vínculo con los partidos políticos, los centros de estudiantes o los sindicatos como expresiones de las distintas posturas presentes en una sociedad. Esto permitió a varias generaciones –quizá la juventud argentina de los setenta fuera una de los mayores exponentes de esta tendencia- formar parte de un proyecto donde lo colectivo eclipsaba lo individual, y en el que se reconfiguraban las fronteras entre lo público y lo privado. El ser parte de una organización colectiva permitía sentirse seguro, acompañado por otros con similares ideales, contar con una respuesta para cada duda; en definitiva, asirse a certezas gracias a la existencia de un meta relato estructurante de la vida de las personas.

Los rasgos de época merecen ser pensados a partir de la inclusión de otra pregunta, para referir más bien al estudio de los espacios donde los sujetos pueden desplegar su identidad, de allí la importancia del interrogante acerca de *¿dónde soy?*. La elección de este tipo de abordaje implica cambiar el lente de observación para preguntarse menos quiénes son estos jóvenes y más por las producciones de las personas en lugares para convertirlos en espacios –siguiendo la terminología de De Certeau (1984/2000)- para así analizar, siguiendo lo planteado por Adams y Bettis (2005) su socialización política en los territorios por donde las jóvenes circulan y las prácticas juveniles que son las que hacen posible ser y estar, encontrarse con otros y otras, tornarse visible ante los demás.

La juventud pareciera ser hoy un atributo positivo que permite a quienes se presentan como *jóvenes* o representantes de *sectores juveniles* acceder a posiciones de poder en Argentina. Parece menos claro que eso implique necesariamente que se incorporen a la agenda política las demandas del heterogéneo colectivo juvenil. Este posicionamiento no está exento de paradojas: por una parte algunos jóvenes no discuten el poder de los adultos sino que muchas veces reproducen los discursos que estos quieren escuchar, por otro, a veces hallamos una distancia entre la participación política que se dice promover y la democratización de los espacios de un modo que ponga en cuestión la concentración de las decisiones. Quizá parte de la respuesta se encuentre en buscar cauces para dar voz a los que no la tienen, para prestar atención a otros indicios, a las marcas en los márgenes, y no sólo a los modos llamativos y/o festivos de ser joven. Asimismo, estos grados de visibilidad con los que cuentan los distintos contingentes que muchas veces se suele agrupar bajo la homogénea idea de “juventud”, habla también de las diferentes

posibilidades de utilizar el espacio público que son, en definitiva, expresión de desigualdades sobre las que es preciso continuar indagando.

Aún es prematuro señalar si estas mutaciones se instalarán como aspectos que modifiquen la cultura política del país; dependerá de si estas agrupaciones logran efectivamente acceder a posiciones de decisión, preservar cierta autonomía, incorporar otros modos de definir –y de resolver- los problemas de las personas jóvenes y, fundamentalmente, impulsar una agenda que contemple la heterogeneidad de mundos juveniles a fin de promover espacios de discusión e incentivar la pluralidad de voces.

## Referencias

- Abal Medina, P. (2004). Identidades colectivas y dispositivos de control en el marco del empleo asalariado joven. Un estudio de caso en el sector supermercadista. *Revista Argentina de Sociología*.
- Adams, N. y Bettis, P. (2005). *Geographies of girlhood. Identities in-between*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Alabarces, P. (1996). *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*. Buenos Aires: Atuel.
- Auyero, J. (1993). *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Beccaria, L. (2005). Jóvenes y empleo en la Argentina. *Anales de la Educación común, 1, (1-2)*. Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- Beretta, D., Trinchero, R., Laredo, F. y Verdi, I. (2010). *Espacios de participación juvenil: las organizaciones juveniles en la ciudad de Rosario*. Ponencia presentada en II Reunión RENIJA, Salta.
- Blanco, R. (2004). Generación pos dictadura. Algunas características del discurso emergente desde una perspectiva comunicacional. En AA.VV, *Los Jóvenes. Múltiples miradas*. 69-80. General Roca: CENESPA-UNCO.
- Bonaldi, P. (2006). Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria. En E. Jelin, E. & D. Sempol (comps.), *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bonvillani, A., Palermo, A. I., Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008). Aproximaciones a los estudios acerca de juventud y prácticas políticas en la Argentina (1968-2008). *Revista Argentina de Sociología, 6 (11)*, 44-73
- Braslavsky, C. (1986). *Informe de situación de la juventud argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Chaves, M. (2006). *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. Con la colaboración de María Graciela Rodríguez y Eleonor

Faur. Informe para el Proyecto: Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina. Dirigido por Eleonor Faur, 93 pp. 1-92. Buenos Aires: UNSAM-DINAJU.

- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, M. y Nuñez, P. (2012). Estudios sobre juventud en Argentina: juventud y política en la Argentina democrática (1983-2008), *Revista Young*, 1. En prensa.
- Citro, S. (2000). Estéticas del rock en Buenos Aires: Carnavalización, fútbol y antimememismo. En: M. E. Lucas, R.J. Menezes Bastos (orgs.), *Pesquisas recentes em estudos musicalis no Mercosul*. pp. 115-140, 2000. Porto Alegre: UFRGS.
- Clementi, H. (1982). *Juventud y política en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX.
- Daroqui, A. y Guemureman, S. (1998, Noviembre). *La construcción del «sujeto menor»: una mirada a las prácticas de exclusión social*. Ponencia presentada en las Jornadas de Investigadores de la Cultura del Instituto Gino Germani.
- De Certeau, M. (1984/2000). *La invención de lo cotidiano I*, México: ITESO.
- Duschatzky, S. (1999). *La escuela como frontera: reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Buenos Aires: Paidós.
- Elizalde, S. (2003). Intervenciones desde el género. Participación y empoderamiento entre mujeres jóvenes de sectores populares. *Serie Políticas Sociales*, 74. Santiago de Chile, CEPAL.
- Elizalde, S. (2006). El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles. *Última Década*, 25. Valparaíso: CIDPA.
- Falconi, O. (2004). Las silenciadas batallas juveniles: ¿quién está marcando el rumbo de la escuela media hoy?. En *Actas electrónicas VII Congreso de Antropología Social*. Córdoba: UNC.
- Falconi, O. (2007). Experiencia formativa y prácticas culturales de los jóvenes-alumnos en la encrucijada de las condiciones de escolarización y del trabajo docente. En *Actas electrónicas I° RENIJ*. La Plata: Red de Investigadores en Juventudes Argentina-UNLP.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona: Ariel.

- Filc, J. (1997). *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- Filmus, D. y Miranda, A. (2000). *El impacto de la crisis del mercado de trabajo entre los egresados de la escuela media*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Juventud. Disponible en <http://www.juventud.gov.ar>
- Frederic, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, J. (2007). “*Haciendo amigos a las piñas*”. *Violencia y redes sociales de una hinchada del fútbol*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gingold, L. (1996). Control ciudadano del des-control policial. En VVAA, *Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 90'*. Buenos Aires: Ed. Nuevo Hacer.
- Guemureman, S. (1999). Los “menores” de ayer, de hoy y de siempre: un recorrido histórico desde una perspectiva crítica. *Delito y Sociedad*, 13.
- Higuera Rubio, D. (2008). La escuela como escenario de lucha por el pasado: reflexiones a partir de un caso de la Ciudad de Buenos Aires. *Propuesta Educativa*, 17 (30), 109-116. FLACSO.
- Infantino, J. (2005). Los nuevos artistas circenses en la ciudad de Buenos Aires. Identidad, trabajo y cultura. En A. Martín (comp.), *Folclore en las grandes ciudades. Arte popular, identidad y cultura* (pp. 133- 158). Buenos Aires: del Zorzal.
- Isla, A. y Miguez, D. (2003). *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Ed. de las Ciencias/FLACSO.
- Jacinto, C. (2011). *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes*. Buenos Aires: TESEO/IDES.
- Jelín, E. (1996). La matriz cultural argentina, el peronismo y la cotidianeidad. En *Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 90'*. Buenos Aires: Nuevo Hacer.
- Jelín, E. (2003). *The family in Argentina: modernity, economic crisis, and politics*. Paper de discusión. Buenos Aires: IDES.
- Kessler, G. (2002). *La experiencia educativa fragmentada. Estudiantes y docentes en la escuela media en Buenos Aires*. Buenos Aires: IPE- UNESCO.
- Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kornblit, A. (2008). *Violencia escolar y climas escolares*. Buenos Aires: Biblos.
- Kriger, M. (2011). *La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave para la formación del pensamiento político. Avances de una investigación en curso sobre jóvenes estudiantes argentinos*. Ponencia presentada en el Congreso Inter-Escuelas.
- Kropff, L. (2007). *La reapropiación del género fanzine en el circuito heavy-punk mapuche. Notas sobre corporalidad, moralidad y política*. I Reunión de Investigadores/as en juventudes. UNLP.
- Kropff, L. y Nuñez, P. (2010). Relatoría Eje Acción, participación, opciones y estrategias políticas. En M. Chaves y otros (coords.). *Estudios sobre juventudes en Argentina 2007*. La Plata: RENIJ-EDULP.
- Longo, M. E. (2003). Lo que queda a los jóvenes. Capital social, trabajo y juventud en varones pobres del Gran Buenos Aires. *Serie Políticas Sociales*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Lorenz, F. (2004). “Tómala vos, dámela a mí”: La noche de los lápices, el deber de memoria y las escuelas. En E. Jelin y F. Lorenz (comps.), *Educación y memoria: La escuela elabora el pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Martín-Barbero, J. (2007). Reconfiguraciones de la comunicación entre escuela y sociedad. En E. Tenti Fanfani (comp.), *Nuevos temas en la Agenda de política educativa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Medán, M. (2011). Sociabilidad juvenil masculina y riesgo: Discrepancias y acuerdos entre un programa de prevención del delito juvenil y sus beneficiarios. *Revista Última década*, 19 (35) 61-87.
- Miguez, D. (2008). *Violencias y conflictos en las escuelas*. Buenos Aires: Paidós.
- Miranda, A. (2007). *La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo*. Buenos Aires: Fundación Octubre.
- Miranda, A. y Corica, A. (2008, Septiembre). *Las transformaciones en el mercado de trabajo en la Argentina de los últimos 10 años: desigualdad y precariedad entre los jóvenes trabajo*. Ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población [ALAP]. Córdoba.

- Neufeld, M. R. (1999). *De eso no se habla. Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*. Buenos Aires: Eudeba.
- Nuñez, P. (2010). Escenarios sociales y participación política juvenil. Un repaso de los estudios sobre comportamientos políticos desde la transición democrática hasta Cromagnon. *SAAP*, 4 (1 y 2). Ciudad de Buenos Aires.
- Nuñez, P. (2011). La política en escena: cuerpos juveniles, mediaciones institucionales y sensaciones de justicia en la escuela secundaria argentina. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar* (2). São Carlos: Departamento e Programa de Pós-Graduação em Sociologia da UFSCar.
- O'Donnell, G. (1997/2004). ¿Y a mí que mierda me importa?. *Contrapuntos*. Buenos Aires: Paidós.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2010). Informe de Desarrollo Humano 2005. *La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al desarrollo humano*. Buenos Aires: PNUD.
- Quiros, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Los piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Raggio, S. (2011). Los jóvenes y las memorias. *El Monitor*, 28. Ministerio de Educación de la Nación.
- Remondino, G. (2005). Jugar en la ciudad. El cyber: niños y jóvenes buscando un lugar. En S. Sanchez (comp.), *El mundo de los jóvenes en la ciudad*. Rosario: Laborde- CEAUCU.
- Rodríguez, C. (2010). La juventud no es solo la que toma alcohol en las plazas. *Diario Página/12*. Obtenido el 5 de septiembre de 2010, desde: <http://www.pagina12.com.ar/diario/principal/index-2010-09-05.html>
- Saintout, F. (2007). *Jóvenes: El futuro llegó hace rato*. Buenos Aires: Prometeo.
- Salvia, A. y Léopore, S. (2004). *Problemática Juvenil en la Argentina Actual*. San Miguel: Departamento de Investigación Institucional. Observatorio de la Deuda Social. Universidad Católica Argentina.
- Saraví, G. (2004). La segregación urbana y el espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural. *Revista de la CEPAL*, 83, 33-48.
- Semán, P. y Vila, P. (1999). Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal. En D. Filmus (comp.), *Los noventa: política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: Eudeba.

- Smulovitz, C. (2008). Organizaciones de la sociedad civil que invocan derechos. Sociedad civil y representación en la Argentina. *POSTdata, SAAP*. Buenos Aires.
- Svampa, M. (2000). Identidades astillada. De la patria metalúrgica al heavy metal. En M. Svampa, (ed.), *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Tenti Fanfani, E. (2000) *Culturas juveniles y cultura escolar*. Buenos Aires: IIPE – UNESCO.
- Terán, O. (2003). La experiencia de la crisis. *Punto de vista 25 (73)*.
- Tiramonti, G. (comp.) (2004). *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*. Buenos Aires: Manantial.
- Urresti, M. (2008). *Ciberculturas juveniles*. Buenos Aires: La Crujía.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2008). La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 6 (2). Manizales, Colombia.
- Vila, P. (1985). Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil. En E. Jelin, *Los nuevos movimientos sociales*, 1 (124), 83-156. Buenos Aires: CEAL.
- Vommaro, P. (2007). *Dos experiencias de organización social en Quilmes analizadas desde el protagonismo juvenil: las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 y el MTD de Solano*. I Reunión Nacional de Investigadores/as en Juventud, UNLP, La Plata.
- VVAA, (2008). *La escuela media en foco. Indagaciones sobre convivencia y política, lectura y escritura y formación para el trabajo*, Buenos Aires: Dirección de Investigación Educativa del Ministerio de Educación del GCBA.
- Walzer, M. (1993/2004). *Las Esferas de la Justicia. Una defensa del pluralismo y la igualdad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weller, W. (2005). A presencia feminina nas (sub) culturas juvenis: a arte de se torna visível. *Estudos Feministas*, 13(1), 107-126. Florianópolis.

- Wortman, A. (2005). Una tragedia argentina más, ahora los jóvenes y niños de la República de Cromagnón. *Argumentos*, 5. Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA. Disponible en: <http://argumentos.fsoc.uba.ar/>

## **Los jóvenes en los márgenes y su sentido moral de la historia<sup>1</sup>**

**Alexander Ruiz Silva**

**Universidad Pedagógica Nacional de Colombia.**

---

<sup>1</sup> El presente artículo retoma asuntos tratados en mi tesis doctoral: *La nación en los márgenes. Estudio de los elementos de carácter representacional, moral y político en relatos de nación de jóvenes de últimos grados de secundaria, de una escuela pública, en el conurbano bonaerense*, del programa de doctorado en ciencias sociales de la FLACSO, Argentina, 2009. También se establece un diálogo con algunas consideraciones de carácter analítico incluidas en la tercera parte de mi libro: “Nación, Moral y Narración” (Miño y Dávila, Buenos Aires, 2011), no obstante, la mayor parte del contenido del texto se encontraba hasta ahora inédito, incluyendo las representaciones gráficas de la nación del último acápite.

## **Resumen**

Este trabajo se inscribe en el encuentro de enfoques y teorías de los campos de la filosofía práctica y la investigación en enseñanza y aprendizaje de la historia. Se exponen y analizan relatos de jóvenes argentinos, de un contexto social marginal, sobre su nación del presente y sobre la relación entre la historia vivida (cotidiana) y la historia aprendida (historia escolar – disciplinar). El análisis indica, entre otras cosas, una construcción narrativa defensiva de la nación en la que los jóvenes no establecen mayores vínculos con su propio pasado o con sus proyecciones futuras, de modo tal, que la nación en los márgenes pareciera sostenerse en una tensión entre ilusión e incertidumbre. Entre más se amplía el espectro de lo segundo, más parece reducirse el de lo primero.

## 1. Hacia una lectura moral de la historia.

Partimos aquí del supuesto de que toda interpretación histórica se encuentra moralmente articulada y que ninguna concepción de acontecimiento, hecho, evento y sujeto histórico se construye, significa y relata de manera neutral (Ricoeur, 2000/2003; Todorov, 1991/1993; White, 2003). De este modo, el papel de la esfera moral en la enseñanza de la historia ha sido objeto de reflexión por parte de algunos teóricos de distintas disciplinas y ámbitos de las ciencias sociales (Ricoeur, 2000/2003; Rüsen, 1999, 2005; Todorov, 1995/2000; Von Borries, 1994), sin embargo, escasean los estudios empíricos que toman a dicha esfera como centro del análisis. En el texto de Barton y Levstik (2004) se citan algunas experiencias de investigación realizadas en escuelas de Irlanda del Norte y de los Estados Unidos en las que se analiza el papel de las reacciones morales ante el aprendizaje de eventos históricos de diversa índole. Estos autores destacan que procesos como la remembranza y el olvido (o lo recordable y lo olvidable); las percepciones de justicia y equidad; la definición del héroe y lo heroico son elementos morales prácticamente ineludibles en “nuestro encuentro con el pasado”. Una más clara conciencia sobre los mismos podría contribuir -según concluyen- a una mayor empatía con las víctimas de la historia, así como a la preparación de los niños y adolescentes en la deliberación sobre la justicia en la vida pública hoy.

Kenneth Gergen (2005), por su parte, analiza la relación entre narración, conciencia histórica y construcción de identidad moral. Para este autor la narración histórica funciona fundamentalmente para crear, sostener y posiblemente desbaratar o transformar tradiciones de valores. Gergen enfatiza que la conciencia histórica es inherentemente conciencia narrativa, en la medida en que estamos orientados a una dirección en la cual la realidad conversacional creada por el relato histórico cumple una función dentro de la cultura: servir de constructor o sostenedor de una tradición cultural e investirla de valor y racionalidad para el futuro. “En efecto la narración histórica está inevitablemente conectada a valores culturales y a la moralidad. Confiere inteligibilidad a determinada tradición y afirma de manera silenciosa el *sentido de lo bueno* que ella encarna”. (Gergen, 2005, p. 116).

El tema de la moral en la comprensión de la historia ha estado presente también en diversos trabajos empíricos de Peter Seixas (2005). Este investigador subraya que en los juicios morales que se hacen sobre actores históricos se corre, constantemente, el riesgo del

anacronismo, dado que solemos imponer nuestros propios criterios morales a personas en circunstancias y con mentalidades muy diferentes a las nuestras: “Únicamente teniendo en cuenta las amplias diferencias producidas por el cambio histórico podemos rebasar los juicios sobre el pasado” (Seixas, 2005, p. 144). Sin embargo, destaca igualmente, “el conocimiento histórico que no es guiado por una orientación moral o por juicios morales es históricamente inútil: porque, cómo podríamos comprometernos con un proyecto histórico para todos si no podemos nosotros mismos otorgarle una orientación moral” (p. 144).

En un estudio sobre la comprensión de la historia ligada a la celebración de actos patrios (efemérides) en escuelas argentinas, Carretero (2007) destaca la presencia central de aspectos morales que opacan o subordinan otros de tipo político, haciendo que los agentes históricos queden reducidos a simples individuos a quienes la historia les determina externamente un rol: los actores sociales aparecen como pasivos en tanto desempeñan eficazmente el papel que la historia (activa) les determina. Tales explicaciones morales parecen obstaculizar la comprensión disciplinar de la historia, la incorporación del conflicto como fuente activa de ésta y la integración de identidades diferentes en las narraciones históricas. (Carretero, 2007).

Aquí la adhesión emotiva a la nación pareciera promover una respuesta heterónoma en el estudiante y facilitar la naturalización de relaciones sociales desiguales.

En consonancia con este hallazgo, la investigación de Miriam Kriger (2007) sobre representaciones de jóvenes argentinos sobre el pasado, el presente y el futuro de la nación, con estudiantes de primer semestre del Ciclo Básico Común (CBC) de distintas carreras de la Universidad de Buenos Aires, detectó elementos de carácter moralista que obstruían cualquier tipo de conflicto cognitivo en la comprensión de la historia, especialmente en relación con la naturalización de la violencia. Tales elementos:

Irrumpen literalmente desde el presente y los conflictos actuales (...). Notamos asimismo que cuanto más radical es el conflicto normativo y falsamente moral, mayores son también los dispositivos de negación de la violencia, hasta que la reivindicación se vuelve fallida -invirtiéndose de acuerdo a lo que aquí llamamos “la pirueta moralista”- y termina por disolver la propia legitimidad histórica de las identidades políticas a reivindicar. (Kriger, 2007, p 411).

En un estudio sobre la manera como los nuevos patrones de inmigración en los Estados Unidos pueden jugar un importante rol en la enseñanza de la historia en la escuela pública, VanSledright (2008) encuentra que la historia que se enseña en los salones de clase, autoriza y promulga una narrativa de desarrollo y progreso de la nación, constituida como visión que debe ser preservada, reproducida y sostenida en el tiempo. En consecuencia, señala el investigador, la construcción de la memoria colectiva sobre la formación de la nación se orienta fundamentalmente a la construcción de una identidad cultural. Las clases de historia en las escuela públicas de Estados Unidos abundan en prescripciones que moldean y marcan una narrativa triunfal de la nación que sirve a un poderoso propósito sociocultural: “provee los elementos necesarios para asegurar la lealtad de las personas al Estado-nación” (VanSledright, (2008, p. 137).

Estos estudios plantean la necesidad de una exploración más detallada del papel de lo moral en la comprensión de historia en la escuela. Lo que interesa entonces aquí, es dar cuenta del modo mediante el cual el aprendizaje de la historia y su relación con las historias particulares de sujetos en condiciones de exclusión y marginalidad moldean ideas, imágenes y proyecciones de nación. Veamos.

## **2. Sobre actores, preguntas y persuasiones.**

Cada vez es más alto el porcentaje de la población en América Latina orillada a vivir en condiciones de pobreza extrema, razón por la cual se considera aquí que los imaginarios y vivencias de nación requieren ser estudiados y analizados en tales condiciones y contextos, en tanto se asume que éstas reflejan, en buena medida, formas relevantes de ser y habitar el mundo, modos de construir o reproducir apuestas políticas y de hacer proyecciones de sociedad.

Así, el trabajo de campo de este estudio se realizó en una escuela pública de un sector marginal del conurbano bonaerense (municipio de San Francisco Solano, al sur de Quilmes) entre el 2007 y el 2008. La elección del sector y de sus participantes no fue, en absoluto, azarosa. Se trató de analizar lo que tienen de particular las vivencias, creencias e imaginarios

de nación en la periferia de la periferia, esto es, en la periferia político-geográfica de la ciudad de Buenos Aires y en la periferia del modelo de desarrollo económico imperante.

La pregunta principal que orientó nuestro análisis fue: ¿Qué tipo de relaciones éticas y políticas establecen los estudiantes entre su propia historia -personal y contextual- y la historia aprendida de su nación? Lo cual nos llevó a reparar en la utilidad simbólica o práctica que le atribuyen los jóvenes de últimos grados de secundaria a la historia escolar aprendida, en el modo en que este tipo de aprendizaje y su propio pasado vivido se tensionan o complementan en sus relatos del *nosotros nación*. Esto fue posible a partir del análisis de los relatos de los jóvenes, producidos mediante entrevistas informales y semi-estructuradas, diarios de campo y talleres de aula orientados a la producción de “relatos gráficos” sobre su propia nación.

Se trató de indagar la manera como el aprendizaje del pasado y el pasado vivido se dotan de significado. Dotar el pasado de significado quiere decir, entre otras cosas, dar una orientación moral específica a cada interpretación e intentar hacer prevalecer dicha orientación. Sobre este particular, Jörn Rüsen (2001) señala que la narración -o como él prefiere denominarla: “la articulación narrativa”- posee una innegable capacidad realizativa, en tanto permite que se formulen en el presente, juicios morales sobre cosas ocurridas en el pasado. De este modo, ningún relato histórico es valorativamente neutral e incluso, la búsqueda o expresión de imparcialidad comportaría en sí misma, una postura moral y una recursividad retórica, tal y como ocurre con los relatos de cualquier otra índole en la vida de los seres humanos. En palabras de Ricoeur (2000/2003):

La estrategia de persuasión fomentada por el narrador tiende a imponer al lector una visión del mundo que no es nunca éticamente neutra, sino que más bien induce, implícita o explícitamente, una nueva valoración de mundo y del propio lector: en este sentido, el relato pertenece ya al campo ético en virtud de la pretensión de lealtad ética, inseparable de la narración (pp. 1001-1002).

### **3. Los usos de la historia aprendida.**

Qué tanto sabemos sobre el uso que le damos a las cosas que hemos aprendido, es algo difícil de responder, incluso, cuando intentamos hacer conciencia de ello. Los contenidos de

historia que son objeto de recordación formal en la escuela, de rememoración y conmemoración, y la historia de vida de cada quien suponen relaciones de las que, igualmente, es difícil dar cuenta.<sup>2</sup> En todo caso, ello involucra una habilidad meta-cognitiva: la capacidad de reflexionar y precisar la naturaleza y límites del saber adquirido y la manera como se utiliza el mismo. Veamos la utilidad simbólica o práctica que los jóvenes atribuyen a la historia aprendida. Vale aclarar que la voz “utilidad” se usa aquí de forma laxa. Esto, que podría considerarse una limitación del estudio, permitió que fuesen los jóvenes mismos quienes le otorgasen significado a este término, en relación con su cotidianidad y el contexto en el que ella discurre. El siguiente cuadro organiza las respuestas de los chicos a esta cuestión y los relatos que siguen presentan algunos matices en los que vale la pena detenerse:

*Cuadro 1. Creencia en la influencia o no de la historia de la nación propia en la historia personal.*

Cree que: Parámetro		Relatos orales (Total 50) Fuente: entrevista en profundidad
Si influye	Frecuencia	35
	Porcentaje	70 %
No influye	Frecuencia	15
	Porcentaje	30 %

Entre los fragmentos de relatos que reconocen influencia de la historia de la nación propia en la historia personal se encuentran las siguientes:

**Entrevistador:** ¿Crees que la historia de tu nación influye de alguna manera en el curso de tu vida?

**Johana:** Y sí, en la identidad, digamos, porque yo tengo muchas costumbres que son de

<sup>2</sup> Para una mayor comprensión de los conceptos de rememoración y conmemoración seguimos la perspectiva de Ricoeur (2000/2003), para quien el acto de conmemoración se sitúa en el binomio memoria-hábito / memoria-recuerdo, así: “las conmemoraciones son tipos de rememoraciones, en el sentido de reactualización, de los acontecimientos fundadores sostenidos por la ‘llamada’ a acordarse que solemniza la ceremonia (...). Es cierto que no hay que limitar los actos de conmemoración a las celebraciones religiosas y patrióticas; los elogios y los servicios funerarios son también celebraciones; yo diría que se desarrollan en el tiempo de los allegados, de los próximos, a mitad de camino de la memoria privada y de la social (...). Siempre que pronunciamos o escribimos la frase ‘en memoria de...’ inscribimos el nombre de aquellos de los que hacemos memoria en el gran libro del co-recuerdo, el cual se inscribe a su vez en un tiempo más largo” (Ricoeur, 2000/2003, pp. 66-67).

Argentina, porque mis papás vienen del campo, de Tucumán, todo eso. Y sí, porque somos bien argentinos, en la cultura, digamos.

**Isaac:** Puede ser, porque a través del tiempo y de todo lo que se vivió en la Argentina, la dictadura, como que ahora la sociedad me permite hacer muchas cosas que por ahí antes no se podían.

**Maximiliano:** Yo creo que siempre influyó, desde que nací hasta ahora. Yo creo que en el tema económico, por las cosas que se hacen mal, desde Menem hasta el que está ahora. Yo nací en el '89 cuando había asumido Menem, pero todo lo que hizo al vender todas las empresas del Estado, se produjo un aumento en la tasa de desocupación, eso produjo que el país cayera un poco. Y, bueno, después vino De la Rúa que hizo estragos, toda esa historia me influye.

**Andrea:** Claro, lo que acá se perdió es mucha confianza. Nosotros, por ejemplo, confiábamos mucho en el presidente, en los gobernantes. El tema del cacerolazo a mí me llegó mucho, me pegó mucho. Y ahora es como que ya después del corralito se perdió todo, ya nadie confía en nadie, ni en uno mismo, creo.

En muchos casos fue necesaria formular esta pregunta de otro modo: ¿crees que la historia de la Argentina ha influido en tu historia personal y en el tipo de vida que llevas?

**Federico:** Sí, yo creo que sí, porque una vez que estudiaste o leíste o escuchaste capaz que algo se te queda. Uno aprende a no ser tan injusto, a no querer más de lo que tenés: ganálo, no busqués que el otro pierda algo para que vos ganés, ganálo por tu parte.

Como podemos ver, estos jóvenes contemplan algún tipo de influencia de la historia de su nación en sus propias historias personales y tal influencia es reconocida en elementos culturales e identitarios; en la necesidad de comprender el presente y tomar algunas previsiones mínimas para el futuro; en la valoración favorable de conquistas sociales, derechos y libertades individuales; en la conciencia de vivir en condición de desventaja, producto de una iniquidad históricamente constituida en la nación, y finalmente, en el deseo de aprovechar lo aprendido como consigna moral para orientarse en el desarrollo de iniciativas individuales.

Los relatos vislumbran elementos de orden pragmático: descenso en la calidad de la educación recibida y en el acceso a derechos formales; y otros de carácter existencial: pérdida

de confianza generalizada y adquisición de aprendizajes para la vida. Aquí la historia es entendida como el pasado, esto es, los hechos acaecidos y experimentados por los mismos estudiantes, por las generaciones que les anteceden o por la sociedad, especialmente aquellos hechos reconocidos como hitos del pasado reciente. En ningún caso se alude a la historia en términos disciplinares o académicos. Esta idea de la historia como pasado vivido y no como pasado reflexionado sistemáticamente o cernido en el tamiz de herramientas conceptuales, no es muy distinta entre quienes le niegan a la historia de la nación influencia alguna en su propia historia personal. Veamos:

**Leonardo:** En mí, por lo menos, no; en otros, no sé. Digamos que yo no me fijo en esas cosas, yo soy un chico que mira muy poco noticieros, yo vivo la vida así nomás. Yo me levanto y hago lo que tengo que hacer. A mí mucho no me influye porque no soy un chico que está muy relacionado con el tema.

**Daniel:** No influye porque yo sinceramente no me siento argentino, no le encuentro significado a sentirse argentino.

**Jonathan:** En mi vida no creo que influya mucho, pero sí en la de mis familiares. Se marcó mucho en ellos, pero no en mí, porque yo soy de otra generación y no ha pasado nada importante en Argentina en esta generación.

**José:** La historia de la Argentina es muy distinta a lo que vivo ahora, pienso que es muy distinto; a pesar de que esas cosas hayan quedado en la memoria, no por eso voy a decir que lo voy a vivir, ahora tengo otra vida, Argentina tiene otra vida.

Quizás, la diferencia central de estos relatos con relación a los anteriores es que para estos jóvenes no haber jugado un rol directo en los hechos del pasado, no haber sido testigos de excepción o no haber tenido que asumir responsabilidades concretas ante las circunstancias mencionadas los deja por fuera de la influencia de la historia o, al menos, por fuera de su influencia directa. Vale la pena remarcar que terminar la escuela secundaria es para estos jóvenes un ritual de paso hacia nuevas o adicionales responsabilidades, es hacerse adulto prematuramente, cursar una carrera corta, convertirse en sujetos económicamente productivos. Este paso es concebido como el momento de la verdad, en el que muchos de ellos se hacen

cargo de otros (padres, abuelos, hermanos menores) y pueden ya empezar a “vivir plenamente” los efectos de la historia.

La interacción permanente con estos chicos nos permitió establecer que muy pocos deciden cursar una carrera universitaria, la mayoría debe atender las urgencias que demanda el contexto. De este modo, hacer una carrera corta es la alternativa por la que optan, en igual número, hombres y mujeres, casi que en función exclusiva de atenuar las dificultades del presente. ¿Es éste un indicador de renuncia a la promesa que dotó de sentido la escuela de generaciones anteriores y mediante la cual se vinculaba la aspiración a la formación universitaria con la movilidad social?, ¿es simple y llano realismo de parte de los jóvenes?, ¿o quizás ambas cosas?

“Ganálo por tu parte” decía Federico, más arriba, luego de afirmar que la historia le enseña a ser menos injusto. Lo que hace a esta declaración excepcional en este contexto no es sólo la positividad de la consigna moral a la que apela, sino, principalmente, la idea de usar lo aprendido para orientar su propia acción, para participar en la delineación de un futuro que luego será historia o pasado vivido activamente. Esta excepcionalidad confirma la regla, evidencia la forma en que estos jóvenes se perciben a sí mismos como herederos del pasado, no como constructores de historia.

De otro lado, la pregunta por la influencia de los conocimientos sobre la historia de la nación propia en el futuro personal permite develar otros matices de la relación en cuestión. Veamos:

**Entrevistador:** ¿Crees que lo que aprendiste, lo que sabes sobre la historia de tu nación puede influir en tu futuro?

**Carlos:** Y sí, por ejemplo, yo ahora no sé nada de mi país y en mi futuro me va a afectar, ya me está afectando, de lo que vos me preguntás casi no sé nada.

**Anabel:** Y sí, porque ojalá Dios quiera que no haya una guerra, pero si hay una guerra yo haría lo mismo que mi viejo, mi viejo es excombatiente de Malvinas. Yo estaría en la misma situación de él y haría lo mismo que él, es lo que yo haría.

**Nancy B.:** Y creo que sí, que es importante saber, para comentarle a los hijos vendría a ser.

**Nancy:** Sí, porque algunas cosas que fueron sucediendo son para que la sociedad aprenda a defenderse; por eso hoy hacemos respetar los derechos, bueno, algunos hacen respetar sus derechos, o sea, antes se reprimía todo y se sentía miedo al poder, al que estaba a cargo, hoy no.

**Sandra:** Y sí, si valorás un poco más las cosas, vas a ir manejándote mejor y a pensar en lo que hicieron los demás. Las cosas malas y las cosas buenas que pasaron todo implica en tu futuro. Yo pienso que los argentinos no son tan tontos de otra vez cometer los mismos errores, los errores se cometen una vez, creo que dos no.

**Jessica:** Sí, supongo. Todo pasado siempre vuelve como futuro. Yo creo eso, yo creo que las cosas que se hacen en un momento por ahí después siguen pasando con el tiempo, por ahí uno no se da cuenta, todas las macanas, todas las cosas que se pueden llegar a hacer mal después, en un futuro no muy lejano, traen consecuencias, creo eso.

La ausencia de conocimiento sobre la historia de su propia nación, desde ya está marcando la vida de algunos de estos jóvenes; un sentido de solidaridad con el padre parecería guiar las decisiones de una de las estudiantes ante eventuales guerras venideras, esto es, la asunción de un destino compartido; la idea de ser previsivos a partir de las señales que permite detectar la experiencia se destaca en otros relatos; enterar de las cosas sucedidas a las nuevas generaciones es también una utilidad percibida; la confianza en el aprendizaje de la sociedad de los errores del pasado es lo que esperan algunos de ellos, mientras que, en particular, para Jessica parece haber una conexión intrínseca entre pasado y futuro, unido, según su punto de vista, a una falta de conciencia sobre cómo el primero suele reiterarse en el segundo.

Esta intuición de Jessica y el sentido práctico y, por supuesto, controvertible de todas las posturas mencionadas indican una gran potencialidad para la enseñanza de la historia en la escuela, al menos en este rango de edad (16 - 19 años) y una valoración positiva de este tipo de conocimiento como herramienta para la comprensión de las propias circunstancias de vida y del curso de la sociedad nacional en la que se vive y de la que se hace parte. Pero, por otro lado, la conciencia de la exclusión padecida, la exclusión real y concreta que se reproduce y pareciera perpetuarse en la vida de estos jóvenes marginaliza sus propias historias y proyectos, los hace invisibles, los fija en el puro presente:

**José:** La historia de la Argentina no influye en mi vida, creo que no. No tiene nada que

ver con lo que voy a hacer cuando me reciba; por ejemplo, si vos estudias *técnico electrónico* no hace falta que sepas la historia de la Argentina. No, creo que no.

**Emely:** No, creo que no. Pienso que si no influye ahora, en el futuro tampoco, no me sirve para nada.

**Isaac:** No. El pasado pisado, volver al pasado me parece estúpido, reflexionar sobre el pasado es algo que no sirve para nada, aquí seguimos siempre igual.

**Johana:** Yo creo que no, mi futuro depende de mí misma, de nada más.

**Rodolfo:** No influye ni en mis deseos, en nada.

La experiencia de todos los días de estos jóvenes trae sus propias urgencias, las mismas que en la mayoría de los casos suspenden, aplazan u obstruyen sus intereses académicos, posibilidades de ascenso social y aspiraciones vitales. La siguiente descripción densa permite ampliar la comprensión de aquello que está siendo obturado, esto es, la posibilidad de un auténtico reconocimiento vinculada a una relación posible y cierta con el conocimiento:

*Cuadro 2. Diálogo con Gabriel.*

**A pocos kilómetros de Buenos Aires y muy lejos de la Argentina**

**Gabriel:** Trabajo en una pescadería. Yo me levanto tres y media de la mañana, entro cuatro y diez, cuatro y cuarto, me esperan los camiones que llegan de Mar del Plata a descargar la mercadería. Y, de ahí, cada uno tiene un puesto en la calle y entonces hay que cargarlo, limpiar todo, dejarlo en buenas condiciones y después a salir a vender. Es como un negocio ambulante.

**Entrevistador:** ¿En qué sector trabajas?

**G:** Y, acá en Solano y después en Quilmes, por todos lados, en Solano la mayoría de las veces. Mi negocio está hasta más o menos una y media de la tarde. Y después viene el camión, los engancha, los lleva y los guarda de vuelta. Y así sucesivamente de martes a sábado. Se cansa mucho el cuerpo en bajar, subir todo el pescado.

**E:** ¿A la una y media te desocupas y te vienes para la escuela?

**G:** Sí, a veces sí, cuando llego, sí. Si trabajo hasta tarde ya no llego, no hago tiempo en ir y volver,

cambiarme. Y, otra, que lo tengo que hacer porque mi mamá perdió el trabajo y yo tengo que pagar el alquiler, los impuestos, todas esas cosas. Entonces, como que ya tengo que empezar a ayudar, o sea, no es que ayudo porque yo quiero, es que así vino la mano. O sea, mi mamá nunca tuvo un trabajo fijo, siempre anduvo que un año trabajaba en un lado, otro año trabajaba en otro, y así. Somos sólo ella y yo, desde que me abandonó mi papá a los cinco años y ahí empezamos a luchar los dos juntos.

Siempre, o sea, siempre anduvimos alquilando en algún lado, de un familiar, un conocido, como que nunca me sentí bien por eso. Cuando yo voy a la casa de alguien no me siento cómodo, como que me siento observado, lo que hacés, lo que dejás de hacer, no me siento.

Estamos alquilando una casa. Hace poquito que también nos mudamos, estábamos en otra donde el terreno ese, según, lo iban a vender, pero era todo mentira, era para que nos fuéramos y poner a otra gente. Me cuida mucho mamá, si me llego a perder o yo la pierdo a ella no sé quién termina peor de los dos, por las cosas, ¿no?, que pasan hoy en día en la calle. Con lo que gano mantengo la casa, por eso es que a veces no puedo venir a la escuela

**E:** ¿Qué piensas hacer cuando termines la escuela?

**G:** Y, si tengo la oportunidad de seguir ahí, voy a seguir ahí en ese trabajo. Tendría más responsabilidad y también podría dormir más. Lo que pasa es que son pocas horas que se duerme, solamente cuando llegan los domingos puedo. Domingo y lunes, donde se descansa más.

**E:** ¿Qué haces cuando no estás en el trabajo o en la escuela?

**G:** Descanso porque el baile no me gusta mucho. Lo que pasa es que, hoy en día, si salís a bailar, creo que salís peleándote. Por nada, porque te miraron mal, porque estás de la forma que no tenés que estar vestido, todas esas cosas. Por la discriminación que hay. Por ahí vos lo mirás y ahí empieza una pelea, por una mirada no más o por un choque, lo golpeaste sin querer y ya salís peleando. Hasta te pueden matar por nada.

Hoy en día, a mí, para entrar, no sé, de basurero, tenés que tener secundario completo. Antes, sólo te probaban y ya trabajabas, ya tenías tu sueldo, ahora, como que te alargan el camino para conseguir un trabajo. Y otra cosa es que antes no te faltaba un plato de comida, y hoy en día se ve a simple vista en las calles. Yo lo viví también porque tuve que salir a pedir.

**E:** ¿Cuándo eras más chico?

**G:** Sí, a los doce años, por ahí. Vivíamos con mi abuela, mi mamá trabajó en una casa, después perdió ese trabajo, se fundió, o sea, la patrona no le pudo pagar más. Bueno, después, de ahí, mi abuela nos echó de su casa –o sea, vendría a ser la mamá de mi mamá–, nos echó y nos fuimos casi llegando a Varela, donde eran todos asentamientos. Y, bueno, ahí vivíamos con una familia y ahí empezamos a ir a Capital. Íbamos en tren, desde la estación de Varela hasta Constitución y ahí empezábamos a caminar, a buscar en los tachos de basura, todas esas cosas.

Y caminaba, de Constitución me iba hasta Once o Retiro, caminaba en toda esa zona, Congreso, todas las partes de Capital Federal, pidiendo, así, en las casas de comida, panaderías, todo. Y donde la gente ya te veía y te conocía y te daba. Pero después, cuando empezó a haber más, más y más gente pidiendo, ya como que perdiste esa zona. Era como que vivíamos a unos kilómetros de Buenos Aires, pero lejos de todo, de la Argentina vendría a ser.

**E:** ¿Cómo imaginas que va a ser tu vida en adelante?

**G:** Si le digo, le miento; la verdad, no sé. Pero con tener lo necesario: una casa, una vivienda y un plato de comida, creo que ya basta, y la paz sobre todo. Creo que con eso uno vive.

A mí me duele ver a un chico que ande pidiendo, porque sé lo que es eso, los que están en la calle, todas esas cosas. O quizás siempre hay que tener una infancia dura para seguir el resto de tu vida, o sea, desde muy chico me tocó vivir creo que lo más malo, nunca una parte buena, siempre el lado difícil. No sé si..., bueno, mala persona no soy, creo que no le hice mal a nadie. Siempre traté de dar lo mejor que pude, no sé, yo soy como soy.

La utilidad simbólica y práctica que los jóvenes le atribuyen a la historia aprendida en la escuela depende no sólo de lo declarado en el presente, en sus relatos, sino también de la conciencia de lo que pueden hacer o no con ello en el futuro: “Reflexionar sobre el pasado es algo que no sirve para nada, aquí seguimos siempre igual” enfatiza Isaac; “No influye ni en mis deseos” nos dice Rodolfo. Al tiempo que las estrategias de sobrevivencia de jóvenes como Gabriel, agotan su eficacia ante la eminencia del cambio de roles al terminar la escuela y les enfrenta a poderosos obstáculos, la mayoría de las veces invisibles. Así, la historia aprendida se torna pasado reproducido y amenaza con reducirse sólo a ello.

La historia cotidiana, el pasado personal es aquí la historia de la no agencialidad, vivencia de los efectos particularmente negativos de aquello que está siendo determinado por otros.

Para los jóvenes que terminan hoy la escuela secundaria en Solano, en cualquier sector marginal del conurbano bonaerense, en tantos otros lugares de la Argentina o de América Latina y que viven una enorme incertidumbre ante un futuro ligado a la precarización del empleo y a la creciente restricción de oportunidades de acceso a la educación superior, la historia, la nación y la historia de la nación son abstracciones muy distantes de la experiencia de todos los días. En franco abandono de propósitos societales, la actual versión del Estado-nación mínimo reduce la adscripción nacional al nacimiento o permanencia de las personas en un determinado territorio y a su vinculación afectiva con símbolos y relatos patrios auto-celebratorios, pero a la vez desprovistos de metas comunes o de alguna idea de proyecto compartido.

#### **4. La esquiua nación.**

El modelo económico vigente promueve en el sujeto que transita los márgenes de la nación y de su historia, es decir, en el ciudadano nominal, la capacidad de optar por las prácticas sociales que mejor se acomoden a sus preferencias. Éste, se supone, es libre de elegir qué consume y qué no de acuerdo con sus propias posibilidades. Quienes mayormente se encuentran desposeídos de capital económico y cultural tienen claramente restringida esta “libertad” y como alternativa podrán recurrir a prácticas sociales residuales, a formas locales de ejercicio de la solidaridad.

La sociedad de consumo realmente carece de nación, se materializa, cuando mucho, en territorios de consumo. Para Svampa (2005) en los países periféricos, al imponerse un esquema de crecimiento económico disociado del bienestar del conjunto de la sociedad –lo que ella denomina sociedad excluyente– se produce, a la vez, modernización económica y polarización social, esto es, un abandono de cualquier tipo de referente identitario que desemboque en acciones de mejora de las condiciones de vida de los más afectados por dicho esquema.

La actual situación social de la región señala una progresiva pérdida de lazos sociales comunales, supremacía de un individualismo cerrado desde el cual se construyen proyectos de vida casi exclusivamente movidos por anhelos de autorrealización, auto-superación o supervivencia, con escasa o nula apelación a proyectos compartidos. Según Svampa (2005):

La sociedad contemporánea exige que los individuos se hagan cargo de sí mismos y que, independientemente de sus recursos materiales y simbólicos, desarrollen los soportes y las competencias necesarias para garantizar su acceso a los bienes sociales (...) a diferencia de los países del centro, altamente desarrollados –en donde los dispositivos de control público y los mecanismos de regulación social suelen ser más sólidos, y los márgenes de acción política, más amplios–, en las sociedades del capitalismo periférico tradicionalmente las dificultades de “devenir- individuo” han sido mayores, con lo cual la implantación de un nuevo orden liberal profundizó los procesos de marginalidad y desintegración social pre-existentes, multiplicando las desigualdades y las formas de la pobreza. (...) El proceso de desregulación e individualización no sólo significó el declive y la fragmentación (política y social) de la ciudadanía, sino también la legitimación generalizada de los modelos de ciudadanía restringidos, que no poseen un alcance universalista ni aspiraciones igualitarias. Antes bien, estos modelos establecen las nuevas condiciones de acceso a bienes y servicios sociales básicos dentro de la lógica del mercado, el nuevo escenario confronta a los individuos con la exigencia de tener que procurarse el acceso a ciertos bienes y servicios básicos, que antes estaban total o parcialmente garantizados por el Estado, sin que en esta redefinición del contrato social importen los recursos y capacidades, materiales y simbólicos, con que cuentan los sujetos (pp. 78-79).

Con la renuncia tácita a la idea del desarrollo social –equitativo, justo– cuestiones como la desigualdad quedan completamente relegadas de la agenda pública del Estado, quizás mucho más interesado en mantener una frágil gobernabilidad –en una época en la que la dinámica del mercado apenas si le permite margen de acción– que en apostar por algún tipo de integración social incluyente. Es en este contexto en el que prevalecen criterios eficientistas de gestión conformes a una racionalidad economicista e instrumental (Apel, 1989). Ello, más que ser un asunto meramente simbólico, ha significado el desmonte del Estado-nación de sus responsabilidades políticas relacionadas con la generación de condiciones de igualdad, justicia, inclusión social y solidaridad (Habermas, 2000).

La consecuencia de esta acentuada condición de orfandad de los nacionales es, en buena medida, la resistencia del ciudadano a ser apartado de los beneficios residuales que aún le ofrece el Estado-nación. Pero, justamente, al ser éstos cada vez más escasos, generan

demandas parcializadas, las más de las veces mediante actuaciones sectarias. Esto que podría denominarse esencialismo cívico suele traducirse en discriminación, racismo, xenofobia o cualquier otra expresión de un nacionalismo vernáculo que se creía erradicado o atenuado, en principio, a partir de las políticas más progresistas de observancia y respeto de los derechos humanos universales, promovidos, especialmente, a través de las reformas constitucionales de las últimas décadas en los países de la región.

Cada vez más separada de fines sociales, comunales, incluyentes y solidarios, la nacionalidad se construye y define hoy en medio de un enorme mercado de bienes simbólicos y a partir de nuevas hegemonías supra- estatales. Así, la emergencia de formas subalternas de habitar el mundo y de posicionar proyectos de vida individuales y colectivos por parte de comunidades indígenas, minorías étnicas históricamente excluidas, inmigrantes y sectores poblacionales crecientemente marginales, suele ser vista desde el nuevo imaginario social global deslocalizado como fenómeno curioso, “interesante”, esto es, bajo la lente de un culturalismo superficial, un exotismo *light* que impide tomarse en serio toda exigencia de reconocimiento proveniente de dichos grupos. Así, opera un proceso de despolitización de la voz y las reivindicaciones de quienes marchan siempre por fuera de los centros de poder y las esferas de decisión política, en los bordes de la sociedad, aunque sus fronteras existenciales y habitacionales ya cubran la mayor parte de los territorios nacionales.

El imaginario social de la grandeza de la nación, reproducido en y desde la escuela, en relación con la idea de progreso vinculado al mundo del trabajo, el acceso a la educación formal a lo largo de la vida y a la movilidad social, no se encuentra clausurado del todo en la vida de estos jóvenes, pero es realmente un imaginario lejano de su cotidianidad, de su experiencia de todos los días.

Veamos ahora las representaciones gráficas que sobre la nación propia llevaron a cabo a cabo 19 chicos, pertenecientes a uno de los grupos con los que se adelantó el estudio. Aquí confluyen, igualmente, lo aprendido y lo vivido, aunque, también, lo tangible y lo posible.

Estas representaciones quizás puedan sintetizar o complementar algunos de los hallazgos más relevantes arriba expuestos. Como es sabido, la imagen muchas veces dice cosas que la palabra oral o escrita no siempre logra expresar, sin embargo, la pretensión original en este apartado del estudio ha sido contar con un recurso de apoyo a los relatos, una ilustración, mediante otros medios, de lo allí significado, mediante la cual los chicos también dan cuenta

de la manera como viven su nación, de como construyen el transito de ida y regreso entre el aprendizaje de la historia y la experiencia de todos los días.

**Ilustración 1.** La nación propia según Noelia.



*Noelia:* Hice un mapa de Argentina en forma de bife, porque es algo muy de acá de los argentinos un buen bife, pero es como unos pocos se quieren comer la mejor parte y no dejar nada para los demás.

**Ilustración 2.** La nación propia según Gabriela G.



**Gabriela G.:** Yo quise expresar la nación con la bandera argentina. Ésta representa a los argentinos. El sol es más grande, por el esfuerzo de cada una de las personas que habitan este suelo y las manchas negras representan los momentos malos y turbios que tuvo nuestro gobierno.

**Ilustración 3.** La nación propia según Paola.



**Paola:** Lo que quise explicar en la pintura es que una nación se forja del pasado, o sea, la nación necesita una base para formarse. Si nosotros no respetamos a nuestro pasado en el sentido de olvidar los valores dados por nuestros próceres, no vamos a saber respetar nuestro presente y menos saber qué hacer con el futuro de nuestra nación. Y muestro que hoy en día puede ser que nos acordemos de nuestros grandes próceres, pero no rescatamos lo que ellos quisieron dejar como legado a nuestra nación. Por eso puse a San Martín, porque por más que sea el prócer que la mayoría de la gente recuerda, no se pudieron quedar sus valores: valentía, libertad, opinión propia, ideología propia, lucha ante los opresores, inteligencia, astucia y sobre todo: amor a la nación.

**Ilustración 4.** La nación propia según Belén.



**Belén:** En mi dibujo yo critico la desvalorización del gobierno por todos los habitantes argentinos que consideran como un símbolo patrio a una persona (en este caso Roca) que hizo mucha maldad. No descarto que también hizo cosas buenas por este pueblo, pero lo consideran como símbolo a esta persona que para conseguir lo que quería pasó sobre todo y no le importó nada, y desvaloriza lo bueno del gaucho como un vago (que no es nada de eso). El gaucho sólo buscaba y buscó la libertad.

**Ilustración 5.** La nación propia según Sonia.



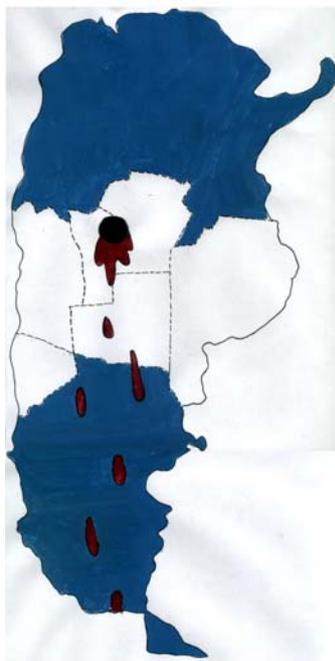
*Sonia:* Desde mi punto de vista la Argentina está perdiendo su libertad poco a poco, ya que pasó por distintos malos tratos. Las cadenas y el candado representan que la sociedad está presa de las cosas que disfrutaba anteriormente y cada vez depende de otros países.

**Ilustración 6.** La nación propia según Jessica.



*Jessica:* Es la forma de representar la nación en este momento, la inseguridad nos ataca en cualquier momento y en cualquier parte del país.

**Ilustración 7.** La nación propia según Daniela.



*Daniela:* Yo quise expresar la violencia, el maltrato en general, es decir, desde el gobierno hasta lo que está pasando en el mundo.

**Ilustración 8.** La nación propia según Soledad.



**Soledad:** Yo en este trabajo quise representar lo que sucede en nuestro país: la mayor parte es la pobreza: la parte de la bandera rota y más grande y la menor parte: la riqueza. En esta bandera estos dos grupos se encuentran separados pero a su vez unidos por una costura, con esto quiero decir que la población de la riqueza no le da importancia a la pobreza, sólo le importa la plata, pero aunque quieran separarse de este grupo no pueden porque representan y conforman un mismo país.

**Ilustración 9.** La nación propia según Daniel.



**Daniel:** Quiero representar el consumismo en nuestro país, la pérdida del amor a la Argentina, como se vive ahora el patriotismo.

**Ilustración 10.** La nación propia según Gastón.



**Gastón:** Decidí hacer cultura nacional y como el mate, en mi punto de vista es consumido por el 99 % de la sociedad argentina, que mejor que poderlo utilizar como imagen de este trabajo. Es por eso que decidí dibujarlo como una foto blanco y negro y en las partes blancas poner rosado, las estrellas y los rayos del sol como si tuviera brillo, estilo, magia.

**Ilustración 11.** La nación propia según Melisa.



**Melisa:** Este trabajo representa el mate, muy importante para nosotros, con las banderitas de Argentina y a Mirta (conocida conductora de programas de televisión) tomando mate, como con un estilo muy pop, como una mezcla de cosas que la gente reconoce.

**Ilustración 12.** La nación propia según Cintia.



*Cintia:* Lo que quise expresar en mi dibujo es el orgullo por la Argentina y un ejemplo es el dulce de leche.

**Ilustración 13.** La nación propia según Florencia.



*Florencia:* Hice el mapa de Argentina con distintas banderas, refiriéndome a la diversidad que hay en Argentina, por la cantidad de extranjeros que habitan en nuestro país.

**Ilustración 14.** La nación propia según Carlos.



*Carlos:* Hice el obelisco porque es algo que representa a Argentina, vendría ser como lo que más se ve en la televisión y en todo cuando se pasa a Buenos Aires.

**Ilustración 15.** La nación propia según Christian.



*Christian:* Lo que quise expresar es que en la Argentina las drogas son demasiado accesibles y que gran parte de los ciudadanos (mayormente los adolescentes) lo toman como si fuera algo común, que es divertido, como si fueran golosinas.

**Ilustración 16.** La nación propia según Sabrina.



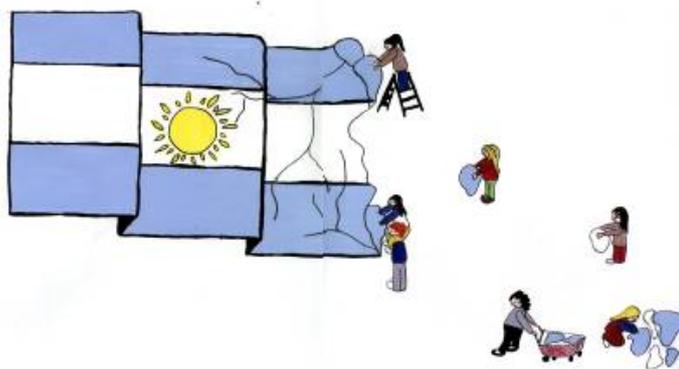
**Sabrina:** Quise representar el conflicto por las papeleras. Los presidentes se juntaron públicamente diciendo que todo se va a solucionar porque los países hermanos no se pelean. Mi crítica es hacia la falsedad entre los presidentes porque al verse públicamente se dan las manos y en mi opinión después hablan uno del otro a las espaldas, mintiendo, siendo los que tiene que dar ejemplo a la nación.

**Ilustración 17.** La nación propia según Néstor.



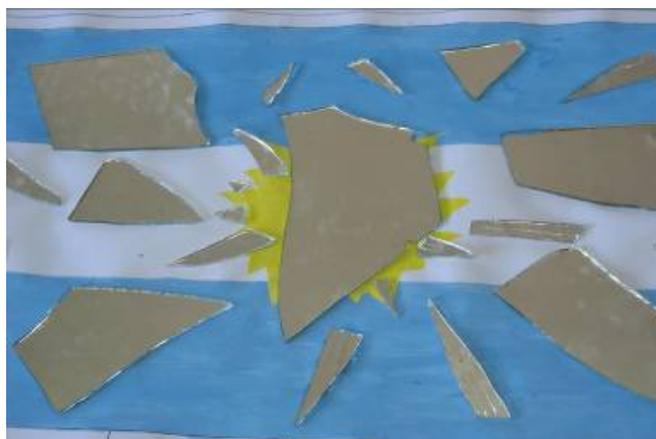
**Néstor:** Lo que quise representar es la crítica que hago acerca de que los jóvenes estudiantes dejan sus estudios y se ponen a trabajar. Por eso están las palas y los martillos que dañan al lápiz, que no dejan seguir estudiando.

**Ilustración 18.** La nación propia según Norma.



**Norma:** La imagen de nación está representada de la siguiente manera: con sus quebraduras y sus partes que le faltan, es porque la nación después de las cosas que le pasaron: guerras, golpes de Estado, mal manejo de la política y todo, se fue poco a poco destruyendo y las personas que se ven en el dibujo representan a la sociedad que quiere, desde mi punto de vista, tratar de mejorar lo que se perdió.

**Ilustración 19.** La nación propia según Lucas.



**Lucas:** El trabajo representa todos los problemas que tuvo el país, como se quebró. Pero si uno se da cuenta en esos pedazos de espejo uno ve lo que quiere ver, ve cosas buenas o malas, porque en este espejo se refleja Argentina, o sea, nosotros. Tratemos de que siempre se refleje lo bueno.

Las biografías de los jóvenes, sus historias cotidianas, son asumidas aquí como historias sin posibilidad de cambio radical, como pasados que han tenido que trasegar los efectos particularmente negativos de lo que es y ha sido siempre determinado por otros.

Recuperar y discutir con los estudiantes nuestros –sus– propios relatos sobre la relación entre la nación aprendida y la nación vivida, sus imaginarios y aprendizajes puede resultar una alternativa pedagógica interesante, no sólo en dirección a una mejor comprensión de la historia en la escuela, sino también como forma de resistencia a todo lo que ideológicamente persiste en ser naturalizado. La imagen de la nación propia como el mapa y el espejo

fragmentado de la ilustración de Lucas resulta muy sugerente como invitación a imaginar la nación, al tiempo, desde la potencial unión de sus pedazos, como en lo que refleja, de manera independiente, cada una de sus partes.

### **Consideraciones finales**

Los relatos de nación conjugan elementos de carácter cognitivo, afectivo, moral y político. Aunque en ocasiones los procesos de enseñanza de las ciencias sociales y la historia y las experiencias de investigación suelen privilegiar uno de estos elementos sobre los otros (p.ej., el cognitivo sobre los demás) su configuración depende de la articulación de todos ellos.

Como pudo notarse, la complejidad y riqueza de los relatos de nación está relacionada, además con: a) el desarrollo de posturas críticas frente a la historia aprendida y por aprender, b) la capacidad de justificar posturas morales subyacentes a dichos aprendizajes y c) la capacidad de extraer orientaciones prácticas para la vida, esto es para el presente y para el futuro.

La comprensión de contenidos históricos por parte de los jóvenes actores de este estudio y que personifican una condición socio-económica de exclusión no es anecdótica o superficial, es sumamente compleja en términos de las implicaciones éticas y políticas que los chicos de allí derivan. Se ha señalado que las ideas y creencias que las personas construyen sobre su propia nación tienen una fuerte capacidad de cohesión simbólica y social (Anderson, 1983/2006; Carretero, 2007; Gellner, 1993; Hobsbawn, 1990/2004; Margalit, 1997/2003; McKim, 1997/2003; Seixas, 2007, entre otros) Tal efecto se presenta de manera particularmente intensa en estos jóvenes que en otros sectores poblacionales, aunque pueda resultar paradójico si se tiene en cuenta que no reciben casi nada de su Estado-nación. Ello se explicaría a partir de un intento de resolver una necesidad de integración, al menos simbólica, al constructo nosotros nación. En buena medida, debido, igualmente, a eficacia de los procesos de identificación que promueve la enseñanza de la historia en la escuela.

La manera como se construyen significados de nación en la escuela, en contextos de marginalidad, propicia en los jóvenes ideas particularmente defensivas de nación, nacionalidad y ciudadanía, lo cual tiene consecuencias en términos de dificultar o impedir que los sujetos

establezcan relaciones propositivas y vinculantes de las esferas personal, social y política en sus vidas cotidianas y en relación con sus expectativas de futuro en la sociedad nacional de la que hacen parte.

Las ideas defensivas de nación y ciudadanía se relacionan, además, con un tipo de aprendizaje de la historia que simplifica los acontecimientos históricos y el rol de sus actores a un esquema dicotómico: héroe-villano; opresor-oprimido; buenos-malos; vencedores-vencidos. Dichos esquemas contribuirían a su vez, en estos actores, a la naturalización de relaciones inclusión-exclusión y a su pasiva legitimación. Esta forma de aprendizaje de la historia, señalan algunos investigadores (Gergen, 2005; VanSledright, 2008) contribuye a la reproducción simbólica de relaciones de dominación, postergando o suspendiendo indefinidamente cualquier pretensión o iniciativa de justicia social y equidad.

Aunque tales ideas defensivas no estarían presentes de manera exclusiva en este tipo de grupos sociales, probablemente sea en él donde mayor impacto social alcanzan, dada la tendencia a la aceptación pasiva que generan entre las personas.

El imaginario de nación que emerge de la estructura moderna del Estado- nación es el resultado de la complementariedad de las ideas de defensa y proyecto, en su orden, lo que se considera necesario conservar: historia común, identidad nacional, cultura política; y lo que se requiere promover y desarrollar a futuro: ideales de progreso, destino compartido, justicia social. Estos elementos, uno de carácter conservadurista y otro progresista, se mantienen en permanente tensión.

Un horizonte ético-político en la nación por construir es una idea verdaderamente fecunda si mantiene y actualiza las demandas de justicia social, primero al interior de ese nosotros escindido y luego, en el camino hacia una figuración no amenazante del ellos simbólico requerido en la propia definición.

Si las naciones o mejor sería decir, los estados nacionales, tienen aún algo que ofrecer a sus ciudadanos en términos identitarios, más allá de los elementos simbólicos para el establecimiento y mantenimiento de la diferenciación nosotros-ellos, esto ha de pasar por la generación de instrumentos para la comprensión de la historia de dicho proceso, lo que por supuesto atañe de manera relevante al mundo de la escuela, a los contenidos que allí circulan, a las mediaciones pedagógicas empleadas y a las orientaciones morales que le dan sustento.

## Referencias

- Anderson, B. (1983/2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Apel, K.O. (1989). La situación del hombre como problema ético. En X. Palacios y F. Jarauta (eds.), *Razón, ética y política*. Barcelona: Anthropos.
- Barton, K. y Levstik, L. (2004). *Teaching History for the Common Good*. New Jersey: Earlbaum.
- Carretero M. (2007). *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global*. Buenos Aires: Paidós.
- Gellner, E. (1993). *Nations and Nationalism*. New York: Cornell, Ithaca.
- Gergen, K. (2005) Narrative, Moral Identity, and Historical Consciousness. En J. Straub (ed.), *Narration, Identity, and Historical Consciousness*. New York – Oxford: Berghahn Books.
- Habermas, J. (2000). *La constelación posnacional. Ensayos políticos*. Barcelona: Paidós.
- Hobsbawn, E. (1990/2004). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Kriger, M. (2007). *Historia, Identidad y Proyecto: un estudio de las representaciones de jóvenes argentinos sobre el pasado, presente y futuro de su nación*. Tesis doctoral aprobada ante FLACSO, Argentina.
- Margalit, A. (1997/2003). La psicología moral del nacionalismo. En R. McKim & J. McMahan (comps.), *La moral del nacionalismo, 1*. Barcelona: Gedisa.
- McKim, R. (1997/2003). La identidad nacional y el respeto entre las naciones. En R. McKim & J. McMahan (comps.), *La moral del nacionalismo, 2*. Barcelona: Gedisa
- Ricoeur, P. (2000/2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Ruiz Silva, A. (2009). *La nación en los márgenes. Estudio de los elementos de carácter representacional, moral y político en relatos de nación de jóvenes de últimos grados de secundaria, de una escuela pública, en el conurbano bonaerense*. Tesis Doctoral aprobada ante FLACSO, Argentina.

- Ruiz Silva, A. (2011). *Nación, Moral y Narración. Imaginarios sociales en la enseñanza y el aprendizaje de la historia*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Rüsen, J. (1999). El desarrollo de la competencia narrativa en el aprendizaje histórico. Una hipótesis ontogenética relativa a la conciencia moral. *Propuesta Educativa*, 7, 27-36.
- Rüsen, J. (2001). A constituição narrativa do sentido histórico. *Razao histórica. Teoria da história: os fundamentos da ciencia histórica*. Brasília: Editora Universidade de Brasília.
- Rüsen, J. (2005). *History: Narration -Interpretation- Orientation*. New York: Berghahn Books.
- Seixas, P. (2005). Historical Consciousness: The Progress of Knowledge in a Postprogressive Age. En J. Straub (ed.), *Narration, Identity, and Historical Consciousness*. New York – Oxford: Berghahn Books.
- Seixas, P. (2007). Who Needs a Canon?. En M. Grever and S. Stuurman (eds.), *Beyond the Canon. History for Twenty-first Century*. New York: Palgrave MacMillan.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Todorov, T. (1991/1993). *Las morales de la historia*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, T. (1995/2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- VanSledright, B. (2008). Narratives of Nation-State, Historical Knowledge, and School History Education. *Review of Research in Education*, 32, 109–146.
- Von Borries, B. (1994). (Re-)Constructing- history and moral judgment: on relationships between interpretations of the past and perceptions of the present. En M. Carretero y J. Voss (eds.), *Cognitive and instructional processes in history and the social sciences* (pp. 339-356). Hillsdale - New York: Erlbaum.
- White, H. (2003). Hecho y figuración en el discurso histórico. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.

**Los medios hablan de los jóvenes... y ellos responden**

**Florencia Saintout**

**Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP**

## Resumen

En el presente trabajo se explicitará una perspectiva sobre los Medios de Comunicación y sobre los modos en que éstos hablan de las juventudes en Argentina.

Los medios ni crean la realidad ni la representan: contribuyen a su existencia, modelando sentidos preexistentes a sus representaciones. Nada de lo que se dice en los medios está por fuera del espacio social, de sus relaciones de fuerza, ni de los movimientos de construcción de hegemonías y contrahegemonías de un determinado momento histórico.

El poder mediático ha radicado -y radica- en tres cuestiones que están inextricablemente enlazadas: el alcance masivo que se sostiene en el gran público; que son actores empresariales que se han concentrado en monopolios; y que no son cualquier empresa, puesto que su materia es significativa: producen sentido.

Desde los medios, se nombra a los jóvenes de tres maneras, que conviven complementándose y reafirmando, y que retomaremos para agregarle una nueva elaboración sobre la relación juventud/política: a) Los jóvenes exitosos, ligada a la idea del joven consumidor; b) los jóvenes desinteresados; y c) los jóvenes peligrosos. Ellos, a su vez, decodifican y se apropian de estos discursos de diversos modos, que dividiremos en tres tipologías: a) lecturas dominantes o preferenciales, b) lecturas negociadas y c) lecturas que resisten.

Por último, repasaremos cuatro relatos mediáticos dominantes sobre la relación de los jóvenes con la política hoy: 1) los que no pueden, 2) los (mal) interesados, 3) los inocentes y 4) los irracionales.

Voy a comenzar esta presentación explicitando una perspectiva sobre los Medios de Comunicación, y los modos en que éstos hablan de las juventudes en Argentina.

Ni los medios de comunicación construyen la realidad, ni ésta habilita cualquier tipo de construcción. Más allá de lo que hayan enunciado con vehemencia los giros posmodernos, lo que llamamos “realidad” no permite ser narrada con cualquier relato y tampoco es producto únicamente del lenguaje. Sin embargo, tales afirmaciones de ninguna manera pueden hacernos pensar que los relatos traducen una verdad sin fisuras y que la realidad empírica exista absolutamente por fuera del lenguaje, o que pueda ser objetivamente mostrada por él.

Los medios, entonces, ni crean la realidad ni la representan: contribuyen a su existencia, modelando sentidos preexistentes a sus representaciones con mayor o menor influencia. Nada de lo que se dice en los medios está por fuera del espacio social, de sus relaciones de fuerza, aunque afirmar esto no implica pensar que los medios se limitan a una traducción lineal de lo que ocurre en un espacio social imaginado por fuera de ellos. Éstos forman parte de ese entramado, contribuyen a crearlo. Son actores que, junto a otros, se disputan la capacidad legítima de nombrar “verdaderamente el mundo”. Pero lo hacen desde una posición privilegiada, especialmente en el último siglo y con mucha presencia en las últimas décadas, cuando se habla de sociedades mediatizadas, lo que implica pensar en sociedades donde cada una de las prácticas, de manera directa o indirecta, con mayor o menor fuerza, están atravesadas por alguna dimensión de lo mediático.

Este poder ha radicado -y radica- en tres cuestiones, al menos, que están inextricablemente enlazadas.

En primer lugar, por el alcance masivo que se sostiene en el gran público –aparentemente fragmentado o no- y en un sistema comunicacional que permite el infinito juego de espejos, de reproducción de las imágenes y relatos moldeados por ellos.

En segundo lugar porque son actores empresariales que en las últimas décadas han acumulado capital, tanto material como simbólico, de una manera escandalosamente desigual con respecto a otros actores. Han concentrado creando monopolios, oligopolios, atentando contra derechos - incluso liberales- como es el derecho a la información y contra derechos

nada liberales como es el derecho a la comunicación de los pueblos<sup>1</sup>. Esta acumulación, totalmente desmedida con respecto a otros actores, sólo es explicable en el contexto de unas políticas neoliberales implementadas para toda la región, y sostenidas sobre la idea del achicamiento del estado de bienestar y de todo marco regulatorio sobre el orden de las comunicaciones que no fuera el del mercado mismo. Las empresas de comunicaciones concentraron capitales como nunca antes en la historia y obtuvieron un posicionamiento injusto y desigual con respecto a los demás a la hora de su capacidad para nombrar la verdad.

En tercer lugar, los medios ocupan un lugar privilegiado en la construcción del sentido social porque no son cualquier empresa, sino que son empresas cuya materia específica es la materia signifiante: producen sentido. No producen automóviles, no producen zapatos, no trabajan con petróleo, sino que producen sentido. A través de mecanismos de focalización; deshistorización y rehistorización; de descontextualización o recontextualización, los medios construyen lo que se llama “la información sobre la realidad”. Clasifican la realidad, de un modo que oprime, menos por lo que no permite decir de ella que por lo que obliga a decir de ella.

Sin que necesariamente sea que mientan -aunque muchas veces lo hacen- la información se presenta con la forma de los intereses que sostienen, siendo funcional a ellos. Y si la información como noticia producida industrialmente ha tenido que ver con la historia moderna de la expansión del mercado -en momentos históricos de primacía del capital por sobre otras esferas de la vida- la información tiene valor de mercancía. Así, la dupla información/ciudadanía muta a la de vendedor/comprador que ha sido la dominante en tiempos liberales de mercado.

Entonces, y con el objeto de avanzar en los modos que tienen los medios de hablar de los jóvenes, sintetizaré qué entendemos por medios en este capítulo:

a) A los medios masivos como sistema de medios dominante (lo que no quiere decir que no existan medios alternativos, pero me interesa ver justamente el sistema de medios que tiene capacidad para construir discursos hegemónicos, “verdaderos”, legítimos).

---

<sup>1</sup> Y han acumulado ese capital con las manos manchadas, es decir, de las maneras más siniestras. Además de los casos donde han quebrado la ley, vale decir que en la mayoría de nuestros países lo han hecho de manera ominosa, comprometidos en ocasiones con crímenes de lesa humanidad inclusive.

b) A los medios como actores históricamente situados que, junto a otros actores, disputan la capacidad de nombrar el mundo, es decir, de naturalizar una verdad como LA verdad (que incorporada como sentido común cada uno de los miembros de la sociedad vivirá como verdad propia).

c) Es así como entonces los medios no son sólo medios -entendidos como conductos, vías, transmisores-, no son meros instrumentos que reflejan la realidad; sino que contribuyen a crear esa realidad, puesto que disputan determinada posición en el espacio social junto/contra otros actores o agentes sociales.

d) Los medios modelan de acuerdo a sus intereses -que son históricos, es decir, situados, y en la actualidad, básicamente ligados a la reproducción del capital- aquello que está ya presente en la cultura y la sociedad. Aquello que se dice en los medios no es puramente originario de los mismos.

e) Los medios tienen una posición privilegiada a la hora de construir relatos sociales por sobre otros actores.

f) Por lo tanto, analizar el discurso de los medios no es una cuestión sólo de medios, no es hablar sólo de los medios sino de los movimientos de construcción de las hegemonías y las contrahegemonías en un determinado momento histórico.

### **¿Cómo es que desde los medios se nombra a los jóvenes? ¿Qué dicen de ellos?**

He trabajado hace unos años sobre tres tipologías que son actuales y que retomaré de manera breve para agregarle ahora una nueva elaboración sobre la relación juventud/política. Las tres conviven complementando y reafirmandose mutuamente: no hay pluralidad de discursos, hay polisemia, que no siempre es lo mismo.

Ellas son: a) Los jóvenes exitosos; b) los jóvenes desinteresados; c) los jóvenes peligrosos

**a) *Los jóvenes del éxito: ligada a la idea del joven consumidor.*** Son los jóvenes de la publicidad, de los programas de la tarde, los “casi ángeles”, que aparecen hablando en primera persona, esos que responden sin lugar a dudas a los modelos hegemónicos de belleza mundializados, cuyos problemas principales -o aquellos que son presentados como sus problemas principales- son conflictos puramente subjetivizados, sin referencia a los entornos

sociales o políticos. El yo puesto en primera persona y a partir de allí las relaciones con sus pares, con sus adultos.

Este tipo de joven es un joven visto como exitoso, como aceptable. Es un joven posible e incluso deseable para nuestras sociedades. Este modo de nombrar la condición juvenil constituye claramente aquel que el modelo político-económico neoliberal necesita para su reproducción y desde los dispositivos infocomunicacionales se refuerza y multiplica en infinito juego de espejos a través de diferentes relatos.

Una figura que completa a estos “casi ángeles” de las telenovelas de la tarde o de la publicidad, es la figura del joven modelo. Generalmente en las revistas dominicales o en el último segmento del noticiero, como nota de color, de vez en cuando aparece la noticia de un chico que, por ejemplo, “devolvió una valija de dinero que encontró”, o que “cuida a sus abuelitos”, o que es “el mejor alumno a pesar de vivir en la más extrema pobreza en una región olvidada por la humanidad”, es decir, que aunque no se espera que lo sea -porque no se espera nada de los jóvenes, podríamos decir- es tipo de comportamiento para los otros jóvenes que no lo son: así es que funciona la idea de modelo.

**b) *Los jóvenes desinteresados.*** Cotidianamente se presenta a los jóvenes como desinteresados, como perdidos. Se dice que nada les interesa, y esta “nada” claramente tiene que ver con la idea de que no les interesa nada de lo que les interesó a las generaciones anteriores: la política, transformar el mundo, la solidaridad.

Si el anterior modo de nombrar a los jóvenes como exitosos tenía que ver con géneros ficcionales y publicitarios, la idea de los desinteresados aparece en las noticias y en los llamados informes especiales. Particularmente desde la televisión, nos bombardean con informes donde los jóvenes se drogan, se emborrachan, vomitan en las veredas, están sin rumbo, asumiendo que las generaciones anteriores tuvieron objetivos y que a éstos les falta.

Los jóvenes se presentan como apáticos, individualistas, distanciados de las problemáticas sociales, perdidos en un ocio eterno, y finalmente entonces como propensos y disponibles al descontrol. Es allí donde radica el temor y la necesidad del rescate. Porque la idea de que están perdidos genera malestar, pero a la vez estos jóvenes todavía, se piensa, son posibles de ser rescatados, encaminados, vueltos al rumbo. Y cuando se piensa en esto, se piensa en la necesidad de más padres, de más escuela, e incluso en ocasiones, de más policía. El conjuro ante el desinterés es la propuesta de mayor control sobre ellos.

c) **Los jóvenes peligrosos.** Finalmente, el joven que aparece con mayor presencia en los medios es el que se construye como el peligroso.

Desde el discurso de la Seguridad Ciudadana, que se mantiene a modo de sentido común y en las instituciones policiales más allá de las críticas a las políticas de Tolerancia Cero, se van construyendo relatos e imágenes en torno a la centralidad de unos jóvenes que, se dice, no tienen nada que perder y por lo tanto son incontrolablemente peligrosos para el resto de la sociedad. Que son capaces de romper una vidriera pero también utilizar esa misma capacidad para robar y matar.

Los medios tienen un particular ensañamiento sobre los jóvenes pobres, fundamentalmente varones. De ellos ni siquiera se hablan como si fueran jóvenes: son menores, son chorros, son delincuentes. No son jóvenes para ellos. Sin embargo la juventud es una marca sociocultural - no todos los jóvenes son iguales- pero también etaria - todos los que biológicamente tienen una moratoria vital más amplia son jóvenes-. Entonces, los medios se olvidan de que son jóvenes. Se los ve como lo podrido, lo causante del deterioro de la sociedad. De estos jóvenes nada se espera. Aterrorizan, ya no sólo incomodan y no es posible rescatarlos como a los desinteresados. El conjuro aquí es la extirpación del espacio común.

Los primeros jóvenes eran casi ángeles. Estos son los desangelados. Los proscriptos.

Según el informe: *Los jóvenes en los medios, cartografías de las narrativas mediáticas*, elaborado por el Observatorio de Juventud y medios de la UNLP (2011):

Ya sea como víctimas o victimarios, los y las jóvenes aparecen en los medios ligados a casos de violencia. Un claro correlato de esto es que la sección donde mayor cantidad de noticias sobre jóvenes aparecen, en términos generales, es la policial. En este contexto cabe preguntarse quiénes son las voces que aparecen en las narrativas mediáticas cuando se habla de jóvenes. De manera coherente con el panorama planteado, la abrumadora mayoría de voces proviene del ámbito judicial, ya sean jueces, fiscales, defensores o voceros. Aún más, luego del ámbito judicial las voces más escuchadas por los medios son las policiales y las de funcionarios públicos de diferentes instancias del Estado, ya sea nacional, provincial o local. Muy relegadas aparecen las voces de los y las jóvenes, protagonistas centrales de las noticias abordadas, y cuando aparecen, aparecen incluso después de las voces de sus propios familiares.

Así, estos jóvenes hijos de más de una generación de ciudadanías precarias o inexistentes, se van narrando desde mecanismos de deshistorización y descontextualización: están simplemente allí. Es decir, pareciera que siempre hubo excluidos y siempre los habrá, entonces esa es una condición natural que no es necesario problematizar, en la que quedan como responsables y causantes de los miedos más tremendos de la sociedad. Son los sujetos del pánico moral.

Para eso el trabajo de las imágenes, más que el de las cifras o los argumentos, son absolutamente funcionales. Las imágenes, que apelan a la emoción más que a la razón, conmocionan y son claramente efectivas a la hora de la presentación de una otredad amenazante. En éstas se actualizan todos los dispositivos racistas y clasistas para crear estereotipos donde se sedimentan las justificaciones históricas de la segregación, reconociéndolas y desconociéndolas al mismo tiempo. El poder simbólico, ese poder que radica en la capacidad de hacer cosas con palabras -y con imágenes- de unos sobre otros, se utiliza para nombrar a unos jóvenes como la “mierda social” sin utilizar la palabra mierda. Lo execrable, el desecho, lo mugriento, lo oloroso (Bauman, 2005). Un poder que es simbólico, que se juega en la cultura como verdad -se reconoce-, pero que es a la vez histórico, que se ha construido a lo largo de la historia, que no es nada natural -aunque este carácter se desconozca, se oculte-.

Los jóvenes de sectores populares, sus modos de vestirse, de hacer música, de escucharla, los territorios, sus prácticas, en fin, sus estilos, son puestas en escenarios de violencia, narrados bajo el relato de la violencia. A veces un caso sirve de caso testigo, de muestra para hacer de ello una ley general. A veces ni siquiera hay caso: hay la certeza de una masa sin nombre agazapada y dispuesta a atacar en un mundo que se divide entre ciudadanos víctimas y fieras no ciudadanas, sin derecho a nada. Y todo eso en un orden televisivo que pasa del entretenimiento a la noticia y de la noticia al entretenimiento, en un entramado en dónde los límites entre una y otra se van borrando a la manera de un mareo tan sostenido e imperceptible que acomoda hasta la náusea.

Los medios, y especialmente la televisión, ejercen una especial capacidad en nuestras sociedades contemporáneas de desarrollar lo que Eugenio Zafaroni (2011) ha denominado la criminalización mediática: los jóvenes pobres son culpables por ser jóvenes pobres. En su libro, *La palabra de los muertos*, el jurista desarrolla los mecanismos a través de los cuales la

televisión va construyendo a la otredad peligrosa para condenarla. En este sentido, el autor agrega que si bien la enorme mayoría de ellos no ha cometido ningún crimen, se los proyecta a todos como potenciales delincuentes, alegando que nunca sabremos cuándo pasarán de la acechanza a la acción, pero asegurando que lo harán; por eso ellos son malos y temibles y nadie debe asumir su defensa ni discutir lo que muestra la imagen, que es la única realidad mediática.

Este es un mapa que por supuesto no es patrimonio de la Argentina, sino que forma parte de la victoria cultural de la doctrina de Seguridad Ciudadana y que hoy se actualiza bajo distintas formas, todas siniestras<sup>2</sup>.

Esto sucede porque, más allá de las decisiones de algunos gobiernos de ir en una dirección distinta, e incluso contraria como es el caso de Argentina, sigue existiendo un sentido común, una cultura que los medios –y especialmente la televisión- reafirman cotidianamente, en donde la idea de la mano dura y la peligrosidad de los sectores populares –especialmente de los jóvenes- sigue vigente. Es decir, sigue siendo aceptada por grandes sectores de la sociedad, lo que hace, por ejemplo, que existan muertes que son olvidables.

Si en las noticias televisivas todos los días aparecen hechos de violencia (asaltos, secuestros, asesinatos) en los cuales los jóvenes son protagonistas, y su condición de victimarios se recalca y se fija en infinito juego de espejos a través de los distintos programas del día y de la semana, el hecho de que en esos mismos acontecimientos mueran también jóvenes delincuentes en manos de la policía no es un dato a prestar demasiada atención.

Pareciera ser natural, esperable, casi un castigo divino. La muerte de jóvenes “delincuentes” no es construida como noticiable salvo casos excepcionales. Escribe Rossana Reguillo (2000) con respecto a esta situación que rebasa los límites de la Argentina y se hace extensible al resto de América Latina:

---

<sup>2</sup> Por un lado, de manera más evidente en el *Tea Party* norteamericano, en la mano dura del nuevo presidente de Guatemala Otto Pérez, en México bajo el gobierno derechista de casi 12 años del Partido Acción Nacional (PAN), en varias policías provinciales de la Argentina. Pero también de forma solapada, o encubierta, como en las políticas que están a cargo del gobernador de la provincia de Buenos Aires, la más poblada de la Argentina. E incluso de formas nada esperables, como por ejemplo, el caso del gobierno izquierdista de El Salvador.

De ahí que el saldo de los acontecimientos arroje como balance una esquizofrénica dicotomía entre muertos buenos y muertos malos, o peor aún, muertos olvidables. Las noticias de hechos de violencia en contra de jóvenes se convierten en algo natural, normal, pasan a segundo plano, se olvidan. Y con esta amnesia se contribuye a la impunidad, a la tolerancia infinita que no es capaz de ponerle un freno a la violencia venga de donde venga (pp. 156-157).

No hay en ello sólo una dimensión simbólica. Las muertes son reales.

Según el informe de la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (Correpi) de 2011, desde diciembre de 1983 hasta la fecha, ha habido 3.393 víctimas de la represión policial, de las cuales el 50% son jóvenes de entre 15 a 25 años. La clasificación indica que el 45% de estas muertes se produjo en cárceles y comisarías, y el resto en episodios de gatillo fácil. El organismo no cuenta los casos de enfrentamiento sino sólo los de represión, cuando la víctima está indefensa y no presenta peligro para terceros.

### **Los jóvenes decodificando medios: las lecturas preferenciales y de réplica**

Desde hace ya varios años, tanto desde las Ciencias Sociales como desde los estudios del arte y la crítica literaria, se ha incorporado la idea de la decodificación creativa o crítica de la lectura activa. Se ha hablado de receptores, consumidores, lectores con capacidad para resemantizar los discursos que circulan en las industrias culturales, es decir, de darles nuevos o inesperados sentidos a los textos.

Propongo revisar entonces, cuáles son estas apropiaciones que hacen los jóvenes de aquellos discursos que circulan como hegemónicos en los medios sobre el ser joven. Es decir, propongo detenernos en los modos en que los jóvenes leen, interpretan, replican o reproducen, hacen uso, de lo que se dice de ellos.

#### ***Lecturas dominantes o preferenciales***

La primera lectura en la que vamos a detenernos es en la llamada preferencial o dominante, aquella lectura que reproduce el sentido del discurso tal cual se presenta. Allí no hay réplica.

En varias ocasiones los jóvenes asumen que aquello que se enuncia en los medios sobre ellos “es así”, es “verdadero”. Esto podemos verlo tanto en jóvenes de sectores medios y altos (los llamados jóvenes integrados -aunque esta idea es muy problemática, en este caso decimos: integrados a la ciudadanía política, social, cultural-. O que están en condiciones de gozar de derechos civiles, sociales, derecho a la identidad cultural, etc.), como en jóvenes de sectores subalternos (y agregaríamos, entonces, jóvenes que no poseen ciudadanía social cultural, e incluso en ocasiones ni siquiera política).

En los jóvenes que llamamos integrados la lectura que reproduce el discurso dominante aparece básicamente de dos modos.

En primer lugar, cuando asumen que lo que se dice de los “otros” jóvenes -los subalternos- es tal cual lo dicen los medios y entonces claramente los jóvenes de sectores populares se les aparecen como enemigos, como sujetos de los cuales tienen que cuidarse. Y si es posible, sienten que hay que evitarlos: no pasar por lugares donde puedan encontrarlos, no ir a sus colegios, no cruzárselos en la noche. Los jóvenes pobres, fundamentalmente varones, se les aparecen como otros amenazantes, como otredades radicales. Como peligrosos contribuyendo así a profundizar los procesos de fragmentación y segregación social.

El segundo lugar desde el cual estos jóvenes integrados leen los discursos dominantes y los reproducen es cuando asumen que los “casi ángeles” de la tele son como ellos, que tienen sus problemas, que hablan su mismo lenguaje. Esta idea de hablar un mismo lenguaje es la que utiliza la publicidad para interpelar a los jóvenes y estos muchas veces responden acríticamente. La publicidad habla de un aparente igual a igual. Resalto la idea de apariencia: detrás de muchas publicidades y programas “con onda” hay mega empresas que establecen con los jóvenes -sus consumidores- una relación profundamente asimétrica. Pero a la vez, no nos olvidemos que este discurso “con onda”, “de pares”, se apropia de un lenguaje -el de los jóvenes- que las instituciones tradicionales se han olvidado de tomar o no logran reconocer que existe, tan poco proclives al diálogo, a la escucha. Contra el discurso vertical de jueces y maestros, se crea la ilusión de que es el mercado el que escucha, y muchos jóvenes afirman que realmente esto es así.

Por otro lado, también los jóvenes subalternos reproducen lo que hemos visto como discursos dominantes. Una de las peores formas es cuando ellos mismos asumen que son lo que se dice de ellos: el deterioro, el mal, la amenaza. Que ellos, o que sus jóvenes vecinos, son

realmente los causantes de la inseguridad y del deterioro ya que se han entregado al delito, o las drogas, o a lo que sea que se les ofreció para llevar adelante tan lamentable papel. Se ven a sí mismos o a sus vecinos, o amigos, incluso a aquellos que conocen desde que nacieron, como los causantes del malestar social.

En ocasiones esta asociación entre violencia y jóvenes que hacen los mismos jóvenes se sostiene sobre una autojustificación anclada en la victimización de la condición juvenil ligada a la denuncia de la presencia del paco, de las “malas juntas”, de la falta de trabajo, del abandono, pero de las cuales finalmente ellos son culpables porque no pueden torcer lo que aparece como un destino. No pueden pensar en los condicionamientos históricos, en los procesos sociales que sostienen ciertas prácticas. No pueden creer en la posibilidad de que sea distinto sino que se piensan bajo las reglas con que los piensan los medios: sin salida, culpables de todo. Detengámonos un segundo en esto: no es que son otros los que los ven así, ellos se ven así. Detengámonos a pensar lo que debe significar sentirse así.

Por otro lado, también podría pensarse que el asumir de los jóvenes pobres de que otros jóvenes pobres como ellos son los responsables de la inseguridad, puede explicarse en una socialidad fragmentada y en espacios homogéneos, cerrados, cargada de signos de segregación, no sólo interclase sino también intraclase, lo que significa que se configuren subgrupos con valores compartidos sólo por ellos mismos y que pueden ser hostiles a otros grupos dentro de un mismo sector. En este sentido, se menciona a manera de ejemplo la condición de ciertos grupos subalternos juveniles de transformar en capital la capacidad de hostigamiento de los que aparecen más débiles. La capacidad de victimizar a través de la fuerza al otro es un capital en situaciones de adversidad como las que se presentan en instituciones de reclusión. Y en momentos en donde la existencia de una ley como terceridad en la que se dirimen los conflictos se desdibuja, esta capacidad podría perpetuarse como capital extramuros, haciendo que jóvenes de un mismo barrio y sector social, cercanos, se transformen en hostigadores de otros mismos jóvenes.

La vivencia de que no hay ley -persona, autoridad, institución- que pueda mediar en los conflictos entre pares sostiene en muchas ocasiones la posibilidad de que éstos se diriman a como se pueda. Y si lo que se puede es el ejercicio de un poder de fuerza de unos sobre otros, así será. Jóvenes que se transforman en verdugos de otros jóvenes cercanos. Es entonces que

el discurso hegemónico de la culpabilización y criminalización individual adquiere por otras vías sentido de verdad.

### ***La lectura negociada***

Stuart Hall (1980), en un texto muy viejo y muy criticado: *La codificación y decodificación del discurso televisivo*, nos dice que hay una lectura dominante -la vimos recién-, una lectura negociada y finalmente una lectura que resiste, que se opone, que impugna. Pero lo que hace Hall es presentarnos un modelo de análisis, una “herramienta para mirar” que si somos buenos sabremos utilizar no como una receta sino como una guía de interpretación. ¿Qué les quiero decir? Nada muy nuevo: que las teorías son herramientas y que como tal, deben ser utilizadas para crear saberes. No para describir lo real -que es una forma de adecuarse-, sino para recrearlo, hacerlo inteligible, interpretarlo: darle nuevos sentidos que no son evidentes. Entonces, sigo utilizando el modelo de Hall pero para decir que ciertos jóvenes realizan lecturas negociadas con el fin de impugnar el orden hegemónico. Que la impugnación está hecha de negociaciones, de “bricolage” diría Hebdige (1979/2004), de tácticas diría Michel De Certeau (2006)

Podríamos buscar varios ejemplos, pero me voy a detener en el que parece más rico: aquel en que los jóvenes de sectores subalternos transforman el estigma -ser peligroso, estar perdido- en emblema de identidad (Goffman, 1998). En los últimos años se ha conocido a través de las industrias culturales, especialmente de la música -la cumbia villera, pero también el llamado rock plebeyo, por ejemplo- un discurso juvenil que en un uso táctico, asume la identidad de juventud peligrosa resignificando su lugar de carencia y situándola como capital. “Aguante pibes chorros”, “Aguante los pibes”, “Ciento por ciento negro”. El orgullo de ser lo estigmatizado hecho música pero también hecho cuerpo: una forma de vestirse, de caminar, de tatuarse que expresa claramente que no se trata de esconder el estigma sino de embanderarse con él.

Introduciendo elementos de muy diversa índole, donde conviven esquemas de una cultura autoritaria y machista con prácticas de subversión del orden dominante, parte de estos jóvenes toman la información que sobre ellos circula moldeándolos a partir de la condición de la

identidad deteriorada y la transforman en plataforma desde la cual enfrentar un mundo que se les hace cada día más adverso.

Desde lo que se ha denominado como estilo, con la utilización de los objetos que les ofrece el mercado, con la producción de toda una simbología interesada en trazar una huella propia, estos “desangelados”, gestualizan la posibilidad de otro destino que les permita sobrevivir.

En este sentido se ha trabajado la llamada subcultura del delito como táctica de sobrevivencia de ciertos jóvenes socializados en las consecuencias de desintegración de las políticas neoliberales (Míguez, 2008). Unas subculturas que pueden ser pensadas como prácticas de resistencia a una orden que no les da lugar, que los desecha, pero con el cual se tiene una relación conflictiva y ambigua ya que a la vez que se impugna se anhela pertenecer. Unas subculturas que parecieran permitir la sobrevivencia pero sin eludir el gesto represivo que las condena también como destino.

### *Una lectura que resiste*

Finalmente, vamos a señalar la que podríamos denominar lectura crítica: aquella que los jóvenes realizan reponiendo en el discurso mediático su espesor social. Es decir, dándole un contexto histórico/social al tratamiento noticioso -contexto que, como vimos, está ausente en los medios: no es explicitado-. Muchos jóvenes saben -no como un saber experto sino más bien práctico- que lo que enuncian los medios no es sólo producción mediática sino que responde a una opinión pública creada en relaciones de fuerza y sentido que les son adversas.

Es decir, reconocen que hay intereses detrás de la producción de la noticia aunque no sean especialistas o estudiantes de comunicación. Y más aún: sospechan de esos intereses.

Un ejemplo claro de esto es la conciencia de los chicos en instituciones de reclusión por conflictos con la Ley, de que los que en sus palabras “los dejaron afuera de la sociedad”; los que “no les dan oportunidades” son los que están detrás un tratamiento noticioso interesado.

Ellos saben que hay intereses más allá de lo periodístico, que no logran definir con claridad, pero que experimentan como ciertos y que operan en la construcción de la noticias. Y a la vez, como un círculo pesado, dicen que los medios refuerzan esos mismos intereses. Manifiestan sentirlo, quizás más que en ninguna otra ocasión, cuando los permisos de salidas, las

condenas, o incluso las reclusiones, según ellos, se agravan o se adelgazan de acuerdo al clima noticioso.

### **La política y los jóvenes para los medios**

Existe en el sentido común una relación entre juventud y política que remite a un lugar originario: los años sesenta y setenta, desde donde se parte para hablar de los jóvenes en la actualidad. Cuando se habla de esas generaciones, hay además un relato: el de los ideales y el compromiso.

Se describe a los jóvenes de ayer como idealistas y llenos de convicciones; se los piensa capaces -incluso- de dar la vida por esos ideales. Se concibe la política como un territorio de grandes relatos: enormes colectivos, estructuras y proyectos a futuro, en los cuales esos jóvenes se involucraban con entrega.

Pero en ocasiones este relato sobre los jóvenes de las generaciones pasadas es un relato claramente despolitizador. Durante los ochenta y noventa, cuando se dieron las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, se fue moldeando un relato de jóvenes en el pasado como idealistas y llenos de creencias, pero que de alguna manera, estaban por fuera de la política. Se fueron despolitizando sus luchas. Incluso quedaron en escena dos modos de hablar de los jóvenes: uno, el que los veía como idealistas, casi ingenuos, para los que la política se trataba sólo de convicciones utópicas; otro, el de los jóvenes oscuros de la política, aquellos que narrados desde el espíritu de la teoría de los dos demonios, se transformaban en monstruos, incluso, a los ojos de las miradas progresistas de la sociedad. En los primeros la política era tan pura y tan blanca que no les permitía incidir en un mundo que necesitaba de acciones más concretas; en los segundos la política era algo tan siniestro y negro que se condenaba sin duda. En ambos, la política se borraba como posibilidad para pensar la juventud más allá de toda enunciación. Pero se rescataba esta ubicación de los jóvenes ligándolos a los ideales, aunque no se profundizara mucho más en los alcances de los mismos... ¡y además se ubicaban estos ideales en el pasado!

Estos relatos también convivieron con otro elaborado desde la derecha triunfante que, de maneras más y menos explícitas, se sostenían en la idea de los jóvenes como potenciales

guerrilleros peligrosos, como subversivos, como el mal que las sociedades tenían que combatir. A lo largo de los años los discursos sobre la juventud del setenta como peligrosa se fue adelgazando, aunque hay que decir que no desapareció por completo sino que adquirió otras formas – especialmente la de la Seguridad Ciudadana- y que permanece hoy como un sedimento dispuesto a ser actualizado bajo diferentes figuras<sup>3</sup>. Pero las narraciones sobre una juventud setentista cargada de ideales y utopías por fuera de la historia –allí radica su despolitización- fueron las que primaron como posibles de ser enunciadas en el sentido común. Con un elemento que además le daba una fuerza contundente: esa juventud estaba en el pasado. No quedaban en la actualidad ni vestigios de ella.

Cuando a partir del proceso iniciado en 2003 de reafirmación desde el estado de una política de Verdad, Memoria y Justicia que tiene como principales aliados a los movimientos de Derechos Humanos, se impugna el indulto y se reactivan los juicios a los asesinos de la generación del setenta, se comienza a reescribir la historia de esos jóvenes apoyándose en el relato de los jóvenes idealistas pero repolitizando sus luchas para ligarlas al presente.

Sin embargo, este todavía es un movimiento que no se ha hecho sentido común. Que sigue siendo, más allá de sus enunciadores, un desafío inconcluso.

Y los medios de comunicación hegemónicos van en una dirección distinta a la del kirchnerismo para pensar la relación juventud/política.

¿Qué dicen estos medios, entonces, de la relación de los jóvenes con la política hoy?

### ***Los que no pueden***

En primer lugar, el relato que es dominante en los medios para pensar la juventud y la política, es el de los jóvenes del pasado como idealistas y los actuales como carentes. Es decir: cuando se habla de los jóvenes de hoy se dice de ellos que son desinteresados y poco

---

<sup>3</sup> Una de esas actualizaciones es la realizada el 12 de marzo de 2012 en la nota: “Axel Kicillof, el marxista que desplazó a Boudou”, de Carlos Pagnani en el diario La Nación, y que fue tomada en un discurso de la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner para justamente señalar la permanencia de los discursos de la derecha argentina con respecto a los jóvenes.

comprometidos, comparándolos con la generación del setenta, previa operación de despolitización de ella. Así, cuando los jóvenes se organizan para un reclamo en el espacio público como sucedió en los colegios secundarios de la Ciudad de Buenos Aires y otras ciudades de la Provincia en los últimos años, parte importante del análisis de los medios los ubicó como aprendices, como incapaces de plantear una política de verdad. Esta manera de analizar, o más bien de clasificar a los jóvenes, por supuesto no es patrimonio de los medios.

Como dije, éstos no se limitan a inventar, sino que reproducen y entonces refuerzan un sentido común que existe en la sociedad más allá de ellos. La idea de los jóvenes incapacitados, carentes, es una idea que circula por muy distintos campos. Particularmente, con los conflictos estudiantiles, he escuchado infinidad de veces al mundo adulto, a profesores, maestros, autoridades educativas, la afirmación de que “están tan mal preparados”, que no pueden “ni enunciar una demanda”, que no pueden “ni hablar”, evidenciando así, mucho más de su propia despolitización que la de los estudiantes. Por esta razón, porque el discurso de la carencia en relación a una supuesta completud de los jóvenes en las generaciones anteriores es un discurso muy presente en el espacio social, es que los medios pueden tomarlo y reforzarlo sin que sobre ellos se ejerza la mínima crítica. Al contrario: lo naturalizan.

### ***Los (mal) interesados***

El otro modo de desacreditar la participación política de los jóvenes hoy, es presentarlos como interesados, suponiendo que el interés no tiene que ver con la política ya que ella sería el terreno de unos ideales que son de valores por fuera de la historia. Desconociendo que la política no puede existir por fuera de los intereses. Entonces, se presenta a los jóvenes como “rosqueros”, ideologizados, que esconden intereses que no hacen explícitos y que de hacerlos, los tornarían ilegítimos.

En ocasiones estos intereses son presentados como intereses de otros -adultos, partidos, dirigentes- que usan a los jóvenes como instrumentos de objetivos no declarados. Los jóvenes son vistos desde estas miradas paternalistas, como niños que necesitan de tutela y que no pueden tomar sus propias decisiones. La idea de que los usan, los victimizan y a la vez los inhabilitan como sujetos activos.

En otras, los intereses oscuros se les atribuyen a los mismos jóvenes. Se dice de ellos que sólo persiguen el poder, cuestión que se asume como ilegítima. El caso de la postura que han tomado los medios con respecto a la agrupación kirchnerista “La Cámpora” es especialmente ilustrativa de estas posiciones peyorativas con respecto a los jóvenes. Los miembros de esta agrupación son presentados como sujetos “manejados desde arriba”, como un instrumento sin agencia que sólo opera como fuerza de un poder que no tiene. Se dice “es la agrupación de la presidenta, del hijo de la presidenta”, soslayando el hecho de que son cientos de jóvenes los que se han involucrado con un proyecto político asumiendo la identidad de pertenecer a esta agrupación. La idea de una agrupación de la presidenta asume que es la presidenta la única que tiene agencia, que los jóvenes son incapaces de actuar por sí mismos como sujetos políticos.

Pero además, otro eje discursivo con el que se habla de esta agrupación, es la de una aparente ilegitimidad para disputar poder. Casi podría pensarse que disputar poder es algo sucio, negativo, que desmerece a la agrupación. Se dice que estos jóvenes “sólo piensan cómo ocupar cargos”, espacios en el estado, asumiendo que esto es ilegítimo. En los últimos años se han multiplicado las noticias u opiniones en los medios gráficos especialmente dedicadas a “La Cámpora”, y salvo contadísimas excepciones, la ideología que sostienen los tratamientos noticiosos son absolutamente negadores de la legitimidad de la política para estos jóvenes.

### ***Los inocentes***

Si los jóvenes construidos como interesados son vistos negativamente, hay unos otros jóvenes que se involucran con la política y que los medios presentan de manera positiva, aunque despolitizándolos. Irónicamente podríamos decir que los muestran como “inocentes: inocentados de la culpa de la política”. Hay unos que son culpables y otros inocentes, sin intereses, que militan por una especie de bienestar común por fuera de la historia. Y son, la mayoría de las veces, víctimas.

Este modo de nombrar a ciertos jóvenes, es el que utilizan los medios hegemónicos cuando se habla de jóvenes militantes víctimas de lo que se sospecha la participación más o menos directa de los aparatos represivos estatales y sus convivencias con redes delictivas. Un ejemplo claro es el tratamiento que hicieron medios como Clarín y La Nación del asesinato de los tres

jóvenes militantes del frente “Darío Santillán”, en la ciudad de Rosario a principio de enero de 2012. Soslayando que Santa Fe es la provincia argentina con más casos de gatillo fácil y represión policial contra jóvenes en proporción poblacional del país, (Correpi, 2011) estos diarios no se detuvieron en la relación de esas muertes con ello, ni en el proyecto político del cual esos jóvenes formaban parte, sino que hablaron de los jóvenes como buenos, como “tres amigos que vivían para ayudar a sus vecinos”. Daba lo mismo si eran militantes de una agrupación política o eran miembros de alguna organización solidaria o caritativa. Estos jóvenes militantes despojados del proyecto político en el cual militaban, o sólo reduciendo ello a un dato de color, eran presentados con las mismas claves de lectura de los jóvenes modelo, de los cuales hablábamos en los párrafos anteriores.

Algo similar sucedió con la muerte del militante Mariano Ferreyra, con la diferencia de que en este caso, los medios se detuvieron en el análisis del entramado político coyuntural y sus consecuencias, pero no desarrollaron ni complejizaron el lugar político de la militancia de Ferreyra, que sólo era una víctima (que por supuesto lo era, pero no era sólo eso).

### ***Los irracionales***

Finalmente, hay un lugar que no quiero dejar de señalar y es de la construcción de una mirada sobre los jóvenes que integran los movimientos de desocupados, o movimientos políticos antisistema, la mayoría de las veces provenientes de sectores excluidos o marginalizados, que son calificados como peligrosos. Su peligrosidad, se dice, radica en su irracionalidad. Se habla de ellos negando lisa y llanamente sus modos de intervención como políticos.

Actualizando los discursos más represivos de la seguridad ciudadana y de las políticas de tolerancia cero, se los muestra en hechos que se describe como vandálicos (escraches, roturas de vidrios, etc.) revitalizando la idea de que si pueden romper un vidrio pueden ir contra todo tipo de propiedad privada, contra la vida y el orden.

La capucha, utilizada según estos mismos jóvenes como un modo de protegerse ante el reconocimiento de las fuerzas represivas con afán revanchista, es presentada en los medios como una prueba de la peligrosidad de los jóvenes, desconociendo sus explicaciones y

argumentos. Es que no sólo se los niega como sujetos políticos, sino que directamente se los niega como sujetos con una palabra propia.

Este relato, estas imágenes, abonan una cultura represiva contra los jóvenes pobres organizados políticamente. La edad de los muertos en las protestas sociales en democracia da cuenta de ello.

Para finalizar, podríamos pensar cómo ante estos discursos estigmatizadores de la relación entre juventud y política de los medios, cada día más jóvenes ven en la política una posibilidad de resolución de los conflictos para vivir juntos. Continuaremos trabajando esto.

## Referencias

- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional – Correpi (2011). *Boletín informativo* 635. Extraído el 6 de junio de 2012 desde: <http://correpi.lahaine.org/?p=1092>.
- De Certeau, M. (2006). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana/ITESO/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Goffman, I. (1998). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu
- Hall, S (1980). Encoding/decoding. En S. Hall, D. Hobson, A. Lowey P. Willis (eds.), *Culture, media y Language. Working papers in cultural studies*. Londres: Routledge, Centre for Contemporary Cultural Studies.
- Hebdige, D. (1979/2004). *Subcultura. El significado del estilo*. Buenos Aires: Paidós.
- Miguez, D. (2008). *Delito y Cultura. Los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana*. Buenos Aires: Biblos.
- Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios (2011). *Los jóvenes en los medios, cartografía de las narrativas mediáticas*. Extraído el 6 de junio de 2012 desde: <http://www.perio.unlp.edu.ar/observatoriodejovenes/?q=node/136>
- Reguillo Cruz, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles*. Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Norma.
- Zaffaroni, E. (2011). *La palabra de los muertos*. Buenos Aires: Ediar.

**Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales<sup>1</sup>**

**Dr. Pablo A. Vommaro**  
**(UBA/CONICET)**

---

<sup>1</sup>Este artículo es una reformulación de la clase preparada para el curso virtual de posgrado “Juventudes en Argentina y América Latina: Política, Cultura e Identidades, del Siglo XX al XXI”. Dictado en el segundo semestre de 2011 en el CAICYT-CONICET, bajo la coordinación de la Dra. Miriam Kriger. Si bien el texto se trabajó y reelaboró, pueden encontrarse algunas marcas de oralidad en el mismo.

## **Resumen**

El objetivo de este artículo es acercarse a las diversas formas en las que se expresan las relaciones existentes entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina contemporáneas. El texto se propone explorar los cruces, las tensiones y las fusiones a partir de investigar experiencias vinculadas a organizaciones sociales territoriales en las que los jóvenes son protagonistas.

Asimismo, el artículo propone algunas redefiniciones o precisiones acerca de las perspectivas desde las que nos acercamos a las nociones de juventudes, políticas y culturas y sus múltiples relaciones y tensiones.

## Presentación

El objetivo de este artículo es acercarse a las diversas formas en las que se expresan las relaciones existentes entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina contemporáneas. El texto se propone explorar los cruces, las tensiones y las fusiones a partir de investigar experiencias vinculadas a organizaciones sociales territoriales con las que trabajamos<sup>2</sup>.

Para ingresar en nuestro tema, consideramos necesario formular algunas redefiniciones o precisiones acerca de las perspectivas desde las que nos acercamos a las nociones de juventudes, políticas y culturas y sus múltiples relaciones<sup>3</sup>.

Esto es lo que presentaremos en los siguientes apartados.

## Juventud/juventudes/generaciones

La primera redefinición que se nos presenta como ineludible, tiene que ver con lo que entendemos por juventud/es. Ante la pregunta ¿qué entendemos por juventud/juventudes? surgen varias respuestas posibles.

Desde hace unos años, han aparecido trabajos de diversa índole que enriquecieron notablemente este debate y mostraron las limitaciones del abordaje de esta categoría sólo desde criterios etarios o biológicos<sup>4</sup>. Se incorporaron entonces, diversas perspectivas a través de las cuales se revalorizaron aspectos simbólicos, culturales, históricos, de clase, de generación y género que hicieron estallar la noción de *juventud*, mostrando las

---

<sup>2</sup>Las reflexiones de este trabajo se basan en las investigaciones que realizamos en los últimos años. Sobre todo, en la investigación que fue parte de la Tesis doctoral del autor acerca de algunos colectivos juveniles urbanos de la zona sur del Gran Buenos Aires, en especial grupos juveniles vinculados a los Movimientos de Trabajadores Desocupados de esa zona y a experiencias de tomas de tierras y asentamientos urbanos. También trabajamos con otros colectivos juveniles más vinculados a temáticas culturales, como centros culturales barriales, murgas, bachilleratos populares y otras experiencias educativas alternativas. Para ampliar, ver Vommaro (2009 y 2010).

<sup>3</sup>Muchas de las elaboraciones de este artículo están formuladas también a partir de las investigaciones que realizamos en el marco del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Juventud y prácticas políticas en América Latina. Este es un Grupo que reúne a más de 40 investigadores de 11 países de América Latina, co-coordinado por Sara Victoria Alvarado (Colombia), Silvia Borelli (Brasil) y Pablo Vommaro (Argentina). Parte de estas investigaciones pueden consultarse en Alvarado y Vommaro (2010).

<sup>4</sup>Para estas perspectivas consultar, por ejemplo, Coleman y Husen (1989); Erikson, (1968) y Keniston (1970).

heterogéneas formas de ser joven que existieron y existen en las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, muchas veces estos cuestionamientos aparecen en forma difusa o solapada en las investigaciones concretas. Esto hace que, frecuentemente, los avances a los que nos hemos referido en los estudios sobre juventudes no necesariamente se observen en toda su complejidad cuando revisamos la literatura académica sobre participación política juvenil. En efecto, son pocas las veces en las que la categoría *juventud* como tal, es problematizada a los fines de comprender las prácticas políticas de los sujetos jóvenes. Y esto se agudiza cuando se trata de prácticas políticas ligadas a los movimientos sociales y, no necesariamente, a los canales clásicos de participación en el sistema político. Así, además de revisar la noción de juventud y la definición de los y las sujetos juveniles, es necesario discutir lo que entendemos por política, participación y práctica política.

En su ya clásico trabajo acerca de la juventud, Bourdieu (1978/1990) afirma que “las clasificaciones por edad (...) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, cada quien debe ocupar su lugar” (p. 164). Por ello, relativiza el valor del término juventud en cuanto tal, insinuando, por un lado que “hablar de los jóvenes como una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente. Al menos habría que diferenciar entre *las* juventudes” (p. 165).

Y por otro lado, mostrando que “la juventud y la vejez no están dadas sino que se construyen socialmente en una lucha entre jóvenes y viejos” (Bourdieu (1978/1990, p. 164). Por ello, al igual que cualquier otro campo, para saber “cómo se definen las generaciones hay que conocer las leyes específicas de funcionamiento del campo, las apuestas de la lucha y cuáles son las divisiones que crea esta lucha” (p. 164).

Esta perspectiva ayuda a entender cómo las generaciones se construyen también a partir de las disputas en el campo político. Es decir, a recuperar el aspecto conflictivo y relacional en la configuración de las diferentes generaciones, así como también poner en cuestión una mirada valorativa que rescate una generación en contraposición a otra.

Esto favorece el cuestionamiento de posiciones normativas, como por ejemplo las adultocéntricas. Duarte (2002), utiliza el término “mundo adultocéntrico”, para hacer alusión a la manera en que los adultos ejercen relaciones de control y poder, es decir, a cómo los adultos hablan o se refieren, desde su punto de vista, al mundo joven: “la condición de poder y control que los mayores poseen respecto de los menores y como

éstos, de una forma u otra, reaccionan resistiéndose a la situación, o bien amoldándose a ella por medio de diversos mecanismos” (p. 98).

En efecto, la concepción más difundida por muchos años acerca de la juventud –y los jóvenes- fue la de aplazamiento, cesantía, moratoria, un tiempo de espera, intermedio, en el que “lo juvenil” representaba un estadio de demora o transición en el pasaje a la adultez (Coleman y Husen, 1989; Erikson, 1968; González y Caicedo, 1995; Keniston, 1970).

En cambio, un enfoque de tipo relacional y socio-histórico como el que proponemos, implica desprenderse de una mirada *normativa* que rescata el valor de una generación en relación a otra (interpretada como disvalor). Muchas veces, a través de estas afirmaciones, algunos académicos consagran un tiempo pasado que fue, precisamente, aquel en el que ellos mismos fueron jóvenes protagonistas, para desvirtuar –muchas veces por falta de comprensión- al de las generaciones jóvenes en el presente. Cuántas veces hemos escuchado, no solo en los medios de comunicación sino también en los espacios académicos, formulaciones que aseveran que los jóvenes “ya no son lo que eran”, o que eran mejores o más participativos “los jóvenes de antes”. Estas posiciones, muchas veces alimentan una perspectiva más preocupada por juzgar que por analizar, interpretar y comprender los fenómenos sociales.

Asimismo, también es posible reconocer visiones que parten de prejuicios opuestos al anterior y recuperan las acciones colectivas de los jóvenes esencializándolas como elemento de cambio y transformación social. Como ya afirmaba Mannheim en 1928:

No hay nada más incorrecto que suponer –como presume acriticamente la mayoría de los teóricos de las generaciones- que la juventud sea en sí misma progresista y la vejez en sí misma conservadora. (...). ‘Conservador’ y ‘progresista’ son categorías histórico sociológicas, que están orientadas por una determinada dinámica histórica de contenido concreto (...). Para decidir si una juventud determinada es conservadora, reaccionaria o progresista hay que considerar (...) si ésta cuenta, desde su correspondiente lugar social, con el estatus que ha encontrado en la sociedad como una oportunidad para la propia promoción social y espiritual. (...) los hechos vitales (como el ser joven o el envejecer) no implican inmediatamente, en cuanto al contenido, determinados modos de comportamiento espiritual (como equiparar incondicionalmente ser joven con ser progresista, etc.), sino que implican únicamente tendencias formales que sólo pueden convertirse en relevantes en los elementos sociales y espirituales. Toda equiparación o combinación directa de los datos

biológicos con las manifestaciones espirituales conduce a un *quid pro quo*, que sólo suscita confusión. (Mannheim, 1928/1993, pp. 215-216)

A partir de estas consideraciones, nuestro punto de partida confronta con la idea de que los y las jóvenes, en cuanto tales, tienen mayor predisposición ya sea a la acción y a la participación o al desencanto con la política y a la retracción de los compromisos públicos. Siguiendo a Urresti (2000), para comprender a los jóvenes es preciso “más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir” (p. 178).

Por eso, la juventud es una categoría que cobra significado únicamente cuando podemos enmarcarla en el tiempo y en el espacio, es decir, reconocerla como categoría situada en el mundo social (Chaves, 2006). De acuerdo con esto, analizamos las modalidades en que se produce la juventud (Martín Criado, 1998) a partir de experiencias y compromisos vitales, sociales e históricos diferentes, que no hacen sino mostrar los límites –como nos recordó Bourdieu (1978/1990)- que presenta toda clasificación cuyo centro sea lo etario o biológico.

En base a lo dicho, la significatividad del enfoque de Mannheim (1928/1993) para nuestros planteos se evidencia en que muestra, por un lado, que la mera contemporaneidad no necesariamente hace inteligible la formación de generaciones. Por ello, incluye referencias relativas al hecho de compartir un mismo tiempo y vivencias comunes. Así como la edad biológica no expresa en sí misma la disposición hacia determinadas prácticas, tampoco lo es el solo hecho de compartir el tiempo histórico.

Para que sea posible hablar de configuraciones generacionales, Mannheim (1928/1993) plantea un segundo punto. Que el problema de las generaciones es identificar cómo se elaboran conexiones concretas entre los integrantes de lo que hasta ese momento puede ser pensado como mero grupo estadístico, como podría ser un grupo de edad.

Por ello, según el autor:

Hablamos de ‘grupo concreto’ cuando existen lazos que unen a los individuos a un grupo, ya sea que estos lazos hayan crecido orgánicamente o que hayan sido establecidos. Pues bien, la conexión generacional es un ser los individuos los unos con los otros en el que se está vinculado a otro por algo; pero de esta adhesión no se deriva aún, de forma inmediata, ningún grupo concreto. Con todo, **la conexión**

**generacional es un fenómeno social cuyas propiedades tienen que ser descritas y comprendidas** (Mannheim, 1928/1993, p. 207, el destacado es nuestro).

Entonces en Mannheim, la generación no es un “grupo concreto”, sino más bien una “conexión”. El autor húngaro plantea que los casos en los que las generaciones se convierten en grupos concretos son “especiales” y devienen del “tornar conciente” la “conexión generacional”. Si bien la dimensión etaria fundamenta la dinámica de las generaciones, no la constituye. Además, relativizando el peso de la edad biológica, Mannheim habla de un “envejecimiento corporal y uno espiritual”, que generan maneras de “ser joven” y de “envejecer” (Mannheim, 1928/1993, p. 213).

Este autor también establece una relación entre las “situaciones de clase” y las “conexiones generacionales”, en tanto ambas pueden expresar una “posición” social, sin remitir a un grupo. Esta posición social expresada en el vínculo generacional constituye “determinados modos de conducta, sentimiento y pensamiento”. Así, para Mannheim (1928/1993) “la posición generacional se puede determinar a partir de ciertos momentos vitales (...) que sugieren a los individuos afectados por ellos formas de vivencia y pensamiento” (p. 212). En otra de sus obras, plantea que la “situación generacional” consiste en “estar expuesto a ciertos fenómenos socioculturales similares” (Mannheim, 1961, p. 48).

A partir de esta aproximación podemos reconocer que en un mismo tiempo histórico, también puede haber múltiples formas de establecer relaciones y conexiones entre los individuos, esto es, diferentes unidades generacionales.

Vemos como la noción de generación se presenta como muy útil para poder aproximarse a las prácticas y a las producciones de los jóvenes. Esta noción es, remarquémoslo una vez más, una construcción socio-histórica, cultural y situada. Es decir, proponemos ver a las juventudes y a los jóvenes, es decir, a la noción de juventudes y a los sujetos juveniles -a los jóvenes- como construcciones socio-históricas. Esto es, producto o expresión del proceso socio-histórico -social e histórico- cultural, tiene que ver con marcos culturales. Y decimos situada, ya que cada generación, cada producción, cada forma de presentarse, de aparecer, de ser y de estar de los jóvenes no se puede escindir de la situación adónde esto se produce. Es decir, de un tiempo y un espacio determinado que, justamente, marcan singularidades que no podemos no tener en cuenta.

Al hablar entonces de generación, hacemos un desplazamiento que nos aleja de las concepciones más ligadas a un criterio biologicista, puramente demográfico, muy

presentes en la sociología clásica. Nos distanciamos de los enfoques que restringen a los jóvenes a un grupo etario concreto, por un lado; y de quienes conciben a la juventud en tanto moratoria, en tanto un momento de la vida que sería un período de espera, de preparación, un intervalo que pone más el énfasis en lo que el joven no es, en una preparación o propedéutica para el futuro, más que en lo que el joven es y en lo que se está produciendo mientras los jóvenes despliegan su vida.

En las investigaciones empíricas que desarrollamos en organizaciones sociales, el trabajo de campo con los sujetos que las integraban era fundamental. Entonces comenzamos a trabajar con los jóvenes -no sobre ellos-, que eran protagonistas principales de estas organizaciones. En estas indagaciones, a través de las entrevistas y las observaciones, descubrimos que la noción de moratoria ya no era tan explicativa de los procesos que estudiábamos. En las organizaciones sociales de base territorial y comunitaria con las que trabajamos (Vommaro, 2010) los jóvenes son en ese momento, son en el presente. De hecho, en algunas entrevistas con adultos -porque trabajamos también con los adultos y con la visión que ellos tienen sobre los jóvenes, intentando un cruce intergeneracional -, ellos decían: “Bueno, a nivel social muchas veces el discurso dominante es que los jóvenes son la generación futura, son el futuro, se están preparando para trabajar, para tener familia, para poder desarrollarse socialmente, para ser ciudadanos. Pero acá en el movimiento, los jóvenes son el presente”<sup>5</sup>. Frases similares aparecieron en muchas entrevistas y en conversaciones informales tanto con adultos como con jóvenes de los movimientos con los que trabajamos.

Es decir, los jóvenes constituyen el hoy de la organización. Son jóvenes en tiempo presente, que son en el aquí y el ahora; y no jóvenes hacia, o no jóvenes como los adultos del futuro.

Si bien la cuestión del ser joven en el presente tiene muchas aristas problemáticas<sup>6</sup>, en

---

<sup>5</sup> Entrevista realizada en el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano, 2007.

<sup>6</sup> La concepción de los jóvenes como presente y se puede vincular con una problemática central del mundo contemporáneo que tiene que ver con la resignificación o la reformulación de las trayectorias de vida, de las perspectivas. Es decir, de la vida como una trayectoria, como un recorrido con un sentido a veces unívoco o bastante determinado de antemano (Sennett, 2000). Este presente continuo también puede ser visto como un problema y un riesgo. Es decir, no sólo como una fortaleza de los movimientos sociales, sino también como una problemática de lo que se nombra comúnmente como falta de perspectivas, falta de futuro, de sentido y de profundidad de la vida contemporánea. Así, el joven vive un presente continuo y muchas veces esto puede ir deslizándose hacia los jóvenes y el riesgo (Beck, 1998). Asumir un riesgo también tiene que ver con pensar: “yo soy hoy solamente y toda mi vida es intensa en este momento”. Con intensidades

este artículo nos concentraremos en que en la actualidad, son los propios jóvenes que participan en organizaciones sociales los que están resignificando el modo de ser de los jóvenes en las periferias de nuestras ciudades. Un modo de ser que tiene que ver también con la droga y las adicciones, con la violencia policial, con el embarazo adolescente, con situaciones que la pertenencia a un colectivo, es decir, el estar en comunidad y el ser joven con otros ayuda a procesar, a construir otra perspectiva y otra posibilidad de reflexión, de interpretación para enfrentar estos problemas.

Deteniéndonos en la cuestión de las generaciones, pensamos que es fructífero complementar esta noción con la de generación política para estudiar las formas de subjetividad, de producción de subjetividades políticas o las formas de subjetivación política (Alvarado, Martínez y Muñoz Gaviria, 2009). Se hace necesario, en este punto, definir qué es lo que entendemos por política o, dicho de otra manera, cuándo un proceso de subjetivación, una práctica y una producción subjetiva se tornan políticas.

Este punto es particularmente importante porque si bien en nuestros trabajos proponemos que en los últimos años se produjo un proceso de ampliación de las fronteras de la política, no sería acertado decir que toda acción o práctica humana es política. La política mantiene una especificidad aunque esté mucho más difusa o mucho más difundida en todas las esferas sociales que antes no eran consideradas políticas. Hay una especificidad de la política -y podríamos distinguir, de lo político y de la forma de aparecerse al mundo de lo político, que es la política-, que proponemos mantener.

Regresando al planteo de la perspectiva generacional para entender las relaciones entre juventudes y políticas, ensayaremos una definición posible de generación. Pensamos que la noción de generación refiere a un conjunto de sujetos que comparten un problema y emprenden, a partir de reconocerlo, de reconocer el problema y de reconocerse a ellos mismos como sujetos de la situación problemática, una búsqueda. Porque la configuración generacional tiene que ver también con una operación reflexiva. Entonces, a partir de reconocer el problema y de reconocerse como agentes de su superación – agentes de lo problemático del problema- emprenden una búsqueda común para solucionarlo. El vínculo generacional se constituye así como expresión de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura a partir de la cual se crea la necesidad de instituir una práctica disruptiva, alteradora y alternativa. Crear, innovar, reinventar. Esto se traduce en prácticas y acciones colectivas.

Lo que nos interesaba remarcar al brindar esta definición es, por un lado, la cuestión de la experiencia, de la vivencia y también de la disrupción. Hay algo que no funciona en el estado de cosas y hay una búsqueda por encontrar otros caminos a los conocidos para poder superar los problemas que se plantean. Problemas que se plantean que pueden ser problemas del territorio a donde se vive, problemas de vivienda, problemas de salud, diferentes problemas de violencia, problemas de empleo, de trabajo. Problemáticas de expresión juvenil, cómo nos expresamos, cómo nos presentamos, cómo aparecemos, cómo nos encontramos, los jóvenes en la esquina inclusive. Pueden ser diferentes problemas, pero siempre lo conocido hasta ese momento no satisface las soluciones de los mismos. Y entonces, al acercarnos de esta manera a una noción que podría ser escurridiza, como la que estamos proponiendo, nos encontramos con algunas cuestiones más escurridizas o más inasibles en un punto.

Esta dimensión socio-histórica y situada de la perspectiva generacional, permite pensar que en un mismo momento histórico se pueden superponer distintas generaciones. Así, podríamos hablar de generaciones superpuestas y no solamente sucesivas.

Desde ya, al hablar de esta noción no podemos olvidar al ya citado Mannheim y las elaboraciones que propuso en 1928. Si bien Ortega y Gasset (1923/1986) había escrito sobre generaciones y acerca de las relaciones entre juventud y política unos años antes, es Mannheim el que nos brinda una visión más completa que mantiene su vigencia en varios aspectos. Volviendo a los textos de Mannheim de 1928, podemos ver como en ese entonces el autor húngaro hablaba de que la generación no es un grupo concreto, sino más bien una conexión, una relación. No es un grupo necesariamente identificable circunscripto a una definición etaria o biológica, sino que es una relación, una forma de conectarse, una forma de vínculo. En esos planteos él también consideraba las diferentes maneras de ser joven. Esta es una propuesta que puede ser muy actual y que ya se consideró en 1928. Por eso retomar estas lecturas originales puede ser bastante sugerente y estimulante para complejizar la mirada sobre los problemas del presente.

Avanzando, Mannheim (1928/1993) también hace dos cruces más que nos parece interesante destacar aquí. Por un lado, el que tiene que ver con las relaciones entre generación y clase. Entre experiencia de vida y clase, o entre experiencia social y experiencia de clase. Y por otro lado, el que se refiere a la situación generacional como la forma de estar expuesto a ciertos fenómenos socio-culturales similares. Más allá de que a la luz de las teorías posteriores podamos cuestionar el término “expuesto” – pensemos que Mannheim escribió en 1928-, pensamos que estas propuestas continúan siendo actuales.

Para aproximarnos al segundo punto de esta redefinición, nos parece oportuno mencionar a Ignacio Lewkowicz, (2003 y 2004), autor argentino que murió muy joven hace unos años en un accidente. Él también plantea la cuestión de la generación. Intentaba pensar la política en los noventa y en 2001 y se preguntaba: ¿cuáles son los cambios de estas formas políticas con respecto a los ochenta o a los setenta? Al tratar de responder esta pregunta, el autor también llega por otro lado a la cuestión de la conformación generacional y a la noción de generaciones. La filia a una cuestión problemática, a tener un problema, pero sobre todo él la vincula con los saberes. Este autor plantea que hay un saber transmitido que se revela insolvente, hay un conocimiento del mundo, de cómo resolver problemas, que se revela insolvente. Y hay un punto de partida de las generaciones que tiene que ver con asumir que hay algo de lo que no se sabe. Es decir, a partir de asumir colectivamente que de algo no sabemos, emprendemos una búsqueda que deviene generacional. Lewkowicz (2003) propone que “advenimos como generación a partir de saber que de esto no se sabe. O de asumir, mejor dicho, que de esto no se sabe”.

Entonces resumiendo, podríamos decir que la generación es una noción socio-histórica, cultural, situada. Que es una noción que implica una experiencia colectiva, un compartir experiencias colectivas. Que es relacional, tiene que ver con vínculos y con relaciones sociales. Que parte de una ruptura. Y acá podríamos filiarla con la noción de acontecimiento, que también consideramos importante y luego retomaremos. La conformación generacional tiene que ver con la creación, con la innovación. Es producto y a la vez produce el proceso de subjetivación. Como dijimos, la noción de superposición y de simultaneidad de las generaciones fundamental para poder entender los problemas que aquí planteamos.

### **Política, politización y territorio**

Una segunda redefinición que presentamos se refiere a la noción política. Qué es lo que entendemos o cómo nos acercamos a la política en el mundo actual. Y en este punto podríamos hacer varias distinciones. Por un lado, podríamos diferenciar lo político de la política. Es decir, pensar en una dimensión del antagonismo y pensar en una dimensión del conflicto en tanto expresión socio-histórica de ese antagonismo en un momento determinado. Muchos autores, entre ellos Arendt (1997), Badiou (1996 y 2000) o Rancière (1996 y 2000) han pensado estos temas y han trabajado esta distinción.

Por otro lado, nos parece importante incorporar otra noción: la de politización. A veces más que hablar de política, resulta más explicativo referirse a las formas de la política. Y esto nos desplaza hacia la noción de politización que también fue trabajada por varios autores.

Pensamos que la noción de politización nos permite ver el proceso de ampliación de las fronteras de lo político. En la actualidad podemos identificar un proceso de politización de, por ejemplo, las relaciones cotidianas o la vida cotidiana. Es decir, la división entre íntimo, privado y público, donde lo público era el ámbito de la política y lo íntimo o lo privado se sustraían de esa dimensión, se hizo cada vez más difusa. Esta separación, que es fundante de la política clásica, se está diluyendo. Podríamos ver que estas esferas se están paulatinamente -al menos a partir de los resultados de nuestros estudios-, fundiendo o que sus fronteras son mucho más porosas, mucho más difusas. Muchas veces cuando se discute sobre América Latina en los últimos 25 o 30 años, particularmente en los años noventa, se habla del proceso de privatización del espacio público. Nosotros postulamos que lo que pasa es más bien lo inverso. Hay una publicidad, hay una politización, hay un hacerse público del espacio privado. Y en este proceso surgen formas de espacio público que no están vinculados con el Estado. Sin duda que el mercado avanza. No estamos negando que el mercado también avanza y de Polanyi (1991/1944) en adelante, podemos hablar de sociedades de mercado -que ya fue algo también explicado por Marx (1975) cuando analizó el proceso de subsunción real del trabajo en el capital-, de cómo el mercado se va a difundir por todas las esferas de la vida social y cómo hoy hasta las subjetividades, hasta nuestros gustos y valores son objeto del mercado.

Volvamos a la cuestión de difusión o de acercamiento de lo público y de lo privado vinculada con la politización de las relaciones cotidianas. Podemos ver este proceso en los colectivos con los que trabajamos, no solamente en los suburbios del Gran Buenos Aires, sino también por ejemplo en la periferia de San Pablo, y en algunas características de las pandillas en Centroamérica. Allí encontramos formas de redefinir lo que es público y lo que es privado, a la vez que se despliega una intensa politización de las relaciones cotidianas.

Avanzando, pensamos que esta politización tiene que ver con el advenimiento o con la institución del territorio como lugar de la política. Es decir, la construcción política territorial. Lo que junto a autores como Merklen (2005) o Svampa (2005) podemos denominar la territorialización de la política, un proceso de construcción territorial que es político y a la vez, las formas políticas produce territorio.

Así entendido, el territorio es expresión de un proceso de politización de los vínculos cotidianos y a la vez, la construcción territorial instituye formas políticas. Concebimos al territorio como un espacio socialmente construido, como una trama de relaciones sociales. No como el escenario de la política. Aquí reside uno de los cambios más fuertes respecto a las concepciones más clásicas sobre la política. El territorio no es el escenario donde transcurre la vida o la política, sino que es un entramado de relaciones, un espacio socialmente construido que constituye y a la vez es constituido por las formas de la política (Vommaro, 2010). Así, es mucho más que el escenario. Es parte de la construcción política que se despliega en múltiples dimensiones. La política territorial, la territorialización de la política y el territorio como producción política se comprenden al asumir el desplazamiento desde la concepción de escenario, marco o contexto, hacia la noción de entramado, de construcción social que constituye justamente el propio proceso.

Al abordar las formas de la política en los jóvenes en clave territorial se nos puede presentar la cuestión de los derechos o de la ciudadanía. En efecto, podemos pensar que en la política territorial se ponen en juego diferentes derechos. Desde los más materiales al trabajo o a la vivienda, hasta otros derechos más colectivos a la libre expresión, al espacio público, al ocio, a la educación, a la salud reproductiva.

Ahora bien, muchas veces la forma de abordar y concebir estos derechos en la construcción territorial, no es idéntica a la manera en la que se encaran los derechos desde las concepciones ciudadanas vinculadas a la estatalidad moderna más clásica. Es decir, en el despliegue de las prácticas políticas en el territorio, se constituye una lógica de los derechos distinta a la que aborda los derechos en clave ciudadana, cuyo cumplimiento o ejercicio debe estar garantizado y se demanda al Estado. Los derechos que se ponen en juego en el territorio se actúan, se practican, se llevan adelante mediante acciones directas, a través de la autogestión, de la autoorganización. No se demandan, se toman y se realizan.

En nuestros estudios acerca de las tomas de tierras y los asentamientos urbanos del Gran Buenos Aires en los años ochenta, donde la mayoría de los tomadores y asentados eran jóvenes, identificamos formas políticas configuradas generacionalmente y situadas, territorializadas. Resulta muy interesante estudiar las concepciones sobre la tierra y sobre la vivienda que construyen estos jóvenes tomadores. Muchas veces, por ejemplo, el derecho a la tierra o la noción que tienen acerca de ella, no refiere a que el Estado debe garantizar los derechos a la tierra, sino que ésta es algo que se toma y que le corresponde a la cada persona por el solo hecho de ser humano. Es un derecho inherente al hombre que lleva a su práctica directa. Es decir, no requiere una petición al Estado, sino organización

directa para tomar tierras.

Al mismo tiempo, la tierra se concebía en tanto valor de uso. Es decir, a partir de su utilidad y no como mercancía. La tierra como un lugar para vivir, que tiene también una dimensión productiva, porque puede ser el lugar donde construir una huerta, una granja, donde criar animales, donde edificar un tallercito. Estas concepciones están producidas en el territorio, pero también se vinculan con algunas nociones campesinas, indígenas y también, vinculadas a la iglesia de la Teología de la Liberación y la opción por los pobres. Todo esto nos lleva a correr nos fuertemente de la configuración ciudadana más clásica para explorar otras acepciones u otras concepciones de los derechos que se ponen en juego en la construcción política territorial.

En este punto podemos mencionar una cita de Boaventura de Sousa Santos, quien planteaba, ya en 2001, que:

La politización de lo social, de lo cultural e incluso de lo personal -esto que yo les comentaba antes - abre un inmenso campo para el ejercicio de la ciudadanía y revela, al mismo tiempo, las limitaciones de la ciudadanía de extracción liberal, incluso de la ciudadanía social circunscripta al marco del Estado y de lo político por él constituido. (p. 181)

Esta apreciación, sin duda abre y amplía fuertemente la frontera en el campo de los derechos. Pero también sustrae o descentra el abordaje de los derechos de la esfera puramente estatal o de la dimensión puramente ciudadana en tanto ciudadano como miembro de un Estado-Nación. Es decir, permite enfocar la cuestión de los derechos desde una lógica no estado céntrica.

Volviendo a los objetivos de este artículo, y dejando los asuntos vinculados a las ciudadanías para otro trabajo, introduciremos otro aspecto que consideramos importante para comprender la dinámica y los principales rasgos de los procesos de politización producidos en clave territorial. Pensamos que las formas de politización de los jóvenes en la América Latina o inclusive en el mundo contemporáneo -con singularidades-, tienen que ver también con lo que antes se consideraba la dimensión cultural, con la dimensión estética y con un deslizamiento hacia una dimensión que podemos considerar ética.

Postulamos que las estéticas y las éticas<sup>7</sup> constituyen dimensiones muy importantes para

---

<sup>7</sup> Decimos éticas y no morales, partiendo de la concepción de éticas, como un cuidado de sí mismo, como una cuestión que parte del sujeto y del colectivo. No como una imposición externa o como formas de comportamiento socialmente aceptable, sino con formas de comportamiento, de vincularse y de ser construidas desde el sujeto y desde los colectivos.

entender las formas de la política en el mundo actual. Así, hoy podríamos hablar también de un proceso de culturización de la política o de politización de la cultura. Y, a la vez, de la estetización de la política y de la cultura.

Muchos de estos planteos los encontramos ya en los primeros trabajos sobre culturas populares, allí podemos identificar los rasgos de los procesos de carnavalización y estetización de la política. Desde Mijail Bajtin (1994) en adelante, pasando por Raymond Williams (1980), fueron varios los autores que han trabajado estas cuestiones.

Pensar en estos aspectos contribuye a resituar las prácticas políticas de los jóvenes en la actualidad. Hay muchos trabajos que plantean que hoy, los jóvenes ya no están más interesados en la política, sino que en lo que están interesados es en prácticas culturales, en movimientos estéticos, en movimientos que tienen que ver con la música, con las expresiones artísticas, con formas de vestir. Las tribus urbanas están más vinculadas a estéticas o a culturas, las denominadas culturas juveniles, más que a formas de participación política. Sin embargo, cuando estas producciones “culturales” o “estéticas” se tornan colectivas y se tornan públicas, la dimensión política aparece enseguida. Es decir, emerge la dimensión conflictiva. Podemos pensar entonces, en una forma cultural que podríamos seguir llamando cultural para mantener las convenciones, pero que es una forma cultural de aparición de la política.

Por ejemplo, si tomamos las murgas<sup>8</sup>. Éstas son una expresión cultural de los jóvenes, que podemos denominar barrial, popular, territorial.

Sin embargo, las murgas en tanto agrupación cultural están disputando por el uso del espacio público. ¿En qué plazas se pueden presentar? ¿En qué calles? ¿Por qué las plazas están con rejas que limitan su acceso? ¿Por qué en esta calle no se puede actuar? ¿Dónde ensaya la murga? ¿Dónde despliega su arte? Aparece así, una dimensión conflictiva de lo público, donde se está expresando un conflicto en dicho espacio, en el espacio de lo colectivo, de la política. Y se evidencia así lo que planteamos acerca de la dinámica público-privado, de la política culturalizada, de la politización de los vínculos cotidianos.

---

<sup>8</sup> Se denominan murgas a los grupos de música callejera que se organizaban –generalmente- para los carnavales pero que funcionaban como ámbito de sociabilidad y encuentro juveniles durante todo el año. Estas agrupaciones estaban compuestas en gran parte por jóvenes y combinaban música, baile y canto, con letras que muchas veces tenían contenidos de denuncia social y política, y con vestimentas y estandartes que identificaban y distinguían a cada grupo. El nacimiento de las murgas data de la primera mitad del siglo XX, aunque entre fines de los ochenta y comienzos de los noventa recobraron visibilidad luego de las censuras y prohibiciones de las que fueron objeto durante la dictadura militar de 1976-1983.

El ensayo de una murga puede ser un hecho político de grandes dimensiones en un barrio. Y esto sin referirnos a los planteos más conocidos acerca del contenido de las letras, de los sentidos políticos de las letras de las murgas y a las disputas por los subsidios y recursos estatales. Muchas murgas plantean un apoyo del Estado para sus trajes, para sus instrumentos, para desplazarse de una presentación a otra. Estos son los sentidos más clásicos de la disputa política centrada en el Estado. Pero la aparición pública, la disputa por el espacio público, el conflicto por distinguir quién decide sobre ese espacio, cómo se usa, quién se lo apropia, quién lo produce, quién lo usa; son producciones políticas. Así, los conflictos por la apropiación, uso y producción del espacio público que signan la vida de muchos jóvenes en las ciudades de la Argentina y de América Latina son conflictos políticos que producen prácticas políticas territorialmente situadas.

Algunas veces un galpón o el predio de una fábrica abandonada puede ser el espacio público privilegiado de un barrio y sin embargo, pareciera ser un espacio privado. Está entre cuatro paredes, está techado. Es distinto a la calle, no es la plaza. Es decir, que es público y también privado. Hay muchas organizaciones del Conurbano bonaerense que funcionan en las casas de sus miembros. En los patios, alguien que tiene un living grande, un quincho, y lo ofrece. ¿Estamos ante un espacio público o uno privado? Cuando hay 100, 120 personas o todo un barrio pendiente de lo que pasa en el quincho de Vicky, de Alejandro, o de Andrés, ¿ese espacio se transforma en público y, entonces, en político? Se presenta así, una dinámica porosa y difusa entre lo público y lo privado.

Antes de avanzar con el tema de las subjetividades y de los modos de ser joven, vamos a plantear algunas cuestiones más para distinguir el carácter político de una práctica. ¿Qué es lo que hace que una práctica sea política? Porque si hablamos de la ampliación de las fronteras de lo político, de la difusión de la política a otras esferas sociales, del cuestionamiento a la división social-político, podríamos pensar que toda práctica y toda producción humana son políticas. Nosotros no asumimos esta posición.

Más bien, pensamos que es necesario encontrar cuáles son las especificidades de la política, ahora ampliada y reconfigurada. Aquí señalaremos al menos seis. Sabemos que puede haber otras y las mencionamos en este artículo sin una pretensión prescriptiva o normativa. No las vemos como atributos que debe cumplir un hecho para ser político, sino más bien como especificidades que hacen que un hecho social se politice. Como el resto de las propuestas que presentamos aquí, estos rasgos de politización son resultado de algunos hallazgos de mis investigaciones.

Por un lado, siempre cuando hablamos de política o de procesos políticos, hablamos de

conflicto. Existe un conflicto, un antagonismo social expresado en un conflicto. Nos ubicamos así en la esfera de las relaciones de poder. Se ponen en juego las relaciones de poder, hay un conflicto que se reconoce como tal. Un conflicto estructural, podríamos decir, de clase. Por ejemplo, un conflicto por un espacio público. Siempre hay un conflicto que es fundante de la acción, la práctica o el proceso de subjetivación política.

En segundo lugar, encontramos un proceso de superación de lo individual. Cuando hablamos de política, hablamos de una dimensión colectiva. Una dimensión que tiene que ver entonces con organización, con formas de organizarse. Cómo estar juntos, cómo estar con otros. Entonces, hablar de política es hablar de un asunto colectivo y hablar de formas de organización.

En tercer lugar, fuertemente vinculado con lo anterior pero analíticamente distinto, surgen los aspectos vinculados con la forma de constitución, de construcción, de conformación de lo común. Lo común concebido como lo que nos une. Aquí podríamos entender lo común también como lo público. Y entonces surgen espacios públicos no necesariamente ligados al Estado, espacios comunitarios. La noción de comunidad ha sido muy explicativa en nuestras indagaciones. Abordar las formas comunitarias, estas formas públicas, formas comunes no ligadas al Estado, sino más bien ligadas a los territorios, a procesos construidos desde los territorios. A veces hacia el Estado, otras veces no. A veces en paralelo o alternativos. A veces en confrontación, o en negociación. Encontramos diferentes formas de vínculo para estos procesos comunitarios. Nosotros nos inclinamos por una concepción de la comunidad como ganancia, que es un planteo spinoziano<sup>9</sup>. En efecto, Spinoza (1986 y 1987) entiende la comunidad como algo que nos potencia.

La vinculación de la política con la esfera de la producción es el cuarto rasgo que queremos destacar. Pero no solamente con la esfera de la producción, sino con la creación. Es decir, política entendida como transformación. Transformación del estado de cosas (Badiou, 2000). Transformación de la situación. Y también transformación de nosotros mismos. Porque la práctica política tiene que ver con la reflexividad. Entonces es una transformación subjetiva, de nosotros mismos. Una transformación de la situación, una transformación del territorio, una transformación de las relaciones. La producción política involucra diferentes formas de creación, de producción, de transformación.

Un quinto elemento tiene que ver con que la política es siempre situada. Aún la política más mediática y más superestructural, más ligada a lo que podría ser un no lugar, si

---

<sup>9</sup> Por Baruch Spinoza, filósofo que trabajó en el siglo XVII acerca de cuestiones de la producción política, las pasiones y las formas de estar juntos.

expresa un conflicto y tiene que ver con la superación de lo individual, hay un colectivo, hay una organización, y hay algo en común; está situada. Y acá podríamos volver a hablar de la noción de territorio, que aunque no es la única forma de situación de la política es la que encontramos en nuestras investigaciones. La política situada sería la política territorial o la política territorializada.

Un último elemento, que se vincula con el cuarto que planteamos, pero que también analíticamente es distinto, tiene que ver con el acontecimiento de ruptura a partir del cual se constituyen las formas de la política. Política entendida como transformación, como creación, pero también como algo imprevisto, disruptivo, que rompe con la situación y la reconfigura. Entonces, la política es algo que adviene o que deviene, pero que no necesariamente estaba previsto en el estado de cosas anterior. Muchas veces, estos acontecimientos fundantes que cambian el estado de cosas, son grandes creadores de prácticas y de formas políticas. Podríamos poner como ejemplo el 19 y 20 de diciembre de 2001, y también la muerte de Néstor Kirchner en octubre de 2010. Es decir, acontecimientos que no estaban previstos antes, pero que parten de los elementos que componían la situación anterior. Los elementos estaban antes pero se reconfiguran súbitamente y configuran un acontecimiento, algo no previsto por la situación actual<sup>10</sup>.

Creo que estos seis rasgos son interesantes no sólo para comprender la politicidad de una práctica o una producción, sino también para entender la politicidad de un colectivo, de una organización. Sostenemos que no cualquier agrupación de personas es una organización política. Entonces, pensamos que los seis rasgos que presentamos recién nos ayudan a aproximarnos a algunas cuestiones necesarias para abordar la politicidad de un proceso, de un colectivo, de una práctica o de una producción humana.

### **Reflexionando a partir de algunas experiencias colectivas de jóvenes**

Para avanzar en los objetivos que propusimos para este artículo, presentaremos algunas cuestiones que consideramos significativas para entender las relaciones que se construyen entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina actuales, miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales. Elaboramos estos elementos a partir de nuestros estudios de caso y de lecturas realizadas

---

<sup>10</sup> Para ampliar este punto, se pueden consultar los trabajos de Badiou (1996, 1999 y 2000).

sobre estas problemáticas.

Si bien las configuraciones políticas son distintas y singulares en caso, podemos distinguir varios rasgos comunes que consideramos interesantes para destacar.

De esta manera, proponemos siete elementos que nos permitirán comprender y aproximarnos a las formas de la política territorial de los jóvenes en las periferias urbanas y en los barrios populares de las grandes metrópolis de América Latina<sup>11</sup>.

El primer punto tiene que ver con el tránsito de la militancia que podemos llamar político-partidaria (más ligada al Estado, a los sindicatos, a las juventudes políticas, a centros de estudiantes secundarios y universitarios que -si bien tienen que ver más con los sectores medios- llevan adelante trabajos barriales en estos barrios periféricos), hacia una forma que denominamos político-social, producida desde el territorio. Es decir, el surgimiento de otras formas de participación, de compromiso, podríamos decir de militancia, que se puede determinar como más político-social, adonde las redes sociales se convierten en el soporte de la politización de las prácticas sociales cotidianas. Entonces, encontramos que estas redes sociales, estas afinidades que podrían ser no políticas, afinidades de amistades, vecindad, compartir una fe religiosa, una convicción política, gustos musicales, de aficiones futbolísticas; diferentes afinidades que son el soporte de estas politizaciones y que tienen que ver entonces con formas de empezar a vincularse entre los jóvenes, a encontrarse y reconocer cuestiones en común.

El segundo rasgo tiene que ver con la institución del territorio como construcción política y de la política como construcción territorial. Esto puede verse en todos los colectivos juveniles. Desde la pertenencia al barrio que los identifica, hasta la apropiación de ese barrio y la construcción -reiteramos- de nuevos espacios públicos, desde las formas en que transitan ese barrio, en que se van apropiando de diferentes lugares, de diferentes espacios o ámbitos de ese barrio; se constituyen prácticas políticas. Prácticas conflictivas, prácticas colectivas, prácticas comunes.

Uno de los elementos que me interesa destacar es que muchas veces esta adscripción territorial fuerte no es asumida como una limitación. Hay perspectivas que enfocan la vuelta al barrio y al territorio como un corset, una limitación o un confinamiento. Estos planteos sostienen que ante la crisis, ante el desempleo, ante la pobreza, los jóvenes tienen cada vez más dificultades para acceder al centro y entonces se quedan en sus barrios. Permanecen recluidos allí, en un proceso de retraimiento hacia el barrio.

---

<sup>11</sup> Parte de los puntos que presentamos a continuación fueron elaborados en base a un artículo que publicamos junto a Melina Vázquez en 2009.

Sin embargo, lo que encontramos en nuestras investigaciones es que el barrio constituye más bien una fortaleza. Desde el barrio los jóvenes se instituyen como sujeto y pueden proyectarse. El barrio es su sostén, no es retraimiento, sino que constituye afirmación, identificación, configuración subjetiva que reconoce la pertenencia a un territorio.

En tercer lugar, encontramos lo que podemos denominar los significados de la política en disputa. En efecto, identificamos una disputa, que nunca es dicotómica, entre lógica estatal y autogestión. Estos colectivos juveniles están todo el tiempo intentando emprendimientos y acciones autogestivas, adonde la gestión de tiempos y espacios, el decidir qué hacen -puede ser qué producen, qué cantan, qué tocan, qué consumen, qué aprenden-, es una decisión de autogobierno, de autogestión que ellos mismos hacen sin depender, sin subordinarse o sin sujetarse a una externidad. Pero esto se realiza a la vez que permanece una tensión con la lógica del Estado, que se puede presentar mediante recursos materiales, diferentes subsidios, por ejemplo. Podemos tomar los casos de diferentes ciudades de Brasil, Puerto Alegre, San Pablo, Río de Janeiro, donde, a partir del gobierno del PT de Lula existen numerosos programas, subsidios y microcréditos para colectivos juveniles. Una variedad muy amplia. Resulta llamativo ya que a veces hay más créditos que lo que los propios jóvenes pueden tomar. Quedan subsidios vacantes. Entonces aquí el problema es la propia tensión, porque el subsidio a veces requiere ciertas formalidades, ciertas legalidades, ciertos compromisos que los colectivos juveniles son reactivos a asumir. Pero a la vez, los jóvenes organizados necesitan ese subsidio para potenciar su práctica.

En Argentina, si hablamos del Gran Buenos Aires, el llamado puntero del Partido Justicialista es una forma de presencia del Estado en el barrio<sup>12</sup>. Aquí también hay una tensión, porque ¿quién conoce más al barrio que el puntero? Es el puntero el que puede conseguir recursos y apoyos del Estado. Sin embargo, las lógicas que predominan en la acción del puntero hacia las organizaciones de jóvenes son más las de control que de potenciación o de fortalecimiento de ese colectivo. Entonces aparece una tensión, una disputa por el significado de lo que significa organizarse en el barrio.

Un cuarto rasgo que consideramos muy importante para comprender las prácticas juveniles, es la politización del antagonismo con la policía. Ésta aparece como el gran

---

<sup>12</sup> Con el nombre de “punteros” se conoce a dirigentes locales del Partido Justicialista con estrechos vínculos con el gobierno municipal, que se convierten en figuras claves tanto en el control de los conflictos cotidianos del barrio como en los momentos electorales. Para ampliar, ver por ejemplo Merklen (2005, pp. 59 y 87).

adversario, el enemigo, el antagonista de todos los jóvenes, quizá en todos lados, pero sobre todo en los barrios del Gran Buenos Aires. En nuestro trabajo de campo pudimos dar cuenta de que la pertenencia a un colectivo, el ser parte de un común, hace que los jóvenes puedan procesar políticamente ese antagonismo con la policía. Y así pueden decidir colectivamente cuándo enfrentarse con la policía y cuándo no. En varias organizaciones con las que trabajamos, se hacían talleres y actividades de formación en las cuales se pensaba que la policía también tiene una función, un lugar en la sociedad. Y se trabajaba en base a que el policía individual no es el enemigo, el sujeto policía puede ser un vecino. El conflicto es con la institución, con el Estado, el gobierno, con el sistema de represión.

Un quinto elemento tiene que ver con diferentes formas de acción directa. La acción directa aparece como un rasgo constitutivo importante que también deviene de la ya mencionada disputa por el espacio público. Tomar un predio, tomar una casa, tomar una fábrica, tomar un galpón abandonado para ensayar, cortar una ruta, tomar una calle, tomar la esquina. Diferentes disputas por el espacio público, algunas más o menos clásicas, que aparecen todas a nivel colectivo y a nivel conflictivo. Y siempre vinculadas a la acción directa.

Podemos agregar un elemento más en nuestro análisis de las formas de acción directa. La acción directa necesita para ser realizada del involucramiento corporal. Así, para interpretar las prácticas políticas de los jóvenes, el lugar del cuerpo en la inscripción política y el cuerpo como territorio de politización, son elementos fundamentales que es necesario tener en cuenta.

Esta es una cuestión compleja de la cual solo mencionaremos algunos rasgos importantes. Podemos abarcar desde el cuerpo vivido y el cuerpo producido como construcción y como producción política, el mismo cuerpo como una producción política - de los tatuajes hasta los *piercing*, hasta diferentes formas de intervención sobre el propio cuerpo- e incluir en el análisis diferentes riesgos que se asumen también a nivel del cuerpo -desde drogas y otras adicciones hasta exponerse al riesgo físico extremo. Pero también consideramos el cuerpo comprometido fuertemente en la acción política. Las formas de la acción directa comprometen al cuerpo, a la integralidad del ser. No se puede participar en una asamblea o llevar adelante una acción directa si no se está presente. Esto resalta más cuando pensamos que las formas políticas más clásicas siguen vigentes (el voto, la delegación) y no involucran necesariamente al cuerpo. En cambio, la acción directa, la autogestión, diferentes mecanismos de estas formas políticas alternativas que instituyen los jóvenes, involucran al cuerpo, a la integralidad de la vida. En trabajos anteriores hemos

denominado política de cuerpo presente o política con el cuerpo a esta forma de producción política. Desde esta perspectiva es imposible producir una acción política sin comprometer la corporalidad o la integralidad de la vida del sujeto. Surgen así los conceptos de política de la vida, de biopolítica.

Un sexto elemento tiene que ver con los vínculos interclasistas. En todos estos barrios vemos que hay formas de ingreso a la política territorial que a veces tienen que ver con vínculos con otros sectores sociales. Pensamos en el maestro o el estudiante que va al barrio, en el médico, el abogado, el arquitecto, el artista. Desde nuestro análisis a estas relaciones las llamamos interclasistas. Nos referimos a la convivencia de diferentes estratos o grupos socioeconómicos que están circulando en los barrios simultáneamente. Esta llegada al barrio es distinta a la denominada proletarización de los años setenta, no implica desclasarse para ir al barrio. Lo que sucede en la actualidad es la asunción del rol de clase o del rol social para volcar o para fortalecer una experiencia, Sin duda, eso lleva a una transformación también del mismo sujeto que va al barrio.

Un último elemento tiene que ver con la constitución de vínculos intergeneracionales, donde existen diferentes encuentros y conflictos, donde la experiencia y la tradición conviven. El hoy y el ayer conviven fuertemente. ¿Cuáles son las prácticas legítimas o las prácticas legitimadas? Y ahí hay una cuestión intergeneracional muy, muy fuerte que muchas veces expresa los conflictos políticos en clave de juvenilización o de constituirse como la novedad/joven ante lo viejo/adulto. Es decir, que se produce una interpretación generacional de conflictos que pueden ser leídos como eminentemente políticos.

### **Resituando las políticas públicas de juventud**

Plantaremos a continuación, un último punto vinculado con el lugar del Estado y las relaciones entre el Estado y las organizaciones sociales: el de las políticas públicas. En efecto, creo que algunos puntos que explicamos en estas páginas nos pueden llevar a repensar o cuestionar el lugar actual de las políticas públicas, especialmente las políticas públicas de juventud.

De esta manera, podemos preguntarnos si a partir de los cambios en el Estado y las transformaciones que plantemos a nivel político, es posible seguir pensando en políticas públicas. Y si la respuesta es afirmativa, ¿podemos pensar en políticas públicas que no sean solamente estatales? Para este planteo partimos de la base de que aún el Estado es

capaz de seguir asumiendo las políticas públicas. Podríamos cuestionar las capacidades de los estados nacionales en la actualidad para ser eficaces en esto, pero a partir de nuestros trabajos pensamos que todavía es posible y necesario también.

Pensamos que el desentendimiento de las cuestiones sociales que tuvieron los estados neoliberales o neoconservadores desde los años ochenta y noventa (o desde las dictaduras militares) y los conflictos sociales agudos y a veces generalizados de las sociedades latinoamericanas contemporáneas, no generan una imposibilidad total de intervención estatal efectiva. Si bien el diálogo entre las organizaciones sociales y el Estado es difícil, pensamos que vale el esfuerzo intentarlo. Es preciso acercar posiciones y lograr que el Estado entienda, desde la misma formulación de los planes públicos y la normativa, los lenguajes, las necesidades y las prácticas de los colectivos sociales con los que trabajamos.

Partiendo de esta base, podemos plantear dos condiciones o dos rasgos para que las políticas públicas puedan seguir siendo viables, o puedan seguir siendo posibles. Por un lado, que se propongan reconocer que en el territorio existen capacidades, saberes, prácticas válidas y efectivas. Y en segundo lugar, que puedan fortalecer o potenciar esas capacidades de las organizaciones sociales. Es decir, potenciar lo colectivo, lo comunitario. Reconocer que hay algo en el territorio que ya existe, y que es posible –necesario– potenciar.

Sabemos que hoy hay diversos programas públicos que todo el tiempo están creando nuevas cosas. La casa de la cultura, de la juventud, el centro de tal cosa. Están creando desde arriba, como si llegaran a un barrio desde otro planeta, instaurando nuevos espacios, nuevos lugares. Subsidian nuevas cosas. Pero no hay un reconocimiento fuerte de lo que ya está, lo que ya existe y ya funciona en el barrio. De los emprendimientos que los jóvenes ya crearon y necesitan apoyo para poder desplegarse.

Si las políticas públicas pudieran reconocer lo que está y partir desde allí para apoyarlo, serían mucho más potentes. Claro que algunos podrán pensar que esto, en el mediano plazo, puede atentar contra la propia lógica de reproducción del Estado y de la política pública. Porque si se fortalece lo que ya está, que potencialmente es disruptivo, el Estado está alimentando su propia negación. Esto puede ser así, al menos desde una mirada optimista de la Historia. Pero creo que es un riesgo que es necesario asumir. Si desde las políticas públicas se siguen los esquemas conocidos y no hay espacio para la innovación, los resultados serán limitados.

Por ejemplo, si tomamos las experiencias de creación de las casas de la juventud que se expandieron desde en los años ochenta en muchos países de América Latina como la gran

novedad. La iniciativa tuvo sus costados interesantes, pero los colectivos juveniles no fueron interpelados realmente. Muchos planteaban: “nos llaman a ir a la casa, ¿pero por qué ellos no vienen a nosotros? ¿Por qué ellos no vienen al colectivo y nos convocan, bueno a ver qué les hace falta, qué es lo que quieren? El centro polideportivo nuevo está buenísimo, pero la canchita de fútbol del barrio es ésta y no vemos el motivo para cambiarla, ¿sólo porque el gobierno quiere o puso plata para hacerlo? ¿Por qué no mejoran ésta canchita? En vez de hacer un polideportivo a veinte cuadras de acá”<sup>13</sup>.

El segundo elemento que presentamos se vincula con la posibilidad de superar la dicotomía universal-focalizado que domina la formulación de políticas públicas. Sabemos que el paradigma universal está en crisis, o que lo han puesto en crisis las políticas neoliberales de las últimas décadas y los cambios sociales que produjeron. Podríamos pensar si hay un universal hoy en día y cuál sería. Lo cierto es que la política pública se desplazó hacia el lado de la focalización. Pero nosotros podríamos decir: ni universal ni focalizado. Pensemos políticas singulares y situadas. Políticas que singularicen, no que busquen universalizar, pero que tampoco focalicen, sino que sitúen y tengan un abordaje integral. Es decir, que estén pensadas desde y para los territorios, para sujetos concretos, los jóvenes organizados que viven y existen cada día.

## **Comentarios finales**

En las páginas anteriores vimos como la consideración de los jóvenes como generación nos permite aprehender un conjunto de relaciones sociales y políticas en las cuales éstos se encuentran inmersos, así como también los procesos socio-históricos que constituyen la dinámica del cambio social. La generación incluye así, el contexto de socialización -más amplio- en el cual una determinada cohorte se apropia, y al mismo tiempo resignifica, las prácticas sociales y políticas del mundo en el que habita. Es este proceso de apropiación y modificación lo que posibilita la ruptura y la innovación características de las experiencias que analizamos.

En esta dirección, recuperamos algunas de las ideas propuestas por Pérez Islas (2000), quien ha establecido criterios relevantes para definir lo que él llama lo juvenil, incorporando los avances que se han producido sobre este tema en diferentes campos de la

---

<sup>13</sup> Éstos y otros testimonios fueron producidos durante el trabajo de campo realizado por el autor en la zona de Quilmes, al sur del Conurbano bonaerense entre los años 2001 y 2009.

investigación social. Siguiendo a este autor, lo juvenil en la sociedad contemporánea puede ser entendido como:

-un concepto cuyo significado debe desentrañarse tomando como punto de partida una perspectiva relacional, es decir, en la que cobre relevancia la consideración de los vínculos con un entorno social más amplio. De ahí que lo juvenil no sólo supone la definición positiva acerca de qué es y cómo puede ser definido un joven, sino además contemplar las disputas sociales en torno a la conceptualización misma de la(s) juventud(es). Así podremos reconocer lo juvenil como producto de una tensión que pone en juego tanto las formas de autodefinición, como las resistencias a las formas en que son definidos por otros sociales (sean los adultos, las instituciones sociales, otros jóvenes, entre otros);

-la recuperación de las tensiones que se ponen en juego para conceptualizar lo juvenil supone que no podamos desconocer las relaciones de poder y dominación social involucradas en estas elaboraciones, así como sus límites simbólicos, que demarcan fronteras de exclusión en cuanto a un atributo asociado con la juventud, que algunos sectores sociales tendrían y del que otros carecerían (educación, modas, entre otros);

-las modalidades de ser joven no pueden reificarse puesto que han cambiado, y lo seguirán haciendo, a lo largo de la historia y en función de las también cambiantes coyunturas sociales, políticas, económicas y culturales. Por eso, es preciso reconocer cómo van reconfigurándose a lo largo del tiempo.

Esto último es fundamental en el análisis que proponemos, puesto que al estudiar las formas que asume la participación política entre los jóvenes deberíamos ser capaces de reconocer las características distintivas que adquiere lo juvenil en cada uno de los espacios y momentos históricos considerados. Así, pensamos que para analizar la participación política de las y los jóvenes, debemos comprender y dar cuenta de cómo se producen y constituyen las generaciones, atendiendo al momento socio-histórico singular, a las relaciones con otros grupos, las disputas, y el valor que posee –o no- identificarse colectivamente como “jóvenes” para impulsar una práctica política.

## Referencias

- Alvarado, S. V., Martínez, J. E. y Muñoz Gaviria, D. (2009). Contextualización teórica al tema de las juventudes: una mirada desde las ciencias sociales de la juventud. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud*, 7 (1) 83-102. Universidad de Manizales-CINDE, Colombia.
- Alvarado, S.V y Vommaro, P. (eds.) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO-Homo Sapiens.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Badiou, A. (1996). Política, partido, representación y sufragio. *Acontecimiento*, 12.
- Badiou, A. (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Badiou, A. (2000). *Movimiento social y representación política*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA.
- Bajtin, M. (1994). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Buenos Aires: Alianza.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1978/1990). La “juventud” no es más que una palabra. *Sociología y cultura*. Pp. 163-173. México: Grijalbo.
- Chaves, M. (2006). *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. Con la colaboración de María Graciela Rodríguez y Eleonor Faur. Informe para el Proyecto: Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina. Dirigido por Eleonor Faur, 93 pp. 1-92. Buenos Aires: UNSAM-DINAJU. Disponible en: <http://www.unsam.edu.ar/publicaciones> Acceso: septiembre 2008.
- Coleman, J. S. y Husen, T (1989). *Informe OCDE: inserción de los jóvenes en una sociedad de cambio*. Madrid: Narcea.
- Duarte, C. (2002). Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar. *Última década*, 16. Viña del Mar: CIPDA.
- Erikson, E. (1968). *Identidad: juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- González, G. y Caicedo, M. (1995). *La intervención social en las subculturas juveniles urbanas en Latinoamérica*. Ponencia presentada en el *Precongreso del V Congreso Nacional de Pedagogía Lasallista*. Medellín.
- Keniston, K. (1970). Youth a New Stage of Life. *The American Scholar*, 2 (37).

- Lewkowicz, I. (2003). *Generaciones y constitución política*. Extraído en noviembre de 2008 desde [www.estudiolwz.com.ar](http://www.estudiolwz.com.ar).
- Lewkowicz, I. (2004). La generación perdida. *El Signo*. Disponible en: [www.elsigma.com](http://www.elsigma.com).
- Mannheim, K. (1961). *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: FCE.
- Mannheim, K. (1928/1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de investigación sociológica*, 62, 193-242.
- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud*. Madrid: Istmo.
- Marx, K. (1975). *El Capital*. Madrid: Siglo XXI.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos*. Buenos Aires: Gorla.
- Ortega y Gasset, J. (1923/1986). *El tema de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Austral.
- Pérez Islas, J. A. (coord.) (2000). Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud. En J. Martín-Barbero y otros. *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- Polanyi, K. (1944/1991). *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Filosofía y política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2000). “Política, identificación y subjetivización”, en B. Ardití (ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- De Sousa Santos, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. *OSAL* 5, 177-188 Buenos Aires.
- Spinoza, B. (1986). *Tratado teológico político*. Madrid: Alianza.
- Spinoza, B. (1987). *Ética*. Madrid: Alianza
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Urresti, M. (2000). Paradigmas de la participación juvenil: un balance histórico. En S. Balardini (Comp.). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. (pp. 177-206). Buenos Aires: CLACSO.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2009). Sentidos y prácticas de la política entre la juventud organizada de los barrios populares en la Argentina reciente. *Cuadernos del CENDES*, 70, 47-68. Caracas.
- Vommaro, P. (2009). Las organizaciones sociales urbanas de base territorial y

comunitaria y el protagonismo juvenil: dos experiencias en Quilmes 1981-2004. En *Periferias*, 12 (17) 173-190.

- Vommaro, Pablo (2010). *Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)*. Tesis doctoral aprobada ante la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires: Mimeo.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

## **Agradecimientos**

Este trabajo fue posible gracias a la convocatoria del CAICYT - CONICET. Queremos agradecer, en primer lugar, a su director Jorge L. Atrio, quien apoyó la realización del Ciclo de Conferencias abierto a la comunidad, que se llevó a cabo a lo largo del año 2011, impulsando el encuentro entre la academia y otros ámbitos de estudio y docencia.

En segundo lugar, a los miembros del CAICYT y especialmente de la Secretaría Académica que, junto al Área de cursos en Ciencias Sociales, planificaron y organizaron esta propuesta. A Luciana Guglielmo por participar con eficiencia y calidez en todas y cada una de las etapas, desde su planificación hasta la cuidadosa edición de los textos. A Magdalena Jousset por su colaboración en la etapa final y a Miguel Ángel Barrere por la creativa realización del diseño y arte de este CD.

Asimismo, agradecemos el aval del CONICET y del Proyecto PIP 11220100100307, bajo mi dirección, y a todas las instituciones en cuyo marco los conferencistas autores realizan sus investigaciones. Finalmente, a todos los asistentes a este ciclo: estudiantes, investigadores y docentes que respondieron con entusiasmo a esta invitación.

Miriam Kriger

## Legales

Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI/ Miriam Elizabeth Kriger ... [et.al.] ; compilado por Miriam Elizabeth Kriger; edición literaria a cargo de Luciana Guglielmo. - 1a ed. - Buenos Aires: Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica - Caicyt, 2012.

CD-Rom.

ISBN 978-987-26312-1-5

1. Ciencias Sociales. I. Kriger, Miriam Elizabeth II. Kriger, Miriam Elizabeth, comp. III. Guglielmo, Luciana, ed. lit.

CDD 301

Fecha de catalogación: 11/07/2012

**Director del Caicyt:** MSc. Jorge Luis Atrio

**Compilación de la obra:** Dra. Miriam Kriger

**Edición literaria y corrección de la obra:** Lic. Luciana C. Guglielmo

**Diseño:** Miguel Ángel Barrere



Esta obra está licenciada bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Derivadas 3.0 Unported

MNEMOSYNE Editorial-Imprenta

México1470 – PB 4 – C.A.B.A, Argentina

Julio de 2012 - 300 ejemplares

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723